



el antonio skarmeta

EnTUSIASMO

EL ENTUSIASMO

COLECCION NARRADORES HISPANOAMERICANOS

A N T O N I O S K A R M E T A

EL ENTUSIASMO

Z I G - Z A G

A mi padre

LA CENICIENTA EN SAN FRANCISCO

Así QUE cuando Garth Winslow y Suzie Sun sacaron la guitarra del desvencijado armario, y Winslow se escupió las manos y afinó un minuto después la guitarra tocando un prístino *la* en la primera cuerda, y Suzie no hacía otra cosa que humedecerse los labios que la fláccida cerveza americana había secado al fluir entre sus dientes, y todo parecía indicar que el asunto iba a andar bien, que Winslow estaba dispuesto a poner patas abajo el mundo y estacionar el corazón en su justo lugar, y después de cantar esos blues y canciones mexicanas no cabía duda de que entraría airoso en el cuerpo de Suzie Sun descargando su amor al mundo acumulado en las pacíficas noches de Roble Road, sobre la meseta de Berkeley, y sería recibido amablemente, me di vuelta hacia Abby, que agujereaba una lata de la sucia cerveza Blue Star, y le dije en un perfecto y natural inglés que "bueno". Este bueno indicaba a la mano de Abby, que ahora extendía sus delgados dedos sobre mi ma-

no y los oprimía haciéndome sentir la fragilidad de sus huesos, que aceptaba ir con ella hacia la escalera de servicio del edificio, treparla, embromar a los pacíficos vecinos que reposaban de sus tiernas actividades en sincopado y ruidoso diálogo sobre las almohadas con los crujidos de sus apolillados escalones, y alcanzar así a lo que ella llamaba con sugerente voz el *attic* y que resultó ser, cuando estuvimos arriba, un mugriento y adorable entretecho igual al de mi tía en su casa de tres pisos en Santiago. Sólo que aquí tú veías la bahía de San Francisco, y cuando la noche empezaba, la noche clara de San Francisco, si entrecerrabas los ojos y mirabas por la ventanilla, que tuviste que limpiar pasándole los dedos para lograr una visibilidad aceptable, la multitud de coches que atravesaban el puente que une a la península con Oakland y Berkeley, donde esa misma tarde me había echado una despanzurrada siesta en la casa de R. L. Stevenson (hecha pedazos y poblada de perros pulguientos que Renee Deans amamantaba con maternal ternura, la misma de R. L. Stevenson, el cochino pirata del que me había tragado una tarde de infancia en Antofagasta su *Isla del Tesoro*), parecía un movimiento de cosas como estrellas, lagartos luminosos, gigantes reptiles que hicieron bien a mi alma. Y después le hicieron mal, porque evoqué con una especie de extraña intensidad una leyenda mapuche que dice que aquel niño que ve una noche por

primera vez luciérnagas sobre las matas de maqui y la segunda vez parece no saber lo que las inquietas vibraciones lumínicas del aire significan, no las reconoce como luciérnagas, hijas de dioses opacos y subterráneos, no tardará la muerte en enredarlo, y generalmente es una crecida de río, y el cuerpo flotando golpeado contra las ramas quebradas de la ribera, o la casa desierta y la madre, sin una mueca en el rostro, esperando meses que el hijo baje de los cerros, el hijo que ella sabe reposa en las vísceras de un puma que se lo ha almorzado sin asco, o petrificado, cercano al volcán, tallado en la nieve de la majestuosa montaña que nos dio por baluarte el Señor. Y eso fue lo que hizo mal a mi maldita alma, porque San Francisco me tenía cogido en su enigma, en su ciudad de muerte, nutriendo su bestial heroísmo del misterio, de las luces arrancadas al enigma por la gente que se ama silenciosamente, sin hacer alardes, demasiado sabios para tirar a la broma la vida.

Saqué los ojos del puente y me di vuelta hacia Abby, que me miraba concentrada, pensando quizás qué diantres era lo que me pasaba por la cabeza que me hacía parpadear con las cejas fruncidas y meterme distraído los dedos en las narices y rascarme los pelillos interiores, hasta sacar algunos y limpiármelos sobre el pantalón. Intenté ver si en la habitación había algún diván, o una alfombra o cualquier cosa

blanda sobre la cual echar a Abby para que no se ensuciara cuando me lanzase encima y le contara cierto secreto con el aliento y la alegría de un cuerpo compañero, destrozándome en gotas grasas y gelatinosas que se anidarían con ternura en el hogar estrellado del planeta. Pero lo cierto es que no había allí ni siquiera un ejemplar del *San Francisco Herald Tribune* que pudiésemos extender y hacer las cosas como un par de seres civilizados. Al mismo tiempo me bajaron grandes ganas de hacer orina de cerveza yanqui, y me daba no sé qué arrimarme a la pared y hacerlo delante de Abby, y entonces, pretextando una extraña necesidad de soledad en un inglés que ni el mismísimo diablo entendería, la abandoné, fui hasta la escalera y oriné como un gran señor sobre cada uno de los peldaños. Luego, sólo por hacer tiempo, pasé el pie derecho sobre la charca y traté de limpiarla por lo que pudiera pasar. Descendí a tientas, sintiendo en mis manos el polvo fresco de la baranda, y llegando al entrepiso, cogí la caja con seis cervezas que se me había ocurrido traer por si se nos secaban las gargantas. Cuando volví al entretecho, Abby estaba apoyada contra la ventana, el rostro vuelto hacia el interior del cuarto de modo que los reflejos venidos de las luces exteriores, semáforos y luminosos, eliminaban sus rasgos y diseñaban a gruesos trazos sus formas. Uno no sabía si era la misma Abby que había dejado allí minutos atrás, o una ni-

ñita de ocho años mirando entrar, desde su mundo infantil, a su cueva al oso que yo parecía ser envuelto en mi chaquetón marrón con cuello de pieles. Como sea, la imagen suscitada en mí, la presa justa para el animal desraizado hambriento de ternura, alteró mis pasos nerviosos, y abriendo ambos brazos como dispuesto a ahogarla en un apretado encuentro, empecé a caminar hacia ella levantando las rodillas y marcando con estrépito los aletargados trancos como vi alguna vez que lo hacen los osos que trabajan en las películas. La muchacha se echó a reír sin ambages, poniéndose las uñas sobre la boca, gesticulando como atemorizada, aunque sin moverse, con gestos que ahora lograba percibir habituado a la penumbra, y agradecí en silencio que ella continuara ese juego, esta especie de jungla que había establecido con el propósito de poderla coger primero, como jugando, y luego apretar mis piernas contra sus muslos y luego besarla en la boca y tocarla en los senos, a ver si resultaba algo de todo eso. Cuando estuve a un paso para acentuar la emoción del momento me detuve y me golpeé la caja torácica con ambos puños acompañando la acción de ciertos supuestos gruñidos de oso hambriento. Luego me acerqué más aún, y, mientras ella se apretaba contra la pared, lancé como zarpazos los brazos intentando aferrarla. Justo en ese momento se escurrió y fui a dar de cabeza contra la pared en tanto la muchacha corría presurosa a re-

fugiarse en la esquina opuesta de la habitación, burlándose del pobre animal que como un crucificado se apoyaba sobre el muro y asomaba su cara risueña por la ventana, mirando otra vez las luces de los autos sobre el puente y el inmenso luminoso *Hertz Rent a Car* que había sido encendido a la distancia. Aquí se me hizo presente que el juego cobraba dos alternativas: me ponía a perseguirla por toda la habitación gruñendo y saltando como un oso eficiente hasta atraparla y tirarla al suelo, o bien me quedaba allí, contra la ventana, simulando un llanto de oso grande pero bueno al que le gustaba el mundo pero no sabía qué diablos hacer con él; sin encontrar desde hacía un mes una presa que le facilitara hacer las cosas y le compartiera sus virtudes celestiales acogiendo al animal en el hogar estrellado del universo, encarnando al monstruo en su ser, librándolo por un buen tiempo de la madrecita soledad que tan mal venía tratándonos a nosotros pobrecitas creaturas del Todopoderoso. La imagen me fue penetrando, calando hondo, sentí cómo de golpe mis nervios se desplomaban y un efectivo y real sentimiento de tristeza, de chileno sentimental e hijito de su papá y de su mamá, comenzaba a desalojar al chileno cabrío y gritón, a suavizarle en la garganta las palabras mudas del castellano áspero con que maldecía y alababa el universo, y le introducía por los músculos del cuello y probablemente por los ojos castaños, levemente

abiertos, una cosa que bien malditamente sabía que era la tristeza, como un dinosaurio acechando, esperando el justo momento para elevar su sagrada pátita y depositarla sin piedad a la primera cedida, al primer bajar la guardia del corazón. Con la frente apoyada en el vidrio, sin hacer un gesto, la tristeza, lenta y enorme, empezó a manar desde mi nuca hacia atrás, por los agujeros del chaquetón, desde el fieltro de mis pantalones bendecidos con la grasa de las *pannes* de nuestro Plymouth 49, buscando el preciso blanco de la mano de Abby que acechaba muy cercana a mi espalda. Si alguna fe tengo en los dioses, me la acaparan sin duda los dioses resignados del silencio, los quietos dioses que interceden para labrar el lenguaje terrícola, animal, primitivo, coloquial sin diálogo, hiriente, atractivo como los límites de la razón, cada partícula del cuerpo emitiendo señales del hombre cocinado en la salsa de su propio enigma, testimoniando allí, con un leve temblor de los dedos, con una cierta luz en los ojos, con un modo de caerse y erizarse el cabello, con una manera honesta de sentir los genitales, con una suerte de temblor de los músculos de los brazos, y de los pómulos, y de los músculos del trasero y de los huesos de las piernas, desplazados de su independencia y bañados de uno mismo, haciéndote saber que la rótula es tuya, y el peroné, y los cartílagos, y las arterias sonando y tú escuchándolas fluir y golpetear de la sangre contra las venas,

y las contracciones y dilataciones del esfínter, y el roce de la saliva cargada del sabor agrio de la cerveza raspándote las amígdalas, y toda la azul maravilla de tu cuerpo y de tu alma que testimonian el enigma, esgrimiendo como una ridícula joya tu angustia pasajera, tu sin sentido no tan pasajero, y tu estilo honrado de existir, que maldita sea su grandeza, doliéndose aún hasta de lo que no se tiene, y bendito porque el sabio dios del diente chueco y la sonrisa agridulce asomado entre la áspera contextura de su máscara te transforma en imán, y atraes el acero, y todo concluye en ti, y en ti se acaba, hermano, y renace en ti y no pasará un segundo antes que te excites y seas inmortal, y te digas eres un maricón si te dejas comer y no mereces a tu compañera, ni te mereces el misterio, ni debes parir hijos cobardes que trabajen en serviles bancos y enseñen en colegios para señoritas, y te fuerce a ser el hombre que eres, y una hombría real, surgida de las derrotas, de las pisadas de los dinosaurios, un macho que te nace de la cabeza, y del vientre, te pone las dos patas en el mundo y esperas confiado lo que venga, y no te vas a andar con chiquitas ni remilgos ni gestos llorones cuando te rodean los brazos de la mujer cogiéndote la cintura y te diga: Niño, muchacho, muchacho, ¿qué te sucede? en un idioma que no es el tuyo pero que ahora lo vas a hablar con jactancia, como un actor shakespeariano, porque no hay cosa

en el mundo que no sepas cuando se aproxima el momento de la llegada de los ángeles, y puedes responder: Nada, no me pasa nada, y decir en inglés lo que estabas pensando sin omitir palabras, hablando con las patas, con las cejas, con la lengua mascada entre los dientes, con las carcajadas si es que te hace falta el vocabulario para pronunciar al fin la única palabra que puedes decir: yo aquí, existiendo.

—Nada, no me pasa nada, estaba pensando —dije a Abby.

Me di vuelta y le cogí la cabeza entre ambas manos, y le acaricié el pelo y la besé en la frente, y en seguida puse mi mano en su nuca, y sostuve la misma mirada con que ella prometía su compañía aquella noche. Pronto la había rodeado y le acariciaba todo el cuerpo y sus manos presionaban mi espalda, y la aparté un segundo y me despojé del querido chaquetón y tirándolo en el suelo, recosté a Abby sobre él y yo me eché a su costado y proseguimos acariciándonos sin hablar hasta que yo introduje la mano bajo su vestido e intenté desnudarla, porque entonces, para mi sorpresa, detuvo la maniobra cogiéndome la mano, y yo paralizado la dejé quieta sobre su vientre sin saber qué hacer; en cuanto ella aflojó la presión insistí en acariciarla y ahora sí ella se dejó hacer, pero cuando tiré de la ropa hacia

abajo, se afirmó contra el suelo, dificultándome la intención.

—¿Por qué no? —pregunté.

Estaba muy excitado, aunque sin rabia.

—No sé —dijo—. Tú te vas mañana a México. Nos conocemos desde hace tres días. Aún no sé pronunciar tu nombre.

—Antonio —dije levantándome y yendo hacia la ventana—. Antonio.

—Antonio —dijo—. ¿Está bien?

—Está bien —dije—. Ahora ya lo sabes.

Se sentó sobre el chaquetón, cruzando las piernas. Con la mano derecha acariciaba la piel, aparentemente sin saber qué hacer.

—No es eso lo que quería decir —dijo—. No sé nada de ti. Lo único que hemos hecho desde que nos conocimos ha sido cantar con la guitarra y tomar cerveza. Apenas sabes quién soy. ¿De dónde eres? ¿Por qué viniste a Estados Unidos? ¿Por qué estás aquí conmigo? ¿Por qué no estás pasando esta noche con Suzie o con Renee Deans, o con cualquiera otra? ¿Me entiendes?

Ni que me hubiese analizado toda una vida intentando hallar el débil núcleo de mi poder en el mundo; ni que hubiese estado meditando durante toda su linda existencia cómo tumbarme, cómo hacerme pedazos y reintegrarme al mutismo hosco del aturdimiento que cuando emanó de su garganta, con esa voz

que ansiaba besar, la larga hilera de porqués. Siquiera hubiese preguntado por qué estaba con ella esa noche solamente y se hubiera callado el resto. Pero no; se traía unos porqués incisivos bajo el poncho; ni que se hubiera propuesto joderme, con esos por qué esto y no lo otro. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que le contara esa noche la historia de mi vida? Y qué historia sin cabeza iba a largarle si no le contara con pelos y señales la de mi padre, y la de mi abuelo Esteban, sumergiéndose en el Adriático desde un segundo piso en la isla de Brac, frente al puerto de Split en Yugoslavia, cuando tenía dieciocho años; y qué historia sin cabeza y más estúpida la de mi abuelo sin que le dijese quién fue mi bisabuelo Jorge, viviendo en una aldea campesina, hablando idiomas extranjeros y algunos cuantos dialectos, leyendo a Goethe en alemán por las noches y ordeñando las vacas en la madrugada, contándole el *Fausto* a los pobladores cuando se trataba en las reuniones de estirar la lengua y acabar el vino dulce de Yugoslavia y la fuente con las gigantescas almendras, para mascarlas entre cuento y cuento, fortificándose mientras se le sacan las entrañas a la leyenda, sin grandes aspavientos, seguramente distraídos, arrancando las migas de harina del pan, destrozando su celestial levadura, y haciendo con ellas apretados montoncitos para golpearlos con un dedo a lo largo de la tabla de la mesa mientras la noche del sábado avanza y llega el amanecer del

domingo, colorado y gordo como un gallo, poblado de campanas y de desayunos para los hijos que viajan a Split a las pruebas de los *sokols* o a las competencias del seleccionado de la patria contra los turcos o los rumanos; y a que por qué iba a contestar inteligentemente sin hablar de mi madre Magdalena, que me parió sorpresivamente en noviembre del 40 en Antofagasta, y no en Brac, ni en Hiroshima, y del viejo Don Cosme, padre de Magdalena, displicentemente echando su vida detrás del mesón de un almacén apolillado en Prat esquina de Esmeralda, llenando incansables cartillas de quinientos pesos para hincharse de oro jugando a los burros en la pista de arena del Hipódromo de Antofagasta, y de Elena su esposa, tejiendo calcetas y jerseys, y friendo en una cocina a carbón pejerreyes vivos saltando alegremente sobre la sartén; y saber responder por qué Cosme estuvo con Elena y la engendró, por qué Magdalena recibió a Antonio, mi padre, y me echó al mundo; y después saber responder por qué soy amigo de Manuel Silva, y de Samuel Carvajal, y de Fernando Vargas, y de Jaime Escobedo, y por qué obtuve un siete en un ramo tan insensato como la Lógica Simbólica cuando entré a estudiar la Filosofía en la Universidad, y por qué hay gente que desprecio y gente que amo, y por qué he escrito cuentos con títulos como *Al trote y describiendo con la mano derecha una especie de parábola* o *¿Quién es el dueño*

del mundo?, y por qué soy escritor y no Ministro de Obras Públicas del Principado de Mónaco, o un pianista homosexual ejerciendo sus encantos en algún burdel de Vivaceta; o un sucio falsario inventando historias de neuróticas y escribiendo para regocijo de señoras con barbas, novelas rosas con palabras sucias y ribetes floreados; y por qué no me suicidé cuando tuve la real gana de hacerlo desde un décimo piso y me hice pichí en los pantalones de sólo mirar para abajo, y me dije inmediatamente déjate de huevadas, y me acosté serenamente y al día siguiente fui al colegio muy temprano y asimilé perfectamente el secreto de la clase de Historia de Chile de Carlos Fre-des Aliaga, y fumé un Liberty silencioso y en forma inteligente en los baños del colegio; y por qué el mar de Antofagasta no se me sale de la mollera; y la negra compañera de Río de Janeiro, y yo y el loco de Malbrán echados sobre la playa Flamingo, mirando volar las palomas sobre el océano Atlántico hablando de Platón, con la emoción de querer acostarnos con las dos muchachas que descansaban cerca, en traje de baño a diez metros nuestro; y la marihuana en Panamá y la nefritis que me jodió tres meses y me reveló el mundo mientras se me pelaba el trasero de tanto estar echado sobre la cama, y que por qué podía dar sin transmitir hasta por las orejas del amado William Saroyan, y del mismísimo Saint-John Perse, que, justamente metido en el bolsillo del chaquetón,

aguantaba ahora el peso de Abby, con sus toneladas de porqués inocentes y superficiales, brotándole quizás como una protesta a la fugacidad de las cosas, y al sin sentido, y al hijo de un chiflado chileno que podría caerle en el vientre si no se andaba con cautela, y después de haberme dicho en un minuto todas esas cosas en el corazón le dije:

—Porque te amo, Abby.

Lo cual era la santísima verdad. Ahí mismo habría podido empezar a jurárselo por todos los santos y los dioses en que no creo hasta agotar la provisión de cosas celestiales y preso de la más mística emoción apoyarme agotado contra la pared y quedarme dormido como un percherón joven hastiado de correr sin rumbo. No tuve necesidad de hacerlo sin embargo. Abby me miraba inquisitivamente tratando de avaluar el grado de veracidad de mis palabras. Al fijar mi vista en la suya, me percaté de que no había sido demasiado convincente. Uno dice tantas veces la palabra amor, que al final ya no sabe de qué está hablando, y no sabe por consiguiente lo que uno calla, ni lo que se hace tiene sentido aparente, y entonces, cuando uno se percata del sonámbulo hijo de perra que uno es, ciego, negado de la vislumbre, del resplandor primitivo de la palabra primitiva, paridora de seres donde hay la luz que revienta como un truco de circo barato (pienso en los conejos y las galeras de los prestidigitadores y en los pañuelos

multicolores emergiendo al movimiento del todopoderoso que es, el charlatán) que nos deja la boca abierta por toda la infancia, esa misma boca que el mundo nos va cerrando hasta dejar las dos hileras de dientes apretados una contra la otra y un rasgo desconfiado en los labios y una sonrisa irónica que reemplaza a la carcajada abierta y la emoción de lo verdadero. Cuando eso sucede, cuando hay un ser limpio que te conoce, que no sería capaz de ser el charlatán absurdo que uno es, y te mira y te cala y te dice como el Dios sobre el Sinaí, yo sí, yo te conozco por tu nombre, y te dice Antonio, y suena algo así como Antounio, y tú no apartas la mirada y la sostienes dejándote bañar por la magia de lo prístino, y nada extraordinario está sucediendo, uno no podría hacer de eso una sucia película, ni fabricar una novela con cincuenta mil ejemplares de tiraje; cuando eso sucede, un muchacho que conquista el mundo cada vez que aspira un manojo de viento en San Francisco y en Santiago, y en Puerto Montt y en Rancagua, y en México y en Guadalajara, y en Nueva York, y no sabe lo que está conquistando porque de algún modo ha perdido el mundo, de cierta absurda manera ha perdido el significado, si es que alguna vez hubo significado, de cierta cruel manera ha logrado evitar que otro, aquel otro que sostiene en sus manos la palabra, y la espada y la saliva bendita repartida por la lengua sobre los labios secos, tes-

timonie tu inspirar, y contemple en éxtasis tu exhalación, echando al mundo el aire generado en tus vísceras, en tu historia, en tu historia del mundo, soplando como un dragón abuelos Jorge y papás Antonios depositándose esperanzados en alguna Magdalena o en algunas Martas, creando el futuro de la historia; cuando eso es lo que sucede, alguien, con los brazos caídos, apartado del sin sentido de la palabra grandilocuente, está iniciando el viaje hacia su raíz propia, que no está en ninguna parte sino ahí, bajo la suela de tus malditos zapatos premiados con hoyos y orina y restos de papeles de cigarros, de tabaco adherido en barro y arena, listos como un par de bisturíes para ser introducidos en la tierra que estás pisando, aunque sea la nada, o Santiago en una noche de invierno o Frisco en un entretecho maloliente, y nunca en un lugar, excepto el lugar que el testigo proporciona a tu ser desgañitándose, desperezándose, sacudiéndose la murria cancerosa que lo tenía hechizado, y sabiendo de un modo pasajero que la tierra del hombre no se extraña, porque la tierra del hombre está donde el hombre se encuentra, y no hay fuerza en la tierra capaz de hacértelo decir en otra palabra que no sea amor; sólo que esta vez no lo dije, sino que cogí una lata de cerveza y me la bebí entera, sin respirar, volcando parte en el suelo, con una alegría callada haciéndome alboroto en la sangre. Después tomé otra, se la ofre-

cí a la muchacha y me senté apoyado en la muralla frente a ella, echando de cuando en cuando un sorbo para mantener la mano.

—Chile —dijo después de un buen rato.

Al principio no supe lo que quería decir con eso; si me estaba llamando, o estaba pensando, o le gustaba el sonido, o simplemente tenía ganas de mover la boca.

—Así es —dije, por si acaso.

—Chile —dijo ella, elevando la mano derecha y golpeando con la lata de cerveza el suelo.

—Chile —dije yo, haciendo que la cerveza excesivamente consumida me empujara la cabeza contra la pared y la dejara allí apoyada. Desde allí la vi estirar los labios y decir—: Chchchile.

—Chile —dije yo en forma seca.

—Chile —dijo ella arrugando la nariz y mostrándome los dientes.

Si se trataba de eso, yo no pensaba quedarme corto.

—San Francisco —largué, haciendo retumbar las enes en la nariz y toda la caja craneana, acompañando la voz con un aleteo de pelícano maltrecho, conciliador y amable.

—Son Fronsosco —dijo.

—Los oltollos de Son Fronsosco son hermosos o boones poro hosor el omor —dije con seriedad.

Me tendió la mano y cogiéndome me atrajo a su

lado y me permitió compartir un buen pedazo del chiporro con que estaba forrada mi chaqueta. Yo pasé mi mano bajo su nuca y nos quedamos mirando el techo.

—¿Qué haces? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¿A qué te dedicas? ¿Qué haces en Chile?

—Quiero ser escritor —dije.

—¿No lo eres ya? —preguntó.

—En cierto sentido, sí —dije.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Me gusta la vida —respondí.

—¿Toda la vida?

—Toda.

—Las enfermedades y las guerras, y el dolor y la soledad, ¿también?

—En cierto sentido, sí.

Se quedó silenciosa. Yo quería que siguiera hablando y preguntándome cosas para que viera todo lo que había aprendido del mundo, pero lo que hizo al cabo de un momento fue cogerme la cabeza entre sus manos y besarme. Yo la rodeé con los brazos y pronto estuve sobre ella besándole los cabellos y acariciándole los muslos. Ahora no se resistía, antes bien sonreía con los ojos bien abiertos poniendo mucho de su parte en las caricias con una audacia que, pese al estado exaltado de mi gran simpático, no dejó de asombrarme. Fuimos excitándonos cada vez más,

hasta que pareció que no había más remedio que hacer las cosas cuanto antes, desprenderse del caluroso monstruo que acechaba transpirando sobre la piel. Pero por un motivo extraño no me decidía a liquidar la situación, me resultaba agradable, y lo único que deseaba era prolongarla todo lo que pudiese, hasta hacer reventar el momento en toda su grandeza; por primera vez no tuve prisa, y aunque Abby estaba dispuesta, detuve todos los movimientos, busqué a tientas el bolsillo de la chaqueta y extraje la cajetilla de cigarros y me serví uno, encendiendo otro inmediatamente para ofrecérselo a ella. La muchacha se había sentado y se ajustaba el pelo, atándose la parte posterior con un elástico. Yo, demostrando una serenidad ardorosa (así crearán los poetas, me dije), empecé a echar volutas de humo en forma de redondelas que se elevaban lentamente al techo, deshaciéndose en la atmósfera inquieta y tibia que habíamos instalado en el cuarto.

—¿Qué pasó? —dijo Abby.

—Nada —dije—. ¿Qué va a pasar?

—Creí que querías hacerlo —dijo.

—Seguro que quiero.

—¿Y entonces?

—Te esperas —le dije.

La muchacha abrió una boca de este tamaño. Evidentemente no entendía nada de lo que estaba pasando y aunque me mirara así, como buscando una

explicación, bien poco era lo que yo podía decirle porque tampoco tenía la más simple idea de lo que pasaba. Me sentía desconcertado, contento como un piojo y con unas ganas de amarla extraordinarias, pero allí estaba, echado hacia adelante, moviendo la cabeza como siguiendo el compás de una música, anhelando oírla hablar, retarme, o lo que me hubiera parecido más divertido, que se hubiera echado sobre mí y me hubiera obligado a cumplir como hombre.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué haces?

—Soy actriz —dijo.

—¿Qué tipo de actriz?

—Actriz de teatro.

—¿De veras? ¿Dónde actúas?

—En un grupo nuevo. Teatro experimental. Teatro para niños.

—¿Y qué hacen ahora?

—*La Cenicienta*. ¿La conoces?

—No —mentí—. ¿De qué se trata?

Mientras me contaba la historia, con los zapatitos de cristal, y las doce campanadas, y las calabazas y ratones transformados en calesas y caballos, y el príncipe encantador, y me cantaba la canción mágica de *bidibidabalidú*, puse la cabeza sobre sus muslos y me dediqué a percibir su aliento sobre mi rostro, y a mirar las manos que subían desde mi cabeza enfatizando las escenas dramáticas en que aparecían hablando con voz nasal y gangosa las hermanastras

perversas y bajaban dulces a posarse sobre mi frente cuando entonaba la balada de Cenicienta, y recorrían mis párpados durante la escena del baile de gala en palacio. Cuando finalizó la historia quedó en el entretecho un silencio bondadoso, y un calor grato rodeándonos como si hubiéramos calentado las maderas apolilladas sobre las cuales reposábamos simplemente charlando.

—¿Qué papel haces en la obra? —pregunté.

—La Cenicienta —dijo.

—¿En serio?

Asintió con un gesto.

—Bien —dije—. ¿Cuándo es la próxima función?

—Hoy. En Sacramento, a doscientas millas de aquí. Somos un teatro ambulante.

Me levanté de un salto.

—¡Diablos! —dije—. ¿A qué hora viajas?

—A las seis.

Fui hacia la ventana. La madrugada avanzaba. Una luz grisácea empezaba a diseñar la estructura de los edificios y el puente Golden Gate a la distancia.

—Perdóname —dije—. Necesitas dormir. Yo no sabía.

—Está bien —respondió—. Hay tiempo. Iremos en mi auto. Pasaremos a recoger a algunos actores y seguiremos viaje a Sacramento. Acércate.

Me arrodillé a su lado y nos besamos.

—A las ocho nos vamos a México —dije—. Fernando Vargas y Winslow. Van también Renee Deans y Gastelards. Cuando termine la función podrías coger el bus hacia la frontera. En México la pasaríamos bien. Podrías aprender el español y divertirnos como Dios manda.

—No puedo —dijo—. El martes actuamos en Phoenix; el jueves en Redlans y el domingo vamos a Los Angeles. Tenemos contrato para un buen tiempo.

—Lástima —dije—. Esto podría haber dado para largo.

—Quizás vaya a Chile —dijo—. Puedes darme tu dirección. Te llamaré por teléfono. ¿Tienes teléfono?

—Sí —dije.

Al tratar de recordarlo noté con agrado que lo había olvidado totalmente. Al mismo tiempo se me hizo presente la casa, mi familia, el local del Instituto Pedagógico donde estaba estudiando, pero todo como un bloque confuso donde no podía distinguir detalles, los mismos odiosos detalles que, grabados todo el día en Santiago, me habían puesto los pies en un barco de carga para venir a Estados Unidos, con el propósito de mandar al diablo el peso de la vida vacía y monótona de la patria.

—Todo va muy bien entonces —dije en voz alta aunque hablando para mí—. Se podría empezar toda la historia de nuevo. Podría ser perfectamente.

—¿Qué dices? —preguntó Abby.

Había hablado en español. ¿A qué venía en ese momento contarle la historia?

—Chile —dije—. Estaba pensando en Chile.

—Chile —dijo ella—. Es divertido el nombre. ¿Dónde queda Chile?

Le pedí que se apartara de la chaqueta, y saqué del bolsillo interior un libro.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un libro tuyo? ¿Ya has publicado?

—No —contesté—. Este es un libro de Saint-John Perse. Se llama *Anabasis*. Quiero mostrarte algo.

Busqué entre las páginas del tomo un papel muy doblado que allí guardaba, que no lo había estudiado desde la mismísima noche que zarpé de Tocopilla. Cuando lo hallé, lo extendí sobre el suelo, aplanando con las palmas de las manos toda la doblada y arrugada superficie. Le hice una seña a Abby, pidiéndole que se acercara. Permanecimos de rodillas, ubicados estratégicamente de modo que la escasa luz cayese directa sobre el papel.

—Un mapa —dijo—. Es un mapa de América.

—De acuerdo —respondí.

Apunté con el índice a un lugar en el extremo superior de la hoja, y le pregunté:

—¿Reconoces esto?

—Viejo y loco San Francisco —dijo riendo.

—Atención ahora —dije.

Con la mano abierta empecé a descender lentamente, silbando entre dientes, hasta quedar a unos cuantos miles de kilómetros al sur.

—¿Qué es esto? —dije, mirándola a los ojos.

—Chile —respondió, absolutamente segura.

—No —dijo—. Todo esto es Sudamérica. Ahora fíjate bien.

Trasladé el índice hacia la costa del Pacífico, y le señalé un montón de manchas cafés que se extendían alrededor de veinticinco centímetros.

—Esto es la cordillera de los Andes. Cuando me levanto en las mañanas y voy a la Universidad, veo siempre sus montañas nevadas. Y aunque a veces ando cabizbajo y emputecido de cuadra en cuadra, no puedo dejar de echarles una mirada furtiva, y por un tiempo esas miradas me bastaron. ¿De acuerdo? Bien. Dime ahora. ¿Dónde está Chile en este mapa?

Abby me miró fijamente y puso su mano sobre mi espalda. Después ladeó el cuello y contempló con una mueca meditativa el papel.

—Aquí —dijo golpeando con el puño un territorio verde y extenso.

—No, señor —repliqué—. Eso es la Argentina. Un gran país. Mira aquí.

—El mar —dijo.

Hizo un gesto de niña taimada y agregó:

—Mira, Antonio, si ahí está el mar —indicó con un dedo el azul del Pacífico— y aquí la cordillera

de los Andes, que tú ves todas las mañanas cuando caminas emputecido por Santiago, y aquí está la Argentina, entonces Chile está en la Argentina y tiene que ser esto que está aquí.

—No —repliqué—. Lo que estás mostrando es Mendoza. Una ciudad de Argentina.

—¿Has estado allí? —preguntó.

—Sí —dije.

—¿Y aquí? —señaló Salta.

—No —contesté.

—¿Por qué?

—No sé. Fíjate bien ahora.

Puse la uña del dedo central en el punto del mapa que decía Arica y la tiré hacia abajo dejando una frágil hendidura en el papel ajado por tantos ajetreos.

—¿Ves eso? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Chile.

—¡Eso!

—¿Qué esperabas?

—No sé. ¿Pero eso es un país? ¿Cuántos caben ahí dentro?

—Ocho millones.

—¿Ocho millones?

—Y holgadamente. Eso blanco que ves en esta punta también es Chile. Se llama la Antártida. Está llena de nieve. Hay focas, pingüinos y unos sesenta hombres.

—¿Has estado allí?

—No —contesté—. ¿Por qué?

—Se me ocurrió que podías haber estado. Pareces haber estado en muchas partes.

—No creas —dije—. Aún soy un provinciano. Me falta lo mejor. Nos falta lo mejor todavía.

—¿“Nos” falta?

—Sí —respondí—. A los ocho millones. Nos falta lo mejor.

—¿Están tristes acaso? ¿No están contentos?

—No están contentos —dije.

—¿Por qué?

—Porque nunca están contentos.

—¿Por qué?

—Porque están empezando, por eso.

—¿Tú estás empezando?

—Seguro —dije—. Mira aquí. ¿Ves? El mar. ¿Cuánto mar crees que hay aquí?

—Más que en toda California.

—¿Cuántas veces más?

—Diez veces más.

Cogí una cerveza, la bebí hasta la mitad y le pasé el resto a Abby. Ella la rechazó con un gesto, la puse en un costado y nos dejamos caer sobre la chaqueta. Luego nos desvestimos, y entonces sí, hicimos el amor nostálgica y alegremente, sin separarnos un momento, mirándonos las frentes, y las narices y las orejas, y el vello sobre las axilas, y yo a ella sus senos, y ella

mi ombligo y mis piernas y el pelo encima del sexo, y nos olimos la piel sobre los pómulos, y la espalda y el aliento empañado del olor a cerveza, y el sudor sobre las cinturas, y nos metimos los dedos entre el cabello y nos acariciamos las cabezas violentamente, antes de amar, y más dulcemente luego, cantando largas odas silenciosas al azar, y al sin sentido, y a la muerte de lo que habíamos hecho, que la presentíamos próxima a medida que la luz del alba invadía los entretechos, y los objetos por primera vez mostraban la riqueza de su textura, apilados en los rincones, fríos, trastos de escombros inutilizables, maderas terciadas carcomidas, cajones de manzanas repletos de tarros y herramientas fuera de uso, ampollitas quemadas, botellas cubiertas de esperma, papeles de envolver grasosos, trozos de virutilla, cera endurecida ocupando una vasija con el asa quebrada, telarañas construidas en forma de abanico colgando de la lámpara de lágrimas que se inflaban levemente al recibir el soplo del aire frío que empezaba con el amanecer. Todas las cosas parecían reposar, apagadas, como seres humanos olvidados, y nosotros entre ellos, cubiertos del polvo mohoso del entretecho, tibios, abrazados, burlándonos pacíficamente del mundo al que pertenecíamos, con los más pequeños movimientos parecíamos estar naciendo, respirando por primera vez en el mundo, esforzándonos por brotar desde esa chatarra que nos acechaba, sin hacer ruido,

apenas con los gruñidos roncós del acto de amor, que aquí y allá, especie de preguntas de los animales de una misma especie, salían de nuestras gargantas y eran pronto tragados por el empapelado café de la habitación. Cuando la luz ya había llenado con hiriente resplandor la habitación, y del gris había pasado a transformarse en un amarillo pálido, Abby pensó que ya serían las seis y que lo mejor que podíamos hacer era bajar al baño del departamento, pasarnos jabón por la cara, mojarnos la nuca y partir a buscar a los actores que ya estarían desayunando el mismo matutino alimento que empezábamos a notar que nos faltaba cuando las tripas nos sonaron al unísono, mientras nos vestíamos sin prisa y hábilmente. Nos sacudimos las ropas y tiramos las latas vacías por la ventana, que rebotaron en el empedrado de la calle haciendo un ruido de veinte mil diablos. Guardé el mapa dentro del libro de Saint-John Perse, en una página que empezaba un poema diciendo algo así como que es "un tiempo de alta fortuna, cuando los grandes aventureros del alma solicitan paso en la calzada de los hombres, interrogando a la tierra entera sobre su era, para conocer el sentido de ese muy grande desorden..." y no recuerdo qué otras cosas del mismo tamaño que me hicieron apretar el libro sobre la mejilla y guardarlo con prisa en el bolsillo para tomar la cintura de Abby y bajar silenciosamente las escaleras.

Cuando entramos al departamento lo hicimos con cierto mesurado alboroto de modo que Winslow y Suzie, si estaban ocupados, tuvieran tiempo al menos para subir la sábana o para peinarse. Golpeamos en el dormitorio de Suzie y la vimos sola, durmiendo, la mano bajo la almohada y respirando apaciblemente. Sobre el velador había un mensaje de Winslow para mí comunicándome que iría a decirle a su madre que se iba a México, que me acordara que partíamos a las ocho de la mañana, que iba a conseguir unos dólares y comprar un neumático de segunda mano para llevar de repuesto, y que Suzie era algo muy serio y solicitaba a Dios que la bendijera, y que bendijera a Abby, y que no permitiera que se quedase dormido mientras llevaba el coche al garaje. En tanto leía el mensaje, Abby había ido a la cocina y apareció con un par de manzanas que procedimos a masticar sin lástima, no sin antes haberles sacado lustre con la colcha de la cama, hasta dejarlas convertidas en dos cosas bellas y brillantes. Después de darle unos mordiscos, caminó hasta el espejo y comenzó a trabajar con cierta torpeza en el arreglo de una chasquilla.

—Es el peinado de Cenicienta —dijo—. Viajaremos vestidos. No llegaremos a Sacramento a la hora, como para cambiarnos en el teatro.

Yo la miré hacer masticando sin cesar la manzana, hasta que ella hubo terminado, y, cogiendo una

maleta de la que se asomaba una tira de raso rojo, me invitó a que la siguiera y bajamos las escaleras, y nos introdujimos en su auto, un Chevrolet del 54 cuidado con esmero. Se puso al volante, y echó a andar el coche por las calles de San Francisco, respetando las solitarias luces de los semáforos como si no llevase prisa alguna, como si de repente hubiese deseado demorar el viaje, o cambiar de ruta, ir hacia el Mirador en la cumbre de la colina, y permanecer allí besándonos y charlando a borbotones lo que quedaba por decirse, y que ahora, atendiendo a los sentimientos que comenzaban a cogerme, presumía que iba a quedar callado, abortado sobre los tapices escoceses del asiento delantero del Chevrolet que implacable subía Laguna Street, rumbo a la Avenida Broadway. De pronto se detuvo en una esquina y golpeó dos veces la bocina; una cara sonriente se asomó a la ventana y la misma cara sonriente apareció cinco segundos más tarde, vestida con malla negra, un frigio anaranjado y un jubón de terciopelo granate finiquitado con encajes dorados en las mangas y rodeándole el cuello. El muchacho abrió los brazos como saludando al mundo, aspiró el aire profundamente y lo retuvo inflando toda su estampa, luego se inclinó ante Abby haciendo un saludo cortesano, y caminó airoso hasta el coche acarreando un maletín de viaje, y dijo "Buenos días" con acento irlandés y me estrechó la mano y tarareando una balada isa-

belina se ubicó en el asiento trasero e indicó a Abby una dirección. Más adelante recogimos a dos muchachas vestidas de un negro riguroso que durante gran parte del viaje fueron repitiendo parlamentos, sin darles entonación alguna y tratando de ajustarse unas narices de cartón tan retorcidas como un puñado de serpientes. Abby me pidió que me acercara y me dijo quedamente al oído una especie de frase convencional de despedida que me hizo apartarme un poco molesto e inmediatamente poner el brazo sobre sus hombros al notar que temblaba tratando de sonreír. Le dije que se quedara quieta y no se preocupara, que la vida tenía más vueltas que una oreja y qué clase de Cenicienta era si se iba a poner así cada vez que un animal como yo abandonara la partida. Pero lo cierto es que esta vez tampoco resulté convincente, porque me dieron ganas de apretarla y echarme a llorar como malo de la cabeza, pero me puse firme, y aunque no boté una sola cochina lágrima, me salió abundante líquido por las narices, que no tenía ninguna importancia porque me lo limpié con la manga con un gesto displicente y pasó como un resfriado perfecto.

Al llegar al puente de Berkeley, la carretera se bifurcaba y tuve que apearme para agarrar el camino a casa. Saludé con un gesto al príncipe y a las hermanastras y caminé unos metros por el puente con Cenicienta, y miramos el agua a nuestros pies, y

encendimos un par de Camels entre sonrisas nerviosas y luego, refugiándonos tras una columna, nos acariciamos hasta ponernos rojos, y entonces el maldito príncipe tocó la bocina. Acompañé a Abby hasta el coche; se metió en él; puso primera; el vehículo se movió lentamente e hizo el ruido típico de cuando le meten segunda. Vi cómo le metieron tercera, y lo miré un buen rato más. Después agarré el camino del puente con prisa, para llegar caminando a Berkeley antes de las ocho e irme a México con mis camaradas. Pronto advertí que la caminata iba a ser larga, e hice señas agitando el pulgar a los automovilistas para que me adelantaran siquiera un par de kilómetros, pero no hubo un solo hijo de perra que me parara, excepto un bus que venía detrás de un *jeep* al que le había pedido auxilio y que frenó con gran estrépito, y bufó como un buey abriendo sus puertas a presión. Trepé de un salto, y un conductor negro me esperaba ofreciéndome un boleto.

—No tengo dinero —le dije.

Me di vuelta los bolsillos y se los mostré. El negro se largó a reír como si fuera el mismísimo dueño del mundo, y me dijo que pasara y me sentara cómodamente, e hiciese igual como si estuviese en casa, y yo le agradecí, y el negro se fue riendo todo el camino, hablándome cosas ininteligibles y oteándome de cuando en cuando por el espejo retrovisor, y jaja-jeándose más fuerte cada vez que lo hacía, hasta ha-

cerme reír y hacer reír a un obrero situado en el asiento posterior al mío, que inició un diálogo entre carcajadas con el chofer, que lo hizo reír a éste más fuerte, y al ver tanta risa, yo que soy más tentado que Juan Maula, me largué a reír con esa risa que a veces da sin que podamos controlar, expresando la satisfacción por el mundo y ese estado de beatitud manifiesto en el pichí que te cae por dentro de los pantalones y que tratas de evitar apretando los músculos, pero que no lo conseguirás, porque tu alma entera se está volcando, y lo único que cabe hacer es llamar a todo eso como uno sabe que se llama, y orinar a pata tendida, como un honesto ciudadano.

EL JOVEN CON EL CUENTO

—ESA ES la casa —dijo Ernesto—. Un verdadero palacio. ¿Qué te parece?

Acomodé la mochila en la espalda y sentí cómo caía entero en una especie de arrobamiento, una temperatura creciente desde las vísceras a los ojos tiñéndomelos con la fuerza de mi entusiasmo, con ganas de precipitarme hacia la orilla y correr sobre la arena hasta no dar más, y ya me imaginaba la risa que me iba a dar hacerlo. “Todo el azul reino de la tierra conquistado para el hombre.” Ni siquiera un poco de viento, la arena blanca, las rocas sabiamente distribuidas, y mar y cielo hasta cansarse, y la garganta poderosa, enérgica, tramando las palabras de alabanza, mudas en ese momento porque cualquier palabra sería todo, y un dedo indicando el horizonte, escapado de mi mano derecha, incomprendible, contando por su propio riesgo cierta historia que no acertaba a traducir, y el gesto conternado de mi rostro, y el sudor picante sobre las meji-

llas y Ernesto sonriendo mientras me miraba, magnánimo dueño del mundo, preguntándome ¿qué me parecía?, gozando amablemente de mi veneración a la tierra, sobándose las manos, haciendo como que mascaba algo, abriendo y cerrando la boca con un airecito suficiente, sin cesar de mirarme, sin dejar de sonreírse.

—Extraordinario —contesté—. Llámese "El Rey" desde ahora en adelante.

Yo hablo así, un poco a lo grande, qué vamos a hacerle.

—Rey de mierda, al tercer día necesitarás hablar con alguien, tendrás ganas de tomar una sopa caliente, o de ver alguna mujercita, cogerás la carretera y volverás a Antofagasta.

—No me conoces —respondí contemplando una bandada de pelícanos que sobrevolaban un grupo de rocas—. Sería capaz de calcinarme perfectamente sobre una roca sin remordimientos. Sé cómo ser un hombre quieto, Dios me perdone.

Cogió una bolsa de regular tamaño y la depositó en la arena.

—Ahí están tus provisiones. Conservas y cervezas. Dentro del carro encontrarás vino. No bebas demasiado.

—Pierde cuidado —le dije—. No tendré tiempo.

—Así que no tendrás tiempo. ¿Qué piensas hacer?

Respondí con un gesto teatral lo exactamente im-

preciso; en verdad deseaba dejar secreto ese monólogo que me anunciaba, al mismo ritmo que mi respirar, la nueva tierra que avistaba, la súbita madurez que había emergido de los fastidiosos días pasados en Santiago, casi al término de mi tercer año en la Universidad, que me habían enfilado las piernas al norte en un pacífico y lento viaje a través de la pampa.

—Dormir —contesté—. Como una bestia fatigada. Dan mucho sueño esas clases de la Universidad, ¿sabes?

—A mí me habían dicho que mantenían despierto —dijo Ernesto con una astucia asombrosa.

Le puse la mano en el hombro.

—Propaganda.

—Pero tienes buenas notas, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Eso no significa nada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dejar la Universidad?

—Un poco. No sé. Tal vez.

Ernesto se rascó la cabeza. Me encogí de hombros y le tendí la mano.

—¿Vendrás el sábado?

—Seguro —dijo—. ¿Quieres que te lleve la bolsa hasta el carro?

—No, deja.

Se metió la mano en el bolsillo derecho, y luego me pasó las llaves.

—Bueno, Rey —dijo—, que la pases bien.

—Pierde cuidado —respondí.

Puse las llaves en el bolsillo de la camisa y recogí las provisiones. Luego sonreí a Ernesto y eché a caminar lentamente hasta la casa. Sentí el traqueteo del motor y deseé que se alejara pronto para sentir con toda su amplitud el silencio del paraje, y comenzar a oír mi voz, finalmente, contestando con ignorancia las preguntas calladas que me hacía, recibiendo el olor salado del océano en las paredes de mis narices. De pronto el ruido del motor se apagó, y el estallido de un balazo me sacudió entero. Giré con celeridad hacia el automóvil. A unos cien metros de distancia Ernesto me hacía señas con los brazos levantados y me indicaba que lo esperara.

Eché a correr hacia él, nervioso, en tanto se abalanzaba hacia mí, agitando un revólver en su brazo derecho. Cuando nos encontramos se dejó caer sobre la arena.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Tú disparaste?

—Sí. Tómallo.

Cogí el arma con la izquierda. Era más pesada de lo que me imaginaba.

—Casi se me olvida entregártelo —dijo.

Miré el revólver y lo trasladé hacia el otro lado con precaución, cuidando de mantener los dedos lejos del gatillo.

—¿Está cargado?

—Tiene cinco balas —dijo, sacándose alguna basura que le había entrado en un ojo.

—¿Qué quieres que haga con él? —pregunté.

Se lo extendí para que lo cogiera.

—Quédatelo.

—¿Para qué? No he disparado un tiro en toda mi vida.

Ernesto siguió luchando con su ojo. El sol le daba en la cara, y con una de las manos se hacía sombra y con la otra secaba el lagrimeo.

—Puedes necesitarlo —dijo—. Parece que me entró arena en el ojo.

Dejé el revólver a un costado, me arrodillé y le cogí la cabeza.

—Abre.

Intentó abrirlo y lo único que consiguió fue que se irritase más. Cuando logró sostenerlo por un rato lo soplé con violencia varias veces, y era la mismísima imagen de un huracán.

—Parece que ya salió —dijo para que no lo jodiera más.

Se puso de pie. Cogí el arma y le extendí la mano, devolviéndosela.

—Llévate esto —le dije—. Aquí lo único que hay para hacer puntería son pelícanos. ¿De qué me va a servir? ¡Más lo nervioso que me pone!

—Quédatelo —insistió—. Esto está lleno de gente.

Miré con sorna a los alrededores.

Al lado del viejo carro de ferrocarril había una pequeña cabaña, y a unos cien metros de distancia otro carro, pintado de rojo y con una bandera chilena sobre un asta blanca.

—Sí —dije—. Hay más gente que en Glasgow, Escocia.

Me di vuelta siguiendo la dirección del índice de Ernesto.

—Cerros —comenté—. Mil cerros pelados y hermosos.

—Uno nunca sabe dónde vive la gente —sentenció.

—Seguro. ¿De qué vivirían?

—Pudiera ser que bajaran a pescar en las madrugadas. ¿No te parece?

Examiné el arma que tenía en la mano derecha.

—De todos modos —dije—, enséñame cómo funciona.

—Apunta a algún lado.

Dirigí el arma hacia una roca.

—Sosténlo primero y aprieta el gatillo.

—¿No tiene seguro?

—Está vencido.

Cerré un ojo y cargué el dedo sobre el gatillo. La detonación me vibró como un silbido en las orejas, y la mano quedó temblando. Erré, y un puñado de arena se elevó, como polvillo alrededor de la roca.

Ernesto rió.

—Afina la puntería —dijo—. En caso que tengas alguna batalla en grande, en la casa hay más municiones. Si ves a algún polaco, mátaló.

—Está bien —dije—. En el nombre de tu abuelo.

Caminé los metros que me separaban de los bultos, los recogí y mientras sentía partir el auto, continué la marcha hacia la casa.

Lo primero que hice al entrar fue dejar abiertas las puertas y todas las ventanillas para refrescar el ambiente caldeado del carro. Era un vagón del Ferrocarril Antofagasta-Bolivia, de los mismos en que había viajado en mi infancia, y que aún conservaba en un extremo dos asientos de madera, algunas perchas sobre las paredes, y los portavalijas en lo alto, atestados ahora de revistas, tarros, camisas y zapatos, cajetillas de cigarros a medio vaciar, botellas vacías, todo mezclado en un admirable desorden. El carro estaba dividido por una pared de madera terciada, y cada compartimento tenía tres camas de campaña, de las mismas que usan los milicos. En una esquina se había conservado el excusado, y a pesar de los esfuerzos que se notaba que alguien había hecho por limpiarlos, una multitud de garabatos podían ser leídos con relativa facilidad. La mayoría de ellos les recordaban la familia a los cholos, todos adornados con dibujos genitales, y de sabrosas curvas diseñadas sobre el estanque de agua del inodoro.

En la punta opuesta habían ubicado, cubierta por una cortina de paño, una mesa pequeña sobre la cual estaban dos anafes a parafina, y a juzgar por los tarros de arroz y de azúcar, y por la sal, y por las cáscaras de naranjas en el suelo, eso perfectamente podía ser una cocina. Una vez que hice una inspección total del palacio, me recosté sobre cada una de las camas, saltando sobre ellas y probando sus bondades, hasta escoger una que miraba hacia la playa que me impresionó por su blandura y por su tamaño, en que pude echar con comodidad mi metro ochenta y dos, y descansar un momento, mirando hacia las rejillas de ventilación silbando entre dientes cualquier cosa.

"Aquí estoy —me dije— como un rey de mierda echado en esta cama disfrutando pacíficamente mi destierro, dispuesto a que todo pase a mi lado sin alterarme, con tres buenos lápices en el bolsillo, y con esta queda comprensión de no necesitar nada más del mundo."

—Aquí estoy —dije después, en voz baja— echado como un perro astuto esperando reponerme del cansancio, aprobando el olor de la transpiración en mi camisa, sin nada que hacer por los siglos de los siglos amén, ligeramente excitado pero sin deseo de mujer, moviéndose como ese jarrón chino de T. S. Eliot, quietamente en movimiento, sin desear y sin no desear, haciéndoles el umbral a las palabras, concentrándome para que las insignificantes revelaciones

se epifanicen, para que mi demonio despierte y se ponga de acuerdo conmigo y nos cojamos en una fácil lucha esta noche, sin que nada turbe el sobresalto tranquilo de la prosa, mientras las páginas avancen y este infeliz que soy pase petulantemente la mano por las narices, como el cochino dueño del mundo que me conozco, desgañitándome con la felicidad de estar siendo, sin que haya viento capaz de tirarme de mi potro y demasiado libre como para ponerme a escribir ahora como malo de la cabeza.

—Veamos qué nos depara la playa —dije levantándome— y no permitas que nada te turbe, a menos que te den ganas de turbarte, y entonces no dejes que nada te tranquilice, hermano.

Me coloqué una mano como visera sobre los ojos, y mirando el sol calculé la hora. Parecía ser algo así como las cinco de la tarde, de modo que aún tendría sol por un buen rato. Caminé estirándome y bostezando hasta pocos metros de la orilla y tirando la ropa me tendí desnudo sobre la arena, sintiendo de inmediato el calor del sol en la cara y en el vientre. Había puesto la camisa, hecha un atado, bajo la nuca, de modo que reposaba plácidamente con toda la comodidad deseable. Con los ojos apenas abiertos miré el batir pesado de las alas de los pelícanos rondando una zona del agua que parecía estar poblada de sardinas, y los vi lanzarse en picada de pronto, introducirse en el mar, y emerger hacia el aire chorreando

con el pez firmemente cogido en el pico. Había unos treinta de estos pajarracos rondando, y favorecidos por la quietud del océano, el ruido de sus alas, golpeándose contra la queda y brillante atmósfera, podía oírse intenso, como una especie de vibración seca que sonaba a música. También divisé otros pájaros más pequeños que cortaban el aire bien en lo alto, que no sabía cómo se llamaban, pero todo su movimiento era armónico, y no parecía que estuviesen buscando comida o con ganas de atrapar peces, ni parecía que se estuviesen dirigiendo a alguna parte tampoco, pues lo único que hacían era girar en el mismo espacio, a veces en fila, o en grupo de cuatro, y más bien podía ser que lo único que quisieran fuera estar ahí volando, porque sí, porque les era bueno, pues eso era su vida, mantenerse suspensos en el aire, planeando luego de haberse agitado lo suficiente como para ganarse ese transporte sereno de ellos mismos, y quizás gozosos de ser pájaros voladores e inútiles, excepto por ese vuelo, allá en lo alto, destacado como una marca negra prolongándose en el color del cielo, dividiendo el sol, trizándolo en cientos de soles pequeños, arrebatándole, imaginé, su única profundidad, llevándose su fulgor prendido del pico, resbalándolo sobre el plumaje negro, sacudiéndoselo con la cabeza aguda, y reintegrándolo al aire para dividir el aire a su vez y colocarse libremente en el espacio.

—Esto es lo que soy —dije acariciándome el vien-

tre sin dejar de mirar las aves, penetrado de sus vaivenes, ajeno a mi nombre y al mundo, quietamente replegado atrapándome—. Esto es lo que soy. Espacio. Aquí comienzo y en la punta de esos dedos sucios y torcidos de mis pies termino. Y esto es lo que me es dado, y ya puedo empezar a agradecerlo.

Me pasé la mano por la cara, ardiente, dura al tacto, con algunos granos de arena que me rasparon las mejillas, e intenté agradecer mi espacio, en el primer idioma que me viniera a la cabeza.

Lo primero que dije fue una especie de oración mezclando el Padre Nuestro que estás en los cielos con las odas de Neruda y con algunos poemas escritos en la infancia, todo salpicado de interjecciones groseras, que las lanzaba sólo para meter alboroto en la acción de gracias, como pensando que si alguien las escuchase, no me tomara por un beato o por un poeta de chambergo. Después se me ocurrió que lo justo sería pedir que mi espacio fuera conservado, mantenido en garantía, inviolable, es decir, sí por mujeres, si se les ocurría hacerlo, pero no por la muerte ni por las plagas ni por ninguna porquería semejante. Suavemente empezó a fastidiarme el sol, de manera que me di vuelta, quedando de vientre con la cara apoyada en el lado derecho, y mirando solamente la porción de arena que estaba más próxima continué hilvanando el discurso, con cautela, cuidando que sonara honrado y convincente.

En seguida, envalentonado por la plegaria y dispuesto a la ambición por el sonido de las palabras, oración murmurada al oído de la hembra tendida a mi lado, la única, la elegida, y por el sol que reposaba en mi trasero, y por la arena caliente presionando contra mi vientre, elevé la voz quejándome por no tener más que lo que tenía, rebelándome contra el tiempo, impropriándolo por su honesta destrucción, alegando contra la ley de gravedad que no te lleva a las estrellas cuando te impulsas ligeramente desde una roca con ciertas ansias de llegar lejos, lo más lejos posible, alegando contra la palabra "posible", clamando por su erradicación del diccionario, protestando por la absurda usurpación que un día sobrevendrá gracias al aire que magnánimemente yo habré devuelto esperanzado al universo cada vez que inspire, el mismo aire belicoso que ahora lanzaba como pedradas golpeteando sobre la arena haciéndola saltar, elevar, desubicándola de su orden natural, y de pronto, ante esa especie de dolor, lo único que quedaba era la herencia: verte a ti mismo convertido en una cosa chillona y mojada que te hiriera mirándote, testimoniándote allí donde tu cuerpo anuncia su retirada que él está ahí, en tu tierra, merced a tu aprendizaje laborioso de la faena del mundo, todo su absurdo dolor y su alegría, mirándote con esos pocos kilos de peso, denunciándote que allí estás tú, mejor que el que has sido, o bien, allí mismo, pero

definitivamente traicionado, vuelto frente a ti, no aceptándote, negando el mundo sin una palabra, enviando silencioso al padre y al misterio a la misma mierda, libremente eligiendo su muerte, dejando de respirar la noche del parto, o retirándose a los veinte años de edad luego de haber concluido su lección al borde de un prostíbulo, sin un gesto, sin una mentira, con una socarronería callada, pensando en la fe, negando el sentimiento, sacudiendo la cabeza, retirándose la vida como una pluma que sobre el cabello se le hubiese depositado: así de liviana o molesta; o, años más tarde, a la distancia, atisbándolo yo por una ventana que da a la orilla de la playa, echado sobre la arena, haciéndose las mismas preguntas, lo veré tocándose el sexo, pensando en su nombre, probando la respuesta embarazando a la mujer que lo escucha a su lado, o permanezca quieto quizás, y entonces sepa yo mi nombre y pueda ir a dormir a mi cama dejando las ventanas abiertas de modo que la brisa marina se impregne a mis arrugas, las labre y las agote para quedarme mudo con el sabor de la sal fermentada en los pómulos.

Con los dedos de los pies y de las manos me di en escarbar la tierra mientras flexionaba las rodillas y los codos, sintiendo la fina lluvia de arena golpeando contra mi nuca, y con un movimiento de negación arrastré la frente dibujando en la arena una especie de semicírculo. Fui acelerando todos estos

movimientos, involuntariamente, sin que me lo hubiese propuesto, hasta que pareció que todo el calor del mundo se me entregaba y que una rotación de carbones se amontonara con movimientos intermitentes en el cerebro, y en los muslos, y en el espinazo sobre todo. Me aferré a la tierra oprimiendo con la mano derecha una concha marina y permaneciendo quieto me permití circular libremente por las venas y luego salir con violencia hacia el resto del espacio, sintiendo el contacto húmedo sobre el estómago, el pecho y el cuello, resoplando con fuerza, las manos extendidas ahora, los brazos largos a la vez, como un crucificado, sin dejar de cavar la tierra con la frente, los ojos firmemente apretados y sonriendo.

Cuando todo pasó, permanecí aún un segundo en la misma posición contemplando el suceso, esperando que la respiración recobrara el ritmo que le es propio, y palpándome con curiosidad el pelo del pecho. Una vez que las cosas estuvieron en orden, bostezando con satisfacción, me di vuelta. Quedé acostado de espaldas, y el repentino abrir de los ojos y la luz directa del sol, que no miraba desde hacía media hora a lo menos, golpeándolos, me encegueció y me obligó a cerrarlos por un momento. Limpié las lágrimas con las palmas de las manos, y cuando finalmente logré mirar hacia la playa, no pude menos que estirarme para manifestar el estado de satisfacción que me iba creciendo al contemplar el mar,

ahora absolutamente sereno, excepto el brillo del sol sobre el agua, que producía una especie de movimiento apenas perceptible, los pájaros inmóviles sobre las rocas con el pico oteando el horizonte, graznando ruidosamente, como metidos en una discusión sobre la lejanía que ordenaba el mundo en esos azules por los cuales el sol comenzaba a entrarse.

Al introducirme al agua, lo primero que hice fue permanecer sumergido hasta las rodillas, y con la mano derecha me limpié el estómago, el pecho, e hice salpicar, extendiendo de golpe todos los dedos, gotas de agua que me refrescaron el rostro. Cogí agua en la mano, la elevé sobre la cabeza, y después la solté dejándola caer en el pelo, como si me estuviese bautizando a mí mismo, y cuando dije mi nombre, Antonio, noté que no me era extraño, que yo mismo me obedecía si llamaba así, y durante todo el tiempo que permanecí echándome agua en la cabeza y repitiendo mi nombre se me aparecía la imagen de yo mismo repitiendo mi nombre y echándome agua sobre la cabeza, sólo que yo, que imaginaba, estaba serio mirando hacia el horizonte, con cierto dolor de cabeza que empezaba a molestarme, en tanto que la imagen más bien parecía reírse de todo, y se me ocurría que recién se había sacado un frac, había ordenado los pantalones sobre una arena perfumada de lavanda, y sin recoger las fichas ganadas en el Casino, se había ido a meter al mar, para preguntar

sin dramatismo, y más bien con alegría, cuál era su nombre en la tierra.

Sabía que nadando habituaria el cuerpo a la temperatura del agua, de manera que emergí de la primera zambullida, y lanzando a prisa los brazos chapoteé ruidosamente girando sin rumbo, haciendo todo tipo de maniobras en forma violenta. Cuando me sentí dueño del mar, nadé lentamente hacia una roca grande que se asomaba a unos cien metros, con movimientos armoniosos, equilibrados, escupiendo el agua salada que me entraba por la boca entreabierta hacia los costados, con los ojos cerrados, abriéndolos de tarde en tarde para asegurarme que continuaba en línea recta, preocupado de mi cenestesia, del contraste de mi cabeza, dolorida, y el magnífico estado de fuerza interna del resto del cuerpo, de su semitensión confortable, de la claridad con que sus pulmones elaboraban el aire mientras nadaba, y el diálogo entablado con el océano, mientras agitaba los brazos, haciéndolo a un lado, devolviéndolo hacia la orilla como un conquistador que avista tierra nueva.

En cuanto estuve en la roca, me paré sobre ella y dije todos los nombres de las cosas que allí había, en voz alta y cantarina, repitiendo los que más me gustaban, tales como montaña, ribera, gaviota, pelícano, verdad, y otras como éstas, hasta que dije "cangrejo", sin que hubiese uno solo en las proximi-

dades, solamente por "hacerme mula", porque me gustaba la palabra, o quizás porque deseaba que apareciera efectivamente un cangrejo, pero no acababa de decir la palabra cuando pegado a mi pie izquierdo surgió uno. Entonces recordé cierto libro, sonreí socarronamente mientras me inclinaba a recogerlo, y aunque mis labios y mis ojos y mi cuerpo entero estaban mirando patalear al bicho, de algún modo supe que toda la vanidad del mundo, y la del Eclesiastés, y toda la gran vanidad que sabiamente habrá un día de venir se me había metido hasta en los más recónditos huesos, porque cuando sonreía socarronamente al cangrejo, de algún modo supe que estaba mirando hacia arriba.

Lo atravesé con una astilla de madera que recogí en las cercanías flotando, y emprendí, nadando lentamente, la vuelta a la playa con el cangrejo ensartado, siguiendo los vaivenes de mi brazo derecho que lo transportaba, aún luchando por vivir, como tonificado por las súbitas introducciones al agua causadas por mi braceo.

Sin secarme, me puse la ropa encima y caminé hasta el carro. Empezaba a hacerse oscuro y el dolor de cabeza, que hacía un rato se había declarado, se tornó más penetrante. Sentí los labios secos y dentro de la cabeza las imágenes se aparecían como puestas bajo la luz de reflectores naranjas, destellantes, y mucho más hirientes si cerraba los ojos.

Antes que llegara a la puerta de la casa, tuve el primer escalofrío. Me puse la mano en la frente, buscando confirmar si tenía fiebre, pero sentí la mano tan caliente como la cabeza. Entré a la casa maldiciendo mi mala suerte, abrochándome los botones de la camisa y sacudiendo el cuerpo para evitar esa especie de corrientes heladas que lo hacían vibrar a momentos. Y más me enojé aún cuando vi los cuadernos abiertos sobre la mesa, y sobre las hojas en blanco los tres lápices muy acicalados y afiladitos de punta, y las ganas de escribir que traía me crecieron, pero rabiosamente, fastidiándome, del mismo modo que hubiese cogido un garrote para matar a un mosquito acechante. Cerré los cuadernos, me tendí en la cama y decidí mirar por la ventana hasta que todo se pusiese absolutamente oscuro, simplemente esperar la noche, y mirar primero la luz desfalleciente del crepúsculo, y más tarde mirar la oscuridad, sin conversar conmigo mismo, poniendo la cabeza en blanco de manera que ninguna imagen me despertara y me diese trabajo; con los ojos entreabiertos cerrar las vías a los nervios y, mirando lejos, morir provisoriamente para descansar. Sabía que a la primera bajada de guardia, a la primera cosa que formulase en el corazón, me iría a parar, abriría el cuaderno y escribiría durante ocho horas todo el odio y la frustración que un muchacho de veinte años puede haber acumulado contra el mundo, llenando las

páginas de esa llorona bazofia, para amanecer en la playa imbécil y sucio, muerto de cansancio, sabiendo positivamente que el hombre está más lejos de todo eso, y desconociendo de ese modo el mundo, desintegrando la misteriosa emoción que une y desordena todo. Cuando todo estuvo oscuro, menos el cielo estrellado, y la franja blanca de espuma en la orilla brotando desde la retirada del mar, no pude mantener los ojos abiertos, ni controlar más la fiebre. Mi cabeza empezó a fallar; el cuerpo lo sentí débil y sudoroso, y me deslicé entre las frazadas semidormido. A pesar de la fiebre, logré dormir un par de horas sin tener una sola imagen, sin que ninguna pesadilla me estorbara.

Lo que me despertó de improviso fueron voces. Permanecí quieto en la cama, fijando la atención en el sonido. Con los ojos totalmente abiertos intenté ver en la habitación. La noche era clara y todo parecía calmo. Me erguí un poco para mirar por la ventana, pero cuando estuve a punto de asomar el rostro por el marco, me eché hacia atrás tiritando. Las voces no se oían ya y se me ocurrió que pudieron haber sido una idea mía. Después de todo había agarrado una insolación de primera, de modo que qué podía tener de extraño que oyese ruidos inexistentes. En el lecho, las manos aferradas a los bordes, permanecí dispuesto a saltar si veía entrar a alguien,

lanzarme sobre él, o bien huir por la ventana y correr los dos kilómetros hacia la carretera.

“Vagos —pensé—. Mineros despedidos de Chuquicamata, o de las mismas salitreras, ¿qué otra gente puede ser?, ¿quién pasaría por aquí, a kilómetros del más próximo punto poblado, a medianoche?”

Dándome vuelta en el lecho deseché todas las suposiciones, y abrigado hasta las orejas, probé seguir durmiendo. Si lo que quería era estar solo, me dije, tenía que aguantarme la angustia y aprender a no temer la noche, vivir desde la oscuridad y disfrutar de su savia opaca, del mismo modo que me nutría tibiamente de la luz cotidiana.

El silencio me calmó. La cabeza puesta bajo la colcha, permanecí concentrado en el sonido de la noche, el movimiento del mar, y ocasionalmente, muy a la distancia, sólo perceptible por quien estuviera atento, las bocinas de los camiones que volvían de Chuquicamata aprovechando el frescor nocturno. Coloqué una mano entre las piernas y doblando las rodillas incliné el lomo hacia adelante y susurré muy despacito un tema de jazz. De vez en cuando, siempre pendiente de los ruidos externos, interrumpía la canción, y aunque no era gran cosa lo que recordaba la letra, la continuaba, inventando las palabras que necesitaba para terminar las frases melódicas. No sé si el tema era triste, uno de esos de Chet Baker, o si la fiebre lo produjo, o si serenamente empezaba

a quebrarse en mí la más ilusionada historia, pero lo cierto fue que el llanto me iba llenando el rostro, concentrándome la fiebre en las córneas, brotando sin que yo levantara la mano para limpiarlo, permitiendo que las lágrimas resbalaran por la barbilla y cayesen al cuello. Al inspirar, con fuerza, como suspirando, el aire me penetró más frío, y lo sentí convulsionarse entre las vísceras. No eran los ruidos que antes había oído. Ni la oscuridad. Ni el absoluto silencio que hubo entonces, excepto por mi canción quebrada, que no cesaba de entonar como si esa melodía me protegiera, me acunara tibiamente, calentando los pensamientos que me perturbaban.

Todo eso que estaba allí, acurrucado, replegado sobre sí mismo, hirviendo a 40 grados bajo la noche luminosa, toda esa vana porquería tiritona, lo que con un gesto de prognatismo y soberbia lo llamaba "yo", inflando la palabra, repitiéndola mientras saltaba en la tierra hasta que los carrillos se me desvencijaban, toda la azul maravilla, el azul testimonio, el amor contenido, la sonrisa, toda la prosa y la jactancia, allí me las tenía, agarradas a las entrañas como el cangrejo que me procuraría un buen desayuno, inertes, nutriéndose de mi miedo, de las ubres de esa vieja y pesada vaca que fui de repente, sin agilidad ni gracia, con dolor cada vez que estiraba un músculo, y, con más miedo, cada crujido del catre, cada golpear del viento contra los papeles de la habita-

ción me apartaban más del resto del mundo, me entregaban hondamente al misterio, sólo que no era un misterio benigno, porque a lo que más se parecía era a una enfermedad lenta, morbosa, gustadora del ser que iba devorando, poseyéndolo de pie sobre la cama, y por dentro, y desde el aire con gusto a sal, y desde lo que aún no era, y desde las tardes del domingo en provincia mirando el polvo de las aceras desiertas cuando ese gusto ya apareció en el sudor bajo el cuello de la camisa blanca.

Por un segundo sacudí la cabeza con energía, me escupí los dedos y los pasé, mojados, sobre los párpados para refrescarlos, intentando otra vez quedarme quieto para que no hubiese imagen alguna que me reintegrara al temor. Escuché. No había ruidos en efecto.

Pero de pronto, inconfundible, nítidamente alguien rió, con un estertor ronco, grave, y siguió a esa risa, otra, débil, casi femenina. Calculé de donde vendrían. Parecían estar al lado derecho del carro, probablemente reclinados sobre la pared que daba al cerro. Quedé en tensión. Las risas sonaron otra vez, ahora más débiles, como un comentario final a las risas anteriores. Luego siguió un silencio. Hubo un ruido en la ventana de atrás, cerca de la cocina, que me hizo sentar en el lecho y escrutar el fondo de la casa. Después apareció una pierna, permaneció un momento allí, colgando, y no tardó en aparecer la

otra, en tanto que el resto del cuerpo hacía un esfuerzo por introducirse impulsado por los dos brazos que se afirmaban en la parte superior del marco de la ventana. A tientas busqué el revólver sobre la colcha tirada en el piso donde había echado los pantalones antes de acostarme. Metí la mano en el bolsillo, y con alivio palpé el frío metal del arma. La cambié de mano, a la derecha, y levantándola a la altura de los ojos, apunté a las piernas del hombre que ahora permanecía pegado a la ventana haciendo señas a alguien, indicándole que se aproximase, y al mismo tiempo moviendo para todos lados la cabeza como para cerciorarse de que nadie lo observaba. Miró hacia donde yo estaba incluso, pero poco habituado a la oscuridad del carro, y debido a que lo único que movía era el brazo con el revólver, no me descubrió. Antes de apretar el gatillo, hice un gesto así como de quien se para un momento a reflexionar. Un movimiento como una respiración aguda que me serenó de improviso, que me enfrió, que me quitó la fiebre, como si la hubiese vomitado de repente.

“Estoy chiflado —pensé—. Absolutamente chiflado.”

Bajé el arma, y en el segundo en que el otro empezaba a introducirse por la ventana, parándome firmemente sobre mis pies descalzos, lancé un grito breve y chillón.

—¡Quién anda ahí! —grité retrocediendo. Instintivamente alcé el arma.

Aquel que estaba entrando se retiró ruidosamente dejándose caer sobre la arena ante una señal con la mano derecha que le hizo el que estaba dentro.

Arrugando la frente traté de ver con nitidez qué hacía el hombre en esa zona oscura de la pared. Primero, siempre con el arma alzada, soporté el silencio, con algo que no era paciencia precisamente, pero más rato, el hecho de que no se moviese, que no lo oyera respirar siquiera, me anduvo agitando, y mientras avanzaba un poco le hablé.

—¿Qué hace aquí? —dije—. ¿Qué quiere?

Hubo un perfecto silencio.

—¿Qué hace? —repetí—. Estoy armado y lo estoy apuntando. Puedo verlo perfectamente.

Sentí el revólver mojado con la transpiración de la mano. Pasé el índice a lo largo del gatillo frotándolo para que se secara.

—Bueno —agregué, violentando el tono de falsa serenidad con que hasta entonces había hablado—, no voy a estar toda la noche esperando que conteste. Si no contesta, disparo, ¿entiende? Estoy armado; puedo verlo, ¿no es cierto?

No había acabado de hablar, cuando vi al bulto moverse, quebrar su quietud con una especie de salto corto, que pareció venir en mi dirección y echándome a un costado oprimí dos veces el gatillo, ca-

yendo sentado en la cama con la reculada del revólver. Otra vez quedó en el aire esa vibración que había sentido en la mañana. Los fogonazos me enceguecieron por un segundo, y mientras me ponía de pie, me pareció ubicar al hombre pegado a la ventana.

—No dispare más —dijo—. Por favor.

Me pasé la mano por la frente.

—¿Cómo está? ¿Lo herí?

—Parece que no —dijo ceceando.

—No le tiré al cuerpo —dije alardeando, por lo que pudiera ocurrir.

—Gracias —dijo—. Somos gente honrada. No se preocupe, patrón.

—Llame a su compañero —ordené.

Le silbó por la ventana.

—Es mi hijo. Es apenas un niño.

Miré hacia fuera.

—Pasa no más, Pedro. El caballero creyó que éramos ladrones, por eso disparó. No te asustes. Entrate no más.

Dejé el revólver a un lado y encendí una vela. Mientras daba vuelta la llama para que se desparramase algo de esperma donde afirmarla, me fijé en los rasgos del hombre, en su cuerpo macizo, en su barba de unos tres días, en su mameluco verde y luego, cuando entró, en el pequeño, encasquetado en una chaqueta de cuero gastado y en un par de pantalones cortos.

Descubrí en la mesa un par de aspirinas, las eché en la boca y comencé a chuparlas ruidosamente.

—Bueno. ¿Qué es lo que quieren? —dije.

Los dos se miraron.

—Vamos de paso, caballero. Pa'Antofagasta —dijo el hombre—. Creímos que no había nadie, por eso tratamos de entrar.

—Estábamos cansados —dijo el chico, pasándose el dorso de la mano por los ojos—. Queríamos un lugar donde dormir.

—Una camita, ¿verdad, Pedro?

—Claro.

—Nosotros sabíamos que habían camas en estas casas. Nos habían dicho. ¿No es cierto, Pedro?

El niño asintió.

Ya en ese momento yo estaba más avergonzado que el demonio.

—Acuéstense allí —dije, indicándoles dos camas en el otro aposento.

Fui hasta el lado de ellos y cogí una damajuana.

—Aquí tiene vino, por si le da sed.

—No se moleste, patrón.

Les alcancé mi bolsa con las provisiones y les dije que sacaran de allí algo para comer.

—Por el susto —les dije—, me duele la cabeza. Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias. ¿Para qué se fue a

molestar, patrón? Nos vamos a quedar aquí calladitos. Ya, acuéstate ahí, Pedro.

Volví al lecho, tranquilizado, con vergüenza, y antes de acostarme cogí la caja con las municiones y las coloqué en el suelo al alcance de mi mano. Tendido en la cama, jugando con el revólver descargado, haciéndolo girar en la mano derecha, pensé en el mundo y la gente; pensé en todos los que habitan en las ciudades y en quienes van de una ciudad a otra, de un país a otro, de un planeta a otro planeta, como si en algún lado las cosas fueran a ser mejor, como si en algún lado uno pudiera sacarse los zapatos, y sin temer nunca más, equilibrado en su destino, maneándolo en el puño, palpando directamente el valor y la gallardía en los latidos calientes de la esperanza, decir aquí me quedo y nada me moverá; y no necesito nada para estar aquí; y a nadie temo y a nadie puedo dejar de amar, y puedo despreciar libremente a quien se me antoje; y habrá generación acá; y mucho se aprenderá mirando los mares. Y esta vez, extendido en el lecho, fui cogiendo una a una las municiones y colocándolas en los depósitos ovalados del arma, hasta que completé la cuota. Abandoné el arma en el suelo, y volviendo el rostro contra la pared, cerré los ojos y no tardé en quedarme dormido.

Cuando desperté miré por la ventana y lo que allí había no era otra cosa sino un día luminoso y caliente. Parecían ser las diez de la mañana o algo

semejante. De un salto estuve de pie; y luego, vestido, fui al otro compartimento para ver a mis huéspedes. Las camas estaban deshechas pero de ninguno de los dos había rastro. Tomé el revólver y la caja. Salí, pisé la arena caliente, y colocándome las manos como anteojeras los busqué a lo largo de la playa. Los divisé cerca de un grupo de rocas, realizando extrañas contorsiones sobre la arena, como si la estuvieran cavando con los pies. A medida que me iba acercando vi que recogían algo y lo echaban dentro de una caja de madera. También al lado de la caja, distinguí la damajuana de vino y un balde. Me hicieron jubilosas señas cuando me vieron venir. Una vez a su lado, el hombre se acercó y me extendió una especie de marisco, palpitante.

—Sírvase —me dijo—. Son machas.

La cogí y la mastiqué, atento a su sabor.

—Ahora enséñeme cómo se sacan —dije.

—Están enterradas en la arena húmeda. Mueva el pie y va a encontrar.

Así lo hice y no tardé en hallar una, que olía muy bellamente.

Estuvimos largo tiempo cavando, y una vez que hubimos llenado la caja nos sentamos sobre las rocas, les echamos limón, que mis huéspedes habían traído, y comenzamos a comerlas y, entre macha y macha, echamos unos tacos de vino, primero breves y refrescantes, y luego largos y somníferos, hasta que

estuvimos los tres medio borrachos, y siempre con sed, mandamos a Pedro a buscar otra damajuana a la casa, y cuando volvió también nos tomamos ésa y seguimos cavando la arena y comiendo machas, hasta que creí que iba a explotar.

Me apoyé contra una piedra y cerré los ojos mientras el mundo pirueteaba como un demente y el mar se veía rojo o naranja, o casi amarillo. Los abrí, y descubrí que mis dos compañeros estaban durmiendo cubiertos por la arena en que se habían revolcado. Entonces me acordé de mi dolor de cabeza, pero era tan dulce el sentimiento que poseía que me resultó difícil pensar que alguna vez pude haber tenido un dolor de cabeza. Cogí el revólver, apunté al horizonte y disparé. Permanecí oyendo el eco del balazo por unos segundos y luego apunté al horizonte otra vez y apreté el gatillo, y después tiré seguido el resto de las balas sin detenerme a escuchar su sonido, y cantando a toda voz una de esas músicas incidentales que tocan en las películas de cowboys.

Después agarré la caja de municiones, llené el revólver y disparé al cielo, a la casa, quebrándole dos vidrios, a los maderos que flotaban en la orilla, a los cerros, a un barco que pasó a la distancia, a todo lo que quería que muriese en mí. Cuando agoté las municiones, y al gatillo se le escapó un clic, y noté mi mano ardiente y el estómago descompuesto, me levanté, sacudí a los dos compañeros sin lograr des-

pertarlos, me dirigí hacia la casa, desnudándome mientras caminaba, hasta que enfrenté el lecho, y, sonriendo, me dejé caer en él a esperar que la noche llegase, libre de toda traba, desnudo como los pájaros, cayéndome en el sueño, hundiéndome en un dulce abismo, pensando, mientras perdía conciencia de todo, en el cuento que esa noche iba a escribir.

AL TROTE

—ESTÁS durmiendo —dijo volándole de un puntapié la gorra. Además le meneó un zapato entre las costillas.

Pero Rodrigo no desarmó su postura, siguió acostado a lo largo de la grada, la cabeza en la bolsa de lona azul, palpó la piedra del escalón inferior y los dedos engancharon el sombrero. Se lo echó sobre las cejas con cierta parsimonia compadre y de mala gana divulgó un par de puteadas entre las muelas.

—Usted se la anda buscando, gancho. Y el que busca encuentra dice el refrán. Alguien se la va a dar de repente.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué gimnasio entrena?

—No sabría decirte. Pero el tío es un tipo sencillo, franciscano. Te desaloja los ojos de tus mugrientas cavidades y los esparce por un gallinero en beneficio de los pollos.

—Lo malo es que el camión no viene. Van seis

campanadas y ni rastro. ¿Se puede saber qué crestas estás haciendo ahora?

—Tengo estirados los brazos tras la cabeza, abiertas las palmas, y las piernas las mantengo tiesas en ángulo recto sobre el vientre. Allí las sostengo hasta que graduando el retorno las traigo al suelo. Esto se llama pensar. *Je pense*.

Se rascó la frente.

—En fin. ¿Qué piensas?

—Muerte. Tuerzo el tronco sobre la cintura, repliego las extremidades y abrazándolas inserto la cabeza entre las rodillas.

—Muy interesante —comentó Jaime—. Y profundo. Y pedante.

Lo pateó un poquito en la cintura descalabrándolo vía escalera. Rodrigo rebotó limpiamente en los peldaños, revolcó su hocico en la acera y fue a quedar prolijamente colgado al borde de la cuneta. Consta que algo juró allí, de cara mugrienta y culo al cielo. De lejos, Jaime constató que ningún moretón fuera mortal y desentrañando una gorda manzana la partió a presión, alcanzó la mitad al compañero, y en el mismo grifo, pero apoyados opuestos, mascaron y escupieron las pepas contra los zapatos, blasfemando.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —sugirió Jaime desenfundando entre mordiscos las palabras—. En-

tramos a la iglesia, trepamos al púlpito y predicamos puras huevadas. Yo primero.

Tanteó sobre los vericuetos de madera tallada del portón buscando alguna aldaba descompuesta.

—¿Qué dices?

—Que no. Non est sancto.

Algunas zancadas lo devolvieron al grifo, consideró la inercia de Rodrigo y sin soportarlo le propinó un limpio puñete sobre la oreja izquierda.

—¿Por qué no? Haz cuenta que soy un cura, huevón. ¡Qué más da!

—Me fastidias —replicó acariciándose el lóbulo irritado—. No sería extraño que te toparas dentro de no mucho con alguien que te destripe, te manosee las entrañas y arroje piadosamente tus restos a los cerdos.

—Esto es lo que hago contigo, infeliz. Agarro tu bolsa —lo hizo—, derramo tus porquerías a lo largo de la escalinata —lo fue haciendo— y encima canto (tra la la, du bi da bi du).

Primero hubo ese silencio famoso por lo mucho que Rodrigo se rascó la cabeza, por las palomas que brotaron desde las cornisas como un nudo blanco desatándose sobre las fuentes y migas de pan que destellaban entre los surcos del empedrado, porque un gallo cacareó jubiloso en uno de los departamentos del frente. Tuvo que recoger un cortaplumas oxidado marca "The Tiger", una lupa "Einstein", la

edición Losada de las *Odas Elementales*, y hasta se otorgó un minuto para recoger el lápiz y escribirse apasionadamente algo en la palma de la mano.

—Algún imbécil derramó mi bolsa —comentó.

Enterró el lápiz entre la sien y la oreja y dedicó una manga de la camisa al lustre de los zapatos.

—Algún imbécil mariconazo —monologó cepillándose la basta de los pantalones.

—¿Qué te escribiste en la mano?

Medio que se anduvo acercando, metiendo la nariz por ahí a ver si leía algo, así que la bofetada le aterrizó seca en el párpado derecho, y aun más, Rodrigo, diestramente, le desfiló la mano empuñada bajo los ojos, le hizo la palanqueta, le martilleó la quijada con el antebrazo y evitó con un corto desvío del cuello el puñetazo que Jaime sacó por la izquierda. Luego giró sobre los talones y enredándolo en una llave lo obligó a inclinarse torciéndole el brazo tras la espalda.

—Así que quería predicar, el perla. Así que el cafiolo quería hacer tronar el púlpito. ¿Y qué te parecería si te quedaras manco un amanecer de primavera?

—A tu abuela. A tu abuela la haría tronar.

—Pareche que hay un chileno llorando, pareche...

—Estoy sudando, infeliz.

—¿Y ha leído la Biblia, el lloroncito, que ya quiere predicar?

Acentuó el rigor de la llave. El hombro de Jaime se estremeció.

—¿Ah?

—Ah, ¿qué?

—Si ha leído la Biblia el manquito.

—Algunas veces.

—¿Cuándo?

—Cuando a ti no te importa, huevón.

—¿Entera? ¿La has leído entera?

—Tu madre.

—¿Entera?

—Algunas partes.

—¿De veras? A ver, di algo de la Biblia, alguna cosa...

—En el principio era el...

—Eso no, lloroncito. Eso todos lo saben. Algo bueno.

—Afloja, mierda. Afloja de una vez te digo.

Rodrigo relajó la presión. Jaime torció rumbo desprendiéndose y se frotó la espalda con furia.

—Cada uno dé como se propuso en su corazón, no con tristeza o por necesidad, porque Dios ama al dador alegre —disparó sin pausas.

Rodrigo se rascó el estómago.

—Estás blufando. Debieras avergonzarte.

—Corintios, capítulo nueve, versículo siete.

Sólo cuando el silencio amplificó su victoria se

deshizo de un definitivo colofón y una patada en los riñones.

—Toma. Por imbécil, por ignorante, por pelota.

—Está bien —concedió Rodrigo de mala gana—. Consíguete ahora un cristiano que te descerraje el pescuezo y te sorba con una caña perforada una porción considerable de tu repugnante masa encefálica.

Jaime lo desplazó de un empujón y fue a sobarse bajo la sombra de una columna. Hubo un largo silencio durante el cual el fastidio hizo de las suyas en el ánimo ya cabreado de los muchachos. Por lo demás, en la sucia callejuela sólo pasaban carretas cargadas de frutas y verduras rebotando cantarínamente sobre el empedrado de San Antonio rumbo a la feria a las orillas del Mapocho, las liceanas limpias de rostro ingeniándose las para ser precisamente excitantes en la disciplina azul del uniforme, un ratón se asomaba entre el enrejado de las alcantarillas, un carabinero dormía de pie bajo la alpaca verde de su poncho; no había viento, ni una luz definida, ni simplemente nada atrayente que los derribara del anhelo de montar un camión, trepar la cabina, e irse en el techo propinando salivazos a los árboles, obsequiando puteadas a los transeúntes, perforando de canciones el aire alado de los pueblos orilleros de Chile, quebrando la transparencia en imágenes, en bravatas, en estupideces de potro joven pateando las tranqueiras, orinando al viento desatado, aullando, y luego,

como un postre de ángel, como un cremoso muslo de arcángel, extendido ahí como tal cosa, como si el muy bestia no supiera, como si se hiciese el hueveta, servirse el mar, otra vez la cuna, y una y otra vez comer su ácida miel, su mermelada de muerte, su imposible e insobornable vida salada, viento salado que revienta en el olfato, un banquete de aire, del aroma de las algas y mariscos descompuestos, pulsación de la música de la piedra y la arena, delirar a brincos cogiéndole la cola a los pájaros ("ah, una robusta gaviota que me permitiera compartir su oficio de ángel enredándome displicente en sus finas garras"), soliloquio de espacio y sol en la cerviz, en el hígado, en el destino sudoroso de la mano, en el vericuerdo sensual de la piel, en la fiereza de su preeminencia, reventando en el pecho del hombre el pez y la alondra, anidándose altivo en la única patria de leños azules que hierven de espumas fulminando el fervor del mediodía ("una ciudad iracunda, una ciudad violenta hecha a mi imagen, ardiente y poderosa a la mansedumbre enigmática de mi raza").

—Esto es posible que pase —dijo Jaime—. Que a la presión del silencio no responda una imagen, que calles, que una plaga de mudez te infle, te esterilice los huevos; que revientes tan secamente como un insecto.

Con esa manera de mesarse el cabello, Rodrigo se desembarazó primero del nostálgico perdimiento

en que había echado cuerpo y procedió sin escrúpulos a asestar un golpe con el filo de la mano que dobló precisamente a Jaime sobre el texto de Whitman que estaba leyendo.

—Tú andas buscando —agregó, en tanto su amigo pesquisaba una dosis clara de aire que le enfriara el escozor del hígado—, tú realmente andas buscando algún desalmado turco que presione sus falanges sobre tus parietales y luego chasquee los dedos sacudiéndose elegantemente tu insignificante atado de sesos.

Previniendo el ataque, se apresuró a ubicarse detrás de un aspa de puñetazos, armando una especie de muralla. Más científico Jaime, probó su ineficacia. Primero se proveyó de una vivificante porción del color terroso del alba, luego se desplazó en el vértigo desrumbeado de los papirotazos, y con un hábil finteo logró precisar un nítido puño en la nariz del rival. El golpe lo conmovió hasta las fibras y no le quedó sino abrazar a Jaime, presionarlo contra la muralla de concreto, y obligarlo allí a enredarse en un clinch. Por otra parte, se las manejó resoplando hacia dentro para retener la sangre en el mismísimo tabique de la nariz. El habla le anduvo saliendo medio gangosa, pero no tenía la menor importancia.

—Quizás encontremos un sacerdote especialista en extremaunciones —dijo—. Uno nunca sabe.

Luego le barajó una pierna tras los tobillos, ajus-

tó la zancadilla y con un minucioso toque lo mandó a comprobar la resistencia de la piedra. Detuvo con aire principesco las piernas de Jaime, que se empeñaba en pedalearle la barriga, y con una reverencia indicó la puerta del templo.

—Veamos cómo lo haces, fanfarrón.

Jaime se sacudió profusamente el polvo y los moretones y aportó un distinguido tranco que lo llevó hasta el portón. Rodrigo dedicó un par de salivazos granates al empedrado de la vía pública y lo siguió casi inmediatamente. Era San Antonio esquina Merced, Santiago, Chile, América del Sur, noviembre. Un día como cualquier otro.

—Confiésate.

—He pecado.

—Eso no basta. Tienes que decir más. Especifica.

—Especifica.

—Sí. Especifica.

—Palurdo.

—Agradécele a la rejilla...

—He pecado.

—Agradécele a la investidura...

—Sal de ahí y pelea como un hombre de una vez por todas...

—Agradéceles al ángel y a San Roque...

—Perfectamente, entonces. Comienza a agradecerles a los perros beatificados que complacen en la bruma la mano cóncava del patrono, a los flautistas y comadronas del pesebre, a la estrella de musgo que le chorrea al cielo, al circunloquio solemne de los sillones monasteriales vacíos, a los que limpian con paños floridos las cáscaras de las manzanas en ofrenda, a la excitada interpretación de los signos del universo, a las señales del juicio, al bobalicón y pulido cordero, al cuello transparente de la virgen, a las espigas del Nazareno...

—Está bien. Confiésate.

—He pecado.

—Magnífico. ¿Te arrepientes?

—Me arrepiento.

—Oye, Rodrigo. ¿Tú crees en Dios?

—No.

—¿No?

—No. Mira, para serte franco te lo voy a contar: Dios me ama. ¿Qué te parece?

—No sé. ¿Me ama a mí también?

—Sí. Te ama.

—¿Y a mi cabra?

—¿A cuál?

—A la Chabela y a la Rosario.

—Las ama.

—¡Qué bien! ¿Sabís qué más?

—¿Qué?

—Este Dios es un tío fabuloso, palabra...

—He pecado.

—¡Qué bien! Comienza por lo peor. Yo te perdono.

—Sé inteligente por una vez en tu vida: retrocedo. ¿Qué pasa ahora?

—Me pongo el traje de baño. Uno nunca sabe.

—No embriago a fondo. Me detengo. Retrocedo.

—Tienes miedo.

—Sí. Tengo miedo.

—Perfectamente. ¿Quieres decir algo más?

—Sí. Que es como si siempre estuviéramos lejos de todo. O demasiado cerca.

—Bien, te perdono. No es necesario que te golpees el pecho.

Se rellenaban de flores amarillas las esquinas, el agua disparaba imágenes canaleteando a brincos por la calzada, los pájaros se estrellaban gozosos contra el follaje y los aleros de las casas antiguas, los viejos madrugadores se estiraban la piel y escupían a los perros vagabundos que se les enredaban en los pantalones, los perros displicentemente meaban escarban-

do las puertas de calamina de las fuentes de soda o seguían con graciosa abulia el trote de los caballos arrastrando las provisiones de naranjas y lechugas hacia la Feria Central desprendiéndose con coletazos las pulgas de la cabeza; los primeros jugadores marchaban a la sucursal del Hipódromo Chile practicando exorcismos sobre un arrugado folio de pronósticos, y después, colmándolo todo, estaba la gente, la gente real, la gente pobre, los animales imposibilitados de descifrar los símbolos del sol, enjaulados a presión en antiguos y malolientes buses, los ojos delirantes, rutinarios, famélicos, buscando sombríos algo en las calles, un cascabel, un grito, una empleadita de fuente de soda con los senos desbordantes, una ramera trasnochada y hambrienta durmiendo en un escaño, ojos velados intentando atisbar las noticias en los quioscos de periódicos, noticias ajenas, siempre remotamente ajenas, de ciudades exóticas donde se conferencia con aire acondicionado sobre tapetes de cuero, ojos en cabezas de cuello tieso, aindiadas, encrespadas, con jopos; los empleados de las reparticiones públicas herméticos en la alternativa tajante de la chaqueta gris o azul, mezclados por una común acefalía, por un destino boludo, redondo, cerrado, apernado por una corbata donde en vano se disimula el rigor del nudo, el rigor de los dos nudos, un tropel de autobuses carcomidos, de neumáticos descascarados, de gases, un hervidero oscuro de máquinas lanzando

desolados animales por los resquicios de las construcciones grises de una patria a la que le cuesta tener nombre, mujeres trotando tras un reloj mecánico, abortadas, desangradas, sonriendo paupérrimas, conmovedoramente sobre los asientos destrozados de las naves de concreto, las viejas naves de los mitos del sacrificio, peándose, crujientes, hirviendo en una nube impenetrable de negrura, impenetrable a la codiciosa misión agorera del sol.

Menos mal que Jaime andaba saltando a ver si le agarraba la pata a una paloma que lo circunvolaba con precauciosa gracia, menos mal que el espacio se había poblado de un tango de Julio Soza puesto con fervor por el dueño de la fuente de soda que complacido, patronal, se rascaba la verde y peluda barriga apoyado en esa escoba de paja ocre, menos mal que Santiago asténico, enfermizo, se sacudía la modorra, se mojaba el hocico, se le erizaban los cables, menos mal que unos pocos haraganes febriles se envolvían en los jeroglíficos del sol, menos mal que echaron a caminar arrastrando las suelas, menos mal que las piedras de la calle y las baldosas de las aceras, tibias, recién humedecidas por el camión municipal, evaporándose con tenue brillo, devolvían la cortina de luz que sacaba humo del granito, menos mal que ninguno de esos avestruces engominados detuvo su coche cuando les hicieron señales con el dedo gordo obteniendo sólo la humedad de la mañana, menos

mal que el camión lechero los detuvo en la esquina de Merced y Mosquito y que a Jaime se le ocurrió mirarle la cara a Rodrigo sin encontrarse con otra cosa como no fuera un bonito charquicán de sudor y sangre, menos mal que la nariz le manaba dulcemente un hilo rojo de nítido resplandor, menos mal que lo detuvo atracándolo contra una pared de yeso, que se descascaró y todo, y que le sujetó la mandíbula con las manos tensas, rudamente.

—¿Qué te hiciste, pelotudo?

Rodrigo se barrió el bozo y las mejillas con el dorso de la muñeca y oliendo científicamente la sangre caliente sostuvo la faz horizontal y aspiró el fluir de la sangre para formarse una barricada de viento en las fosas.

—Estás hecho un asco. No mereces ni que un perro vagabundo te mee las piernas.

—Me siento bien, compañero.

—¿Qué te escribiste en la mano?

Trató de torcerle la muñeca y atisbar el mensaje, pero un rodillazo en el pecho le rumbeó la intención hacia otro norte.

—Mira los pájaros —dijo Rodrigo, pestañeando y lacrimando abundantemente.

Jaime los contempló con las manos en los bolsillos y con la boca abierta.

—Eso —dijo— es lo que quisiera ser.

—Yo también —asintió Rodrigo.

—¿Qué tal va eso?

—Está pasando. Tu camisa está hecha un estropajo. En fin. Oye, Jaime, dejémonos de huevadas. ¡A la cresta con el mar! Vamos a un prostíbulo.

—A un hospital. Esta postula a ser una asquerosa hemorragia.

—Oye, Jaime, vamos a putas, por la cresta.

—¿Tienes dinero?

—Algo. Pero me siento bien. Realmente bien, hermano. Descríbeme mi hemorragia.

—Perfecta. Mana abundantemente. Una joya. Mójate en el grifo ahora.

—Me halagas. Los pájaros eran como si el sol estuviese pestañeando.

—Eres un charlatán, Rodrigo. Si yo te hablara de la tierra, de los planetas reflejados en el agua de los lagos de mi pueblo, de los curantos dominicales, de las muchachas en la plaza, de las bicicletas oxidadas...

No habían pasado ni diez segundos cuando la nariz comenzó a portarse como una cosa decente, e incluso se proveyó de una protectora costra alrededor de sus orificios. No había razón para no empaparse además el pelo y el cuello y posando bajo la caída del agua así lo hicieron, mojándose desde la camisa hasta los huesos, y sacudiéndose el agua como dos peludos cachorros prosiguieron por Merced hacia el Parque. En el Forestal la tierra estaba seca en los sen-

derillos, húmeda bajo el musgo y el pasto, y sombreada a ratos y fragorosa la brisa revoloteaba en la calma apenas quebrada de trinos de aves y bocinazos lejanos. Como un horizonte desvaído, el ruido del Mapocho les llegó mezclado al de los vegetales y suscitó en los amigos su aspecto de pariente pobre, de río de fundillos pelados, con las manos entre las piernas, doblado en su propia corriente como un caballo herido. Tres mendigos bebían por turno hundiendo las cuencas de las manos en una cacerola de aluminio, sorbían allí el vino, y esperaban su nueva oportunidad acumulando el aire desoladamente en sus tráqueas deshilvanadas. Ni una gota del áspero jugo se derramaba en la tierra. Ni una palabra tampoco.

—Supónte —dijo Rodrigo al patear una piedra rojiza—, supónte que un día dejas la escuela, entras a trabajar, no amas a nadie o nadie te ama, agotaste malamente tu último cigarrillo y la muerte te inquieta. ¿Qué haces?

Jaime se adelantó y fue a posarse de un brinco en el respaldo de una banca. Cuando Rodrigo pasó a su lado, precipitadamente se le unió, y miró al cielo hablando en voz limpia y fuerte.

—Me meto al parque de diversiones. Subo a la rueda de Chicago, y cuando estoy en lo más alto, me saco el sombrero, lo apoyo en mis rodillas y fumo displicentemente un cigarro.

—Excelente.

—Supónte tú, ahora. Subes conmigo a la rueda. Te haces preguntas. ¿Qué piensas?

—¿Qué edad tengo?

—Ponle treinta y tres. Agrégale que hace diez años que no escribes un poema decente y que ya nadie en el barrio se atreve a llamarte “el poeta”.

—No hay prisa me digo desesperadamente. Me descuelgo, corro en las calles, busco a una mujer y la engendro. Mi hijo nace llorándole a la cordillera. Por lo demás, me callo. Veinte años al menos.

—Excelente. Debiéramos ponerle una bomba al colegio. Explícame lo del hijo.

Rodrigo palmoteó ceremonioso en el hombro de su compañero.

—Una colaboración —dijo, hinchando el pecho, abultando el cuello y destellando saliva entre los carrillos extendidos.

El sol quebrado entre el ramaje caía como diminutas municiones de un blanco hiriente.

Rodrigo sostuvo la inhalación hasta las fronteras de las costillas y con el enérgico vigor de un puño ciego, terminó bufando como un toro cabrío, lanzando el feroz puñetazo al viento.

—Al misterio —rugió—. Apurémonos.

Corcoveó con pujanza y jugando armoniosamente brazos y piernas se echó a trotar, la cabeza erguida, despejada, casi sin movimientos. Jaime lo imitó y pronto lograron un ritmo común, elástico, vigo-

roso. El agua de las regaderas mecánicas destellaba a ratos un oloroso y potente rocío, amable a la piel.

—¿Qué piensas ahora, poeta? —resopló Jaime—. Vayamos hablando del misterio.

—De acuerdo. Al trote, hermano. Ráspate los dientes, afílalos, tenlos prestos para írselos hincando...

—Hasta su médula temblorosa.

—Su vientre vibrante...

—Su entraña deforme...

—Su oficio de laberintos...

—Su ala inválida...

—El parche celeste de sus venas arenosas...

—Su pampa, su placenta, su cogollo de copihue...

—Su maíz, su grano...

—Su pez, su madera, su cuerda, su barba, la cruz en la espuma...

—Su cohete, la mejor estrella...

—Su perro pulguiento...

—Su vaca, su guitarra...

—Y la leche derramada en las aceras...

—Las plagas, las pestes...

—El trueno, el traje dominguero...

—El triángulo, la esfera...

—El escalpelo, el neumó motor...

—Las pelucas, las comadronas, las abuelas que tejen...

—Las vírgenes, las manzanas, las fieras fornicando...

—El olor de sus monos en los zoológicos...

—La textura de la paja en los establos...

—Su música...

—Su batuta desafinada...

—Su pluma, su ave, su vuelo...

—Su ser pájaro...

—Su ser casa...

—Su ser fuego...

—Su ser aire...

—Su ser hembra...

—Su ser macho...

—Su ser hijo...

—Su ser potro...

—Libre...

—Fiero...

—Impúdico...

—Escandaloso...

—Justo...

—Implacable...

—Hermano...

—gira, ahora

—al trote, girando

—girando como un remolino

—como los insectos en el agua estancada...

- hay que hablar en voz alta, ingeniosamente,
¡qué tal!, ¡qué va!
- ¡qué tal!, ¡qué tal!
- fumar excelentes cigarros, ¡qué va!...
- mover las manos cuando se habla, ¡qué tal!...
- emborracharse, comerse en una noche quinien-
tas naranjas...
- desposarse hasta la saciedad en sábanas bor-
dadas...
- perderse una vez, encontrarse, sujetarse
- sin reventar...
- saltar, sin alcanzarse, agarrar el cielo de ver-
de agua...
- verde caramba...
- verde carajo...
- verde la hormiga...
- verde la sangre en la mano...
- verde cinco mil veces...
- verde desprendido de los árboles...
- verde volando...
- verde
- peligrosamente...
- verde
- verde celeste
- verde plagiarlo, ah, ja ja...
- volando...
- peligrosamente

—desprendido de los árboles...

—verde alondra...

—verde paloma...

—verde tu madre...

—tu camisa, tu perro que te ladra...

Rodrigo frenó de golpe y por un momento todo el parque, sus ruidos, sus colores, sus fragancias se le atravesaron, le bailaron en las pupilas, lo reventaron, lo sulfuraron, le pusieron el diafragma convulso, le entrecortaron los puñetazos del corazón, le dio tos, le dio risa, la bilis se le puso en la punta de la lengua, las carcajadas le levantaron el vientre. Jaime fue a apoyarse a un árbol, raspando la frente a lo ancho de la corteza, la transpiración chorreándole en el cuello y los hombros, iba aquietándose los latidos, se esforzó por modular la respiración, arrancó trozos de pasto con los dedos. Rodrigo caminó hasta alcanzarlo y le clavó el índice en el ombligo.

—Parecía —jadeó—, parecía que tú fueras el poeta...

Jaime escupió con una mueca sobre el costado, y mientras el otro se dejaba caer refrescando la boca en la humedad del pasto, depositó su voz con esforzado control.

—Si a eso le llamas ser poeta —dijo—, espera no más a ver lo que me guardo. ¿Qué pensabas esta mañana en la iglesia?

Rodrigo se rascó la nuca, giró el cuerpo enfren-

tando el cielo claro, y con la vista hundida en el único astro, parpadeando, dijo casi quedamente:

—Lamentaré de veras no alcanzar a despedirme de todo.

Jaime se arrancó los zapatos y golpeó contra el tronco sus suelas. Movilizó pensativo los diez dedos de los pies y buscó, sin hallar, un cigarro en los bolsillos de los pantalones.

—Yo también —dijo.

—No seas ni tan charlatán ni tan hijo de perra. Deja ahora que tu padre descanse un rato.

—Bien —murmuró Jaime—. Porque después de todo, hablando en plata, no hay mucho de que jactarse.

—Vamos.

Y atravesaron la calle.

ENTRE TODAS LAS COSAS LO PRIMERO ES EL MAR

—ENTRE TODAS las cosas lo primero es el mar —dijo mi primo—. Y después el sol, y después la noche. Si es eso lo que querías saber, estás despachado. Alcánzame el martillo.

Encontré la herramienta bajo los tapabarros del coche. Se la alcancé con prontitud. La cogió y empezó a machacar con golpes breves y violentos un tubo; seguramente el tubo de escape; no entiendo acerca de automóviles.

—Es necesario enderezarlo —dijo mientras golpeaba.

—No es eso lo que quería saber —repuse.

—¿Qué es lo que *no* querías saber?

—Bueno..., lo del mar, y después el sol y después el viento —dije.

—El viento no. Después del sol, la noche.

—Entendido. Pues no era eso.

—Veamos —dijo mi primo.

—Tú estudiabas literatura.

—Bien. Sigue.

—Eras el novio de Angélica —agregué.

—¿Cómo dijiste?

—No me puedes oír si estás golpeando ese tubo todo el tiempo —grité.

Sin interrumpir su tarea, se dio vuelta un segundo y me miró. Luego volvió a dirigir la mirada al tubo, lo torció y comenzó a golpearlo por el otro costado.

—No eres cortés —dije—. Tus modales me fastidian.

—Así que tú no crees que lo primero es el mar, ¿cierto?

—Sobre eso no me pronuncio.

—¿Y hablaste con mi padre?

—Sí.

—Comprendo que esté preocupado. El no sabe.

—Yo tampoco.

Dejó de martillar, miró el cielo y pestañeó. Echó una mirada al coche, dio una vuelta alrededor de él, me cogió por un hombro y nos fuimos a sentar al pasto en silencio.

—Tú eres el mejor de la familia —me dijo.

—¡Qué va! —dije yo.

—En serio. Tú vas a ser alguien.

—Córtala —dije—. Tú también eres alguien. En verdad todos son alguien en cierto modo.

—Aún no —dijo.

—Tú papá se preocupa por ti —comenté.

—Eso no me gusta.

—Quiere que termines tu carrera. Y yo le encuentro la razón, si quieres saberlo.

Se levantó de un salto. Entró por la parte de atrás de la cocina. Luego de un momento abrió la puerta empujándola con un pie y salió con dos refrescos en las manos. Se sentó a mi lado y me pasó uno.

—¿Qué es lo que decías? —dijo.

—Tu papá se preocupa por ti.

—No. Antes de eso.

—Tú eras el novio de Angélica —dije.

—¡Caramba!

—Me gustaba que fuera tu novia.

—Entonces la pasaremos a buscar cuando termine con el coche.

—¿Piensas traerla con nosotros?

—Se lo había prometido —dijo. Luego agregó—: La Universidad no está bien. Un tipo como yo no tiene nada que hacer en la Universidad.

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el manzano.

—¿Qué es lo que quieres? —le dije—. Tienes algo de dinero; buenas notas; tenías a Angélica. ¿Qué es lo que quieres?

Extendió los brazos, hizo una mueca con la boca y luego se encogió de hombros.

—Comprender —dijo.

—¿Comprender qué? —insistí.

—Todo. Soy muy tonto.

—Eres el más inteligente de la familia —dije—. No eres ningún tonto. ¿Por qué habrías de dejar de estudiar? Nadie tiene tan buenas notas como tú. ¿Qué te pasa?

Terminó de beber su gaseosa. La hizo rodar sobre el pasto hasta que fue a estrellarse contra mi zapato.

—Terminemos con el auto —dijo—. De otro modo no tendremos sol en la playa.

Sin embargo permaneció apoyado en el árbol y sin aparentes intenciones de continuar el trabajo. Yo me levanté y metí en el cajón algunas herramientas.

—A veces a uno le pasan cosas —dijo.

—¿Como qué? —dije.

—No sé. Cosas —dijo.

—No sé de qué hablas —repliqué—. Terminemos con el auto.

Caminó hacia el coche, abrió la puerta e hizo partir el motor. Luego se apoyó sobre el volante con los ojos perdidos, y pasó la mano sobre el parabrisas.

—Me gusta sentirme libre —dijo—. Sentirme las manos trabajando, palparme el cuerpo desnudo, charlar. Me gusta que mi mujer sea libre. Me gusta tirarme con mi mujer libremente y charlar. ¿Comprendes?

—Debieras ser escritor —dije.

—Voy a serlo.

Luego se echó atrás y resopló con fuerza.

—El mejor —dijo. Son cosas que a uno le pasan. ¿Me encuentras teatral?

—Sí —dije.

—¿Te molesta?

—No —contesté—. Te conozco bien.

—Eres el mejor de la familia —dijo—. Y eso que no has ido a la Universidad.

—La Universidad no va conmigo.

Extendió la mano, arrugó el rostro y se indicó el pecho con un dedo.

—Tampoco.

—Contigo, sí —afirmé.

—Puede que tengas razón —replicó—. Tú sabes, son cosas que pasan.

—¿Qué le digo a tu padre, ahora?

—Nada. Trae los trajes de baño y vámonos.

—Terminemos con el coche.

—Está listo —contestó—. Coloco el tubo y partimos.

Di media vuelta y cuando empujaba la puerta de entrada a la casa, me detuvo con un silbido.

—Este auto hijo de perra hacía tres meses que estaba en *panne*.

Me miró, luego levantó las cejas, y alzó la cabeza consultándome.

—¿De acuerdo? —preguntó.

—De acuerdo —le dije—. ¿Y quieres saber más?

—Adelante —dijo.

—Si te vas a poner a escribir vas a ser el mejor. ¿Quieres saber por qué? —dije mientras abría la puerta.

—Adelante.

—Porque no haces alarde de nada.

—Bien. Eso no basta. En la Universidad estudiamos escritores que alardean.

—Es diferente. Tú quieres comprender.

—Tampoco basta. No soy pedante.

—Bien —dije yo—. Eres teatral, ¡qué diablos!

—Bien —dijo—. Eres el mejor de la familia. Anda a buscar los trajes de baño.

Entré y subí corriendo las escaleras; de la pieza de mi primo saqué los trajes de baño, dos toallas, un paquete de cigarrillos, y los eché en el bolso. Cuando me dispuse a bajar me topé con mi tío que salía de su pieza.

—¿Qué dice? —preguntó—. ¿Qué es lo que está haciendo ahora?

—Arregló el coche. Nos vamos a la playa.

—De modo que arregló el coche, dices. Es un muchacho inteligente por cierto. Y de la Universidad, ¿qué dice?

—Nada —contesté.

—¿Nada? —dijo.

—No se preocupe. Tenemos prisa.

—Tengo que preocuparme. Es mi hijo.

—Seguirá estudiando —dije—. Y si quiere saberlo no puede vivir sin estudiar.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces pasan estas cosas —repliqué. Y bajé corriendo las escaleras.

Una vez instalados partimos a toda velocidad. El coche se mostraba dócil, y aunque nunca había tenido un sonido tan suave, mi primo no hizo jactancia alguna de ello. Al cabo de algún tiempo, y justo al mediodía, nos detuvimos frente a la casa de Angélica y mi primo entró a buscarla. A mi vez, descendí, entré a la fuente de soda de la esquina, descolgué el teléfono y di aviso a la oficina que no iría a trabajar esa tarde porque estaba enfermo. Luego pedí un refresco, puse un disco en el tragamonedas y encendí un cigarrillo.

Cuando volví al coche noté que la expresión de mi primo había cambiado. Hacía muecas con la boca y tenía el ceño fruncido. Angélica, sentada a su lado, me saludó con una leve sonrisa y yo me senté a su lado izquierdo, doblé el codo sobre la ventanilla y guardé silencio. Después de un rato desembocamos en la carretera hacia la costa, y más tarde pasamos frente a Los Cerrillos, y después por Melipilla. Mi primo manejaba a toda velocidad y no había dicho una palabra. Angélica y yo nos limitábamos a mirar el paisaje y fumar cigarrillos.

Al llegar a Cartagena disminuyó la velocidad y lentamente pasó por la costanera, mirando a la gente, y a los cerros, y al mar. Luego subió la velocidad y no detuvo el coche hasta que llegamos a Las Cruces.

—Aquí nos quedamos —dijo—. ¿Te gusta?

—Mucho —contesté—. Pensé que estabas mudo.

—¿Y a ti? —preguntó a Angélica.

—Está bien.

Nos desvestimos en el coche, nos pusimos las mallas, y caminando lentamente fuimos a tendernos cerca de la orilla.

Mi primo hundió el rostro en la arena, extendió los brazos, y se mantuvo jugando a coger entre las manos puñados de arena, y apretarlos, y a soltarlos lentamente después. Angélica se tendió de espaldas y yo permanecí sentado, fumando y contemplando su cuerpo moreno con la cabellera negra brillando sobre la arena, y deseándola. Así mismo la había conocido hacía un año, cuando mi primo me trajo ese verano y me la presentó, y me dijo que era “ella”, y que era una pajarona, pero que era “ella” de todas maneras. Ahora había cambiado, mi primo la había ido creando, sin forzar nada, imperceptiblemente, haciéndole un mundo, moldeándola, llenándola de vida, colmando su mundo juvenil con su fuerza.

—¿Qué le pasa a ése? —dije.

—Se puso así —contestó—. De repente.

—¿Cómo? —pregunté.

—No sé. ¿Qué es lo que quiere? Yo he estado bien —dijo—. ¿Qué es lo que quiere?

—Comprender.

Ella se alzó, cogió un cigarrillo y se lo encendió.

—Nunca acabaré de conocerlo. Es diferente —dijo.

—Sí —repliqué—. Es diferente.

—¿Tú qué piensas?

—Que todo se arregla. ¿Qué quieres que piense?

Me di vuelta y me tendí dando la espalda al sol.

—Ojalá —dijo.

—No te preocupes.

Más tarde mi primo se levantó y se llevó a Angélica al mar, con un gesto. Casi al topar el agua se detuvieron y charlaron por unos minutos. Luego se metieron mar adentro y se mantuvieron nadando por un rato. Encendí un cigarrillo, lo fumé con calma, mirando el cielo y con los ojos frente al sol. El día estaba despejado, no había viento y sólo algunos pájaros aleteaban en la altura.

Angélica vino a mi lado corriendo, se secó el rostro y las piernas, se sentó sobre la toalla, ajustó su pelo y sonrió.

—Todo está bien —dijo.

—Bien —dije—. ¿Qué hace ahora?

—Está flotando. Le gusta tenderse de espaldas y flotar.

—Va a ser escritor —dije.

Nos mantuvimos charlando más de una hora y mi primo continuaba flotando, y nadando, y sumergiéndose de una roca a veces. Luego yo entré al agua, llegué nadando a su lado, e hicimos una competencia de natación, que gané. Nos sentamos en una roca, y mi primo jadeando se largó a reír.

—Espera a que te lea unos poemas que inventé de mi propia cabeza.

—Está bien —dije yo—. Esperemos que oscurezca.

—Está bien —dijo.

Cuando volvimos, Angélica y mi primo se fueron sentados atrás y yo conduje hasta Santiago con las ventanas abiertas y el cálido viento de noviembre rebotando violento contra el rostro. Paramos a dejar a Angélica y una vez en casa nos metimos en la cocina, pusimos queso a unas marraquetas y les hincamos el diente. Más tarde subimos al cuarto. Mi primo se sentó a su escritorio, sacó dos libros y algunas hojas.

—Estuvo bien el mar —dijo.

—De acuerdo.

—Para mí es lo primero —agregó.

Luego me alcanzó uno de los libros.

—Latín.

Luego me pasó el otro.

—Literatura española clásica, Cervantes.

—Lope de Vega —dije.

—El Arcipreste de Hita —dijo.

—*La Vida es Sueño* —dije yo.

—Libros magníficos —dijo—. ¡Grandes escritores, señor!

Después giró el asiento, apoyó los codos en el escritorio, puso la cabeza entre las manos y empezó a estudiar. Yo abrí *Don Quijote* en el Capítulo 33, me recosté en la cama, y no paré de leer hasta las tres de la mañana. Después puse el libro en el suelo, me tapé el rostro con la almohada y no tardé en quedarme dormido. Hasta donde recuerdo, mi primo continuaba estudiando.

DÍAS AZULES PARA UN ANCLA

ASÍ QUE ASÍ son los días, hermano: azules hasta dar sed y morder la saliva. Se puede evitar el mareo cerrando los ojos. Es preciso entonces lanzarse por la ciudad y que las pezuñas te raspen el cuero del zapato; olfateándolo todo desde la iglesia a los burdeles, ir oliendo a la ciudad como a una hembra, exactamente igual que si hubieses montado una mujercita de carne dura y te quedases sonámbulo olisqueando su aliento. Y sin embargo me gustaría llorar y que todo el pueblo me viera puchereando como un marica, como un niño desangrándose en un roquerío caliente, que todos supieran cómo es un cobarde, que nadie olvidase que por decidir algo, por hacerme hombre una vez en la vida (hablo como mi tío, cresta), sudan hasta las venas; y ahora esta bravata estéril: cruzar la calzada central con los ojos cerrados, un ruido a mi espalda, no querer morir, abrir los ojos, bien abiertos, bien repletos de estas casas espesas que las sé hasta la demencia. Aquí no

hay tiempo. Yo mismo soy el niño estúpido atando con un hilo las patas de docenas de moscardones, escupiendo con saña a las gallinas, repitiendo hasta el sopor una frase en el piano de la abuela, aunque la Universidad ya sea algo lejano, aunque me haya revolcado con las muchachas al borde de los cerros, aunque haya terminado hace un mes una novela distante. Aquí el tiempo es madera blanda como carne vieja; es un puño petrificado contra el bajo vientre llevándote hacia abajo, doliéndote incisivo frente a la áspera contextura de la noche desértica. Los sucios vicios adheridos a un sudor insípido. La torpe agitación de los mismos brazos respirando ideas insignificantes. La inteligencia pueblerina que vendes a tres centavos en el comercio céntrico. La elegancia homogénea que compartes pegajosamente con un ejército de nortinos que consideran tu nombre los domingos en la plaza a cambio de que les presentes un par de muchachas fáciles. Qué manera de palpar la puñalada abierta del sol en el cráneo, diseminada igual que polvo mohoso en las esquinas y todavía sentir un boliche o el cruce de dos calzadas tan íntimamente como el hígado o los dientes. Uno puede perfectamente comenzar a morir con el hocico lleno de polvo a los nueve años en la provincia, desvaído bajo una ola de insectos húmedos encima de un banco con astillas, ofrecido al sol como un gato ciego, acumulando tedio intensamente en un tiempo paralítico,

apenas con el contraste imbécil de un programa radial lejano después del almuerzo, muy de pantalón largo para los juguetes en que insiste la abuela, el hollín cotidiano en los rincones ariscos, el agua impulsada desde las ventanas por las vecinas chirriando en vapor justo al tiempo que rozan la vereda, las cortinas metálicas enmohecidas de los almacenes de los chinos que te labran una llaga en los dedos si pasas la palma abierta a lo largo de las canaletas haciendo sonar su trucu-trucu sólo para joder, para joderte a ti mismo, qué tanto, ¿me entiendes?, y todavía la madera negra, carbonizada de los postes eléctricos, y la caja de lata redonda del vendedor de paletas de helado, anilinas con limón y fresa relajantes hasta la indigestión, y el mismo vendedor moviendo el cigarro a medio consumir en las muelas, y aun las prostitutas a mitad de la cuadra secándose el cabello recién lavado con fragantes jabones, sacudiéndose los rizos interminables con toallas celestes y rosadas. Era el mundo del alrededor hermano, me gusta decirlo así, es este mismo mundo de alrededor, dilatado, sin una gota amable si no consideras la obsesiva jovialidad de algún tío insignificante: Todas las humanidades, cabrito, y después Arquitectura, se ha dicho, sin un respiro de vida, carente de un aliento fresco que despidiera de una bofetada la acechanza paciente del norte. Aunque ya respirar era difícil y hermoso; aunque era tan inquietantemente bueno me-

terse a manotazos con la hija de la vecina entre sábanas y frazadas cuando la madre comerciaba verduras añejas, la primera frescura del líquido fantástico entre las piernas, y la pieza con cartones parecía demasiado frágil y nosotros demasiado enfermos de miedo y de papitos de mamitas de abuelitas de profesorcitos liceanos espantosos oprimidos doblados sobre sus barrigas de tiza demasiado muertos ya para dejarnos invadir por esa libertad que como un gigante obsceno se esforzaba por desperezarse y que ahogábamos gimientes como señoritas con las muñecas hondamente sumergidas en las bocas. Afuera un latigazo extendido por la piel, la pesada gracia de un tajo en los tendones dilapidándose a la lluvia seca y damasco de la tarde, poniendo la sangre en los diseños de mugres del empedrado, toda la carne a la altura de las manchas de aceite encima del asfalto, cualquier cosa parsimoniosamente muda, como una navaja clavada al azar entre las pupilas, como un imperceptible desangrarse con las arterias goteando desde los tarros de parafina que los pequeños descalzos adquieren en el almacén del abuelo. Después entrecerrar los ojos, flotar por el cielo pulido y jacinto, y cuando esto sucedía, eras libre. Pero ya estabas dormido contra los marcos sordos de la puerta de casa.

Le hablé a mi hermano. Le dije: Que no lo sepa el abuelo, déjalo que se muera, no ha atravesado veinte mares para encontrarse con esto, hazlo jugar cualquier cosa en las carreras mañana, no conseguí datos, si esto es estar loco no es tan grave, apenas una leve demencia, ¡Dios, no me creas una mierda!, me gustan las hembras, revolcarme hasta el hastío en la plaza, mirar los pájaros, leer libros, darme de golpes en la plaza, no me mires como si estuviera muerto, si mi cuerpo fuera una llamarada iría encendiendo la sangre de la gente hasta que el resplandor fuese un tigre plateado en la atmósfera, dile cualquier cosa al abuelo, que estoy tirando en Mejillones, que fui a San Pedro de Atacama a cazar piedras, que estoy ayudando a los yanquis a detectar satélites artificiales. Dile que mi pulmón está sano, esto es verdad, tú puedes verlo, subí dos kilos en el mes comiendo sandwiches de albacora y chupando limones de Pica, dile al abuelo por último que se vaya a la cresta, que se equivocó, que más le hubiera valido estar sepultado en la Dalmacia, que en todas partes se cuecen habas, dile que en todas partes la tierra termina por tragarnos, dile que su nieto es un hijo de puta, que le partieron las encías hace dos semanas y que aún escupe sangre; dile que estoy loco, que quiero ver un pueblo que vuele, que se alce de los huesos y agarre impulso a los planetas, un pueblo humano que estalle, que disemine la levedad de su estómago y su hambre

por el espacio, que tire su osamenta oxidada y se subleve bajo el aire convexo, que eche por la borda su clavícula baldía, que estalle su vértebra contra el cobre del desierto, que se esparza ágil antes de desfallecer llorón como una vaca asténica. No le digas nada al abuelo.

A esta hora del día uno se habitúa al escozor, los techos siguen reverberando y un desgano caliente va sembrando espejismos en el pueblo. Los últimos minutos han sido mansos; sin ofuscarme, sin ademanes, fui tirado por el cuerpo pateando latas de conservas mohosas entre los eriales. Frente al océano cobrizo los cerros veteados de óxido esparcen las llagas y las recogen al ritmo de las pestañas. Mucho tiempo sin comer, las tripas centellean y un velo desmayado sobre los ojos les va dando contornos eléctricos a los perros vagabundos que se acercan a mojarme la mano con sus hocicos. Abro la mano con las palmas extendidas, las falanges tensas, y tapo un segundo el sol; esto me permite mirar hacia adelante. Veo lo suficiente de todo, veo el tiempo hecho de polen y fiebre densamente pleno desde mis vísceras hasta el cenit. El mismo niño que yo era, la barba crecida y picante, la faz vuelta al desierto palpándome las mejillas caldeadas, la primera y única pregunta, con los dedos sucios en las narices, o era

tal vez la pregunta un sordo toque de campana acechándonos bajo el sabor anodino de las altas nubes. Busco maniobrar un grifo, arrancarle agua y mojar-me de una vez la nuca y las costillas. Luego tirarme bajo un tronco, no importa que el sol me taje las orejas, y leer hasta el crepúsculo esta novela de Manuel Rojas. Cerca del buzón hay uno. Vas a tener que apurarte, hermano; voy a doblar velozmente la esquina y puedes perderme de vista, y no quisiera que pasara eso, tampoco quisiera que me hablastes ahora. Una hora antes de que esta fiera esté a punto de arrojar-se al océano desprendiéndose de la trampa, me gustaría estar oyendo tu argumento, tu último, tu mejor argumento, mi inteligente y próspero hermano.

¿Cómo se doma a una bestia? A una bestia que se ama quiero decir. A un animal enfermo y sentimental e inteligente. Yo sólo soy un comerciante. Un estúpido y rico bolichero ni más ni menos torpe que los almaceneros y los carniceros de la aldea. No sé por qué él me ha elegido para quererme; y no es que no quiera a mamá o al tío, o a la abuela, sino que conmigo él es diferente. El *habla* conmigo. Quizás porque me gusta estar por ahí callado y escucharlo. Cuando vomitaba sangre en el hospital no iba a golpearlo en la espalda o a susurrarle consuelos en la oreja. Me quedaba en un rincón, junto a la persiana,

abriéndola y cerrándola lentamente, flexionando al sol montado en los muros blancos. Al mediodía sacaba plata de la registradora, me iba a La Nacional y le compraba cualquier libro, uno que me dijera Bahamonde o Sabella, y se lo llevaba después de almuerzo así no más, sin empaquetarlo, sin escribirle una dedicatoria o una frase de aliento. Mirada de otra manera la cosa, mamá y la abuela lo marearon a lágrimas; el abuelo cuando me veía llegar bajaba el volumen del boletín informativo en la radio, consultaba chasqueando la lengua y asintiendo levemente con su quijada hirsuta, además era primavera y le fabriqué un volantín gigantesco a mi hijo Rodrigo y me había comprado un caballo viejo que eliminaron en el mes de julio en Santiago, aquí llegó en tabla corriendo una cuarta serie seguro que un día gana total tengo suerte. No es que me quiera de ese modo porque haya corrido con los gastos del hospital, o porque yo mismo haya viajado a Santiago para que el especialista estudiara esas radiografías al pulmón derecho; he trabajado duro, hay poca competencia, y la plata no falta. Quizá sea que yo le he escuchado, quizá alguna vez ha adivinado que mordiéndome la lengua con los ojos húmedos he deseado meterme en su pellejo y ser ese hombre, realmente ser ese hombre que el muchacho es cuando se queda tenuemente adherido a las ventanas de casa casi llorando, o cuando se inflama hasta desgarrarse dis-

cutiendo con sus compañeros de estudio en el patio del fondo. Yo no soy imparcial frente a él. Mi mujer lo odia. El es mi hermano. Casi nunca le he hablado. Tampoco quisiera que se vaya. ¿Qué diablos quiere la abuela que le diga? Qué domingo de mierda, francamente.

Lo primero que transforma la humedad son el mentón y los muslos y más tarde, por las tajadas diminutas de sol que acechan las ranuras de la puerta batiente, el quieto perfil sombrío de las botellas desparramadas en los estantes. La vista no intima a primeras con la sombra tibia de la bodega, y estás ahí parado, como una mesa, como una copa derramada, como una inscripción gratuita tallada en la madera; esperas que alguien hable. Que te ofrezcan Coca-Cola o cigarrillos. Tiras por último el morral, te sientas sobre él y ejercitas la mirada por las sillas y los muros del fondo. Tienes la impresión o inventas la imagen de alguien observándote detalladamente desde el extremo más interno del mostrador. Pero más bien ese hombre duerme, o aparenta dormir para alejarte. No; ahora el bulto es nítido como una piedra, es una mole de granito, respira gruesamente bajo un cartel de propaganda de Bidú. De pronto la penumbra es oportunamente amable, la vieja madera sabe a trigo, a vino barato esparcido por la tierra; se huele a car-

tón, a granos húmedos, a fresa reseca, a sacos. De pronto uno podría quedarse inmóvil, saborear la última saliva sobre los labios agrietados, coronarse los poros con la indecisa oscuridad de ese espacio y llorar dedicadamente por todo. Tal vez irrumpir el sueño del patrón con un golpe en el piso, con un silbido jovial, con un toque amistoso sobre su piel negra cubierta sólo por la camiseta. Reunirse con esa sensación de abismo en el vientre, y pensar, hacer recuerdos, tramar borrosamente un poema póstumo, ir por último hacia ese territorio de ángel al que nunca se llega, pagar el precio de tener sangre y tendones y huesos, y luego someterse a la ley del espacio que desnuda sin palabras los objetos. Tú y la montaña. Tú y el agua y la sal y la piedra. Y tu aliento. Tú a solas con tus manos.

Oye, Dios, tú que tienes que ver con las galaxias, que te has fundido infinitamente en la órbita de este astro apagado, que acuñaste ademanes recios para reventar el cobre y el salitre en la pampa, que te metiste en los mares y hostigaste los arrecifes y los acantilados, que mordiste con tus garras las arenas, que derramaste los múltiples ojos afiebrados de la mina al caserío, que te has dilatado por este planeta insignificante dejando signos indescifrables que cuajan estériles en las madrugadas, que alzas los faldo-

nes del viento desgarrándote con gritos hinchados de sangre, tú que tienes que ver con tus hombres y tus hembras más frescas que los mares y más pródigas que tu nombre dicho torpemente en los hospicios y en los templos, desata al fin a este pueblo anclado en las dunas, aunque su estómago está vacío será grácil su vuelo, suelta al llano de tu mano dura, tiéndele la otra, la que es amiga, danos un pueblo sin hambre que ya lo merecemos, haz que el desvelo reviente en cosechas. Muere con nosotros en la pampa o danos tu cercanía para estarnos contemplando..

Batieron las puertas, se sacudió el patrón, la luz relampagueó contra un puñado de insectos. El joven lo había sospechado, pero aun así tembló ante la brusca violencia del aire fugaz que le rebotó sobre el rostro transpirado. Cuando dio vuelta la cabeza vio los ojos de su hermano trabajando la sombra para encontrarlo. Su camisa roja colgaba suelta hasta los muslos. El hombre, antes de percibir al muchacho, lo adivinó ubicado a sus pies. Había pensado decirle algo así como vine a despedirme, pero se quedó callado y le remeció fraternalmente el cabello. El joven sonrió, se alzó de prisa y le envolvió los hombros con un abrazo. Su hermano lo atrajo y lo apretó secamente contra su cuerpo. Se separaron y se miraron a los ojos, y sonrieron, y volvieron a abrazarse, y lue-

go, mudos, avanzaron hasta una mesa próxima y se sentaron frente a frente. El hombre se rascó la nuca, murmuró algo inaudible y el joven apretó sus manos entre las rodillas. Se tendió una cajetilla sobre la cubierta y encendieron con dificultades los cigarrillos. El mesonero los miraba de pie restregándose los párpados.

—No sé si te molesto. Tengo la impresión de que metí la pata o algo por el estilo.

—No, Miguel, no. Está bien. Me alegro que hayas venido.

—¿Qué quieres tomar? ¿Tienes hambre?

—Un vaso de vino.

—¿Tinto? —preguntó el dueño.

—Sí —dijo el joven.

—Traiga dos tintos. Come algo. ¿Quieres un sandwich?

—No tengo hambre.

—Dos tintos —repitió—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo está el abuelo?

—Si quieres que te diga la verdad..., preocupado. Quería saber si tenías algún dato para la tarde.

—No sé. No he visto los programas. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Recibimos una carta de mamá.

—¿Cómo está?

—Mamá está bien. Dice que antes que te vayas

la llames por teléfono. Ella cancela la llamada en Santiago. Se te apagó el cigarro.

Raspó un fósforo y se lo encendió. Durante un minuto permanecieron mirando el suelo y aspirando el humo.

—¿Cómo va tu salud? —dijo el hermano.

—Formidable. Como poco, eso sí. Generalmente no tengo hambre.

—¿Quieres un sandwich ahora?

—No.

Habían puesto los vasos sobre la mesa. Probaron un sorbo.

—Compré unos libros —dijo Miguel—. Es decir, una enciclopedia. No sé cuándo la voy a leer. No tengo tiempo para nada. Si quieres te la presto. No, ¡qué tanto! Te la regalo. Te regalo la maldita enciclopedia. Nos cambiaremos de casa. Ya me arreglaron el auto.

—Terminemos el trago.

—¿Quieres otro? ¿No quieres comer algo?

—No. Está bien así. No tengo hambre.

—El abuelo quiere verte. Habló por teléfono con la Gobernación Marítima.

—¿Qué quería?

—Qué sé yo. Le dijo al gobernador que habías estado enfermo.

—¿Qué le respondió?

—Que ya estaba prevenido. Que tenías veintiún

años y que eras libre para hacer lo que te diera la gana.

—¿Y qué más?

—Trató de averiguar la fecha de embarco. Cree que es la próxima semana. Dice que quiere hablar contigo.

—¿Qué piensas tú?

—Yo no sé. ¿Quieres otro trago?

—Aún me queda.

—¿Quieres un sandwich?

—No tengo hambre.

—Llamó Laura.

—¿Qué le dijiste?

—Que te ibas de viaje. ¿Qué iba a decirle?

—No tiene importancia. Ella sabe que no la quiero.

—Buena para acostarse no más.

—Claro. Gracias por el vino.

—¿Qué haces?

Se había levantado.

—Voy andando.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—¿A qué hora te vas?

—Tengo que estar a las ocho a bordo.

—Demos una vuelta en auto. Deja pagar la cuenta.

Llamó al mozo.

Los toneles y las jarras. Los dados y cubiletes de

cuero en un extremo del mostrador. El queso chanco amarillento y el charqui de caballo tras un escaparate de vidrios manoseado. Las percheras desiertas. Un manojo de barajas españolas derramadas en la mesa vecina. La puerta abierta y descascarada del retrete, el mesón quemado de vino. Los ojos del mesonero como dos vasos vacíos revisando un puñado de billetes.

Un imbécil. Empezar ahora una fuga infantil, una escapada traicionera junto a las murallas apenas sombreadas de las cuatro de la tarde. Haberse aprovechado de que el motor tardaba en calentar para incorporarse, sin una palabra de despedida, a la calle desértica camino de cualquier parte. Ir palpando con vehemencia los documentos de embarco en el bolsillo derecho y con la izquierda empuñada golpeando nervioso las fachadas de las casas. Oír la bocina del auto como una voz despavorida doliéndose bajo los cerros. Levantar la mano y saludar hacia atrás con un gesto definitivo y sórdido a quien se le daba mansamente como un animal inocente.

—¿Quieres qué te lleve?

Los neumáticos despedían un humillo y chirriaban gastándose contra la cuneta.

—No —respondió.

—Bien. Vamos a casa. Te podrías afeitarte. Tengo una máquina eléctrica de dos corrientes. Si quieres te la llevas para el viaje.

—Estoy bien así. Quiero dejarme barba.

—No se te va a ver bien.

Estrelló el extremo del parachoques contra un poste eléctrico y tuvo que desviar hacia el centro de la callejuela. Luego recuperó la franja de la orilla.

—No dobles aquí —le advirtió—. Si te metes voy a tener que ir contra el tráfico. Cruza y tuerce hacia abajo.

El joven cambió de hombro el morral y tiró sobre la dirección inversa a la indicada. Miguel frenó el coche y se bajó.

—Mierda, hermano —le gritó de espaldas al sol, golpeando con el puño la palma de la mano izquierda—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué diablos te pasa?

El muchacho giró en sus talones y describiendo un amplio gesto, los brazos extendidos, el sol castigándole la cara, la garganta quebrada, pasmado, sin pestañear, chilló atropellando las palabras.

—¿Qué quieres *tú*, Miguel? ¿Por qué no me dejas tranquilo? Ya nos hemos despedido. Vuélvete a la casa, telefona a mamá, saluda al abuelo. A nadie le va a dar un infarto.

Su hermano montó al auto, desvió la dirección del coche y precipitó el vehículo hasta alcanzarlo.

—Sube —dijo.

El joven golpeó con los dedos crispados el techo del auto y pateó la puerta.

—Está bien. Sube —dijo Miguel.

El hermano metió sus uñas en la boca y las mordió con una mueca suplicante. Rodeó el coche por la puerta delantera, entró y apoyando la nuca en el respaldo comenzó a subir y bajar la ventana moviendo una de las manillas. Luego se echó adelante, calmó la calentura de la frente contra el vidrio del parabrisas y colgando una mano del espejo retrovisor comenzó a llorar quedamente. Miguel lo atisbó y sin dejar de conducir lo golpeó en la cabeza despeinándolo.

—No llores —dijo.

—No estoy llorando —dijo el joven llorando.

—Estás llorando. Tienes miedo. ¿Qué te pasa?

No respondió. Respiró con fuerza, se restregó los ojos y la nariz con la manga y escupió por un hueco de la ventanilla.

—¿Dónde quieres ir?

—Qué sé yo. Es temprano. Donde tú quieras.

—Tengo algo para apostar en el Hipódromo. Si nos apuramos un poco agarramos la penúltima. ¿Tienes dinero?

—No tiene importancia. Vamos de todas maneras.

—Espera, yo te paso algo. Aquí tienes.

—Es mucho.

—Suénate las narices. Juégalo todo. Gané más de un millón en el boliche esta semana.

—Es mucho dinero. Guárdate algo.

—Juégalo todo. Tíraselo a alguna monta de Lazús, te doblará la plata. Toma un pañuelo. Está limpio.

—Bueno.

—¿Quieres manejar? Te paso el volante.

—No, está bien. Prefiero ir mirando. Se ven algunas nubes hacia la playa.

—A lo mejor se nubla más tarde.

—Si soplara algo de viento, probablemente.

—A lo mejor se nubla más tarde.

Esto es una tierra. Aquí los hombres arden inútilmente en la vigilia y duermen estudiándose las sombras cuando llega un tiempo, y la arena refresca, de oír las rituales campanadas del reloj y las montañas. Una vez al año los caseríos aledaños se vuelcan sobre el cerro yermo y diseñan sus hombres de antorcha a antorcha sobre los músculos mojados la figura fosforescente de un ancla. Una vez al año una lluvia leve toca en la noche la superficie salada de las laderas, y cuando el sol trepana la tierra en la mañana, mi pueblo absorto contempla los cerros, mi pueblo contempla los límites extremos de sus grupas calientes refulgiendo en verde y amatista batiendo en fogonazos contra la horizontal luz azul de los mares. Ese día mi pueblo camina más a prisa del trabajo a

la playa y a los bares, ese día nos volcamos los hombres por la avenida central y las plazas y olemos hondamente a las muchachas, y besamos amorosos sus yugulares, y rozamos sus senos con vocablos delirantes, y nos apretamos la mano, la piel erizada, si nuestra cacería no tiene provecho. Entonces, si lo que queda es el fracaso, vamos blasfemando por las tabernas, dialogamos hasta que amanece en el dulce lecho de las putas del pueblo, tiramos nuestro dinero en licores indescriptibles, y jadeamos en las ventanas cazando los últimos destellos del verde nocturno antes de que lo lleve compacto otra vez la madrugada. Aquí hay una tierra. Y este rincón del planeta produce en ocasión de grandes desastres astrales, de malas corrientes o inoportunas rachas del Zodíaco, parto de animales gravemente enfermos, de bestias delirantes llenas de alergia y ambiciones, de hombres que no pueden tocar ni el sol, ni la arena, ni la madera desparramada por el infinito, ni los roqueríos próximos a los mares, sin que los dedos no pretendan creer que tocan carne. De pronto estos perros llagados se ponen en armas contra su pueblo. Mean sus puertas de calaminas, vomitan en sus mares, riñen con los puños atornillados contra los milicos y ferroviarios, tiran sus sueldos difícilmente acuñados en un hipódromo alucinante. De pronto a estas fieras les duele la carne, se les sofocan los huesos, el sexo se les irrita, mastican pensativos el tra-

bajo de sus hermanos. de las minas. De pronto estos pocos son ratones, más insignificantes y áridos que los lagartos costeros o las arañas de los rincones. De pronto como peces orilleros se meten mar afuera y sucumben en la profunda corriente helada del océano ciego. De pronto aman demasiado para resistir la presencia de su insobornable mujerzuela: rehúsan destripados, injuriados como un amante rabioso, el sombrío orgasmo de demencia que su tierra les promete.

Miguel rió también, tocó varias veces la bocina espantando una manada de jotes desde un roquerío adyacente a la carretera, el acelerador estaba hundido, y el viento salado golpeaba gratamente las mejillas. Los pájaros flotaban calmos en el espacio, y a veces se posaban en algunos árboles torpemente encajados en el páramo desértico. Cerca del Hipódromo, una helada armazón de cemento entre las dunas y el mar, había detenidas caravanas de buses verdes tragándose a los primeros perdedores. Otros hombres colgaban mirando el cielo en el extremo más alto de las tribunas. Deambuló por el recinto esperando la largada. Los hombres transpiraban al sol descubierto de la tarde, se jactaban con bullicio de su mala suerte, estudiaban los cerros lejanos y parecían tener cien cigarrillos entre los dedos. Se tiró un rato sobre un

encumbrado escalón de cemento, y por un momento, que se fue prolongando sin que lo advirtiera, se sintió ligado al paisaje, como un perro de mierda revolcándose en una grada caliente, con una cuerda más dura que el pensamiento, y los jinetes marchaban sin prisa al partidior guiando suavemente de las huinchas de los viejos caballos, y aunque todo era lo mismo, la misma tierra con sus mismas voces y sus mismas garras, y aunque los ángeles ambulando eran hoscos e impenetrables como las rocas y los acantilados, el recuerdo de otros tiempos se le hizo más dulce que feroz y encendió otro cigarro. Era una tibia armonía con la pampa, un sereno deslumbramiento que lo mojaba sangre adentro, una rudimentaria certidumbre de destino acatado; era un poco la luz menos tensa del sol en el océano relajando su imperio violento. Todo fue un momento individualizado por la piel: las casaquillas multicolores de los jinetes, la crin brillante de los alazanes y los potros azabaches, las escaleras ásperas y las aves lejanas, sus propios dedos limpiándose los párpados, el potrero sonámbulo de la pista de arena, el aroma agrio de los emparedados populares, la empañada visión de las cumbres de tierra más distantes, la osamenta que lo sostenía curvado sobre su misma presencia, el abdomen tembloroso de noches antiguas, las uñas y las yemas de los dedos clavándose en los poros del granito compacto, y hasta cosas de que no quería acordarse se

mostraban desprovistas de su aureola mustia: la primera novela, por ejemplo, escrita en un calmo taller de costura. El viento proveniente del mar, la brisa recién nacida del crepúsculo del norte, tan grata como una celeste mano protectora revolviéndole los cabellos. A sus espaldas nada más que el océano reventando en su cobalto estático. Su aullido evocado fresco e incitante. Dijo algo entre dientes, luego resbaló la mirada encima de las tribunas, y encontró allí a Miguel, mirándolo, hondamente concentrado, como si estuviese pesando su cuerpo doblado contra la pampa. No reaccionó de inmediato: persistió en su actitud por un lapso y sólo después, como si no lo hubiese querido, una sombra amable le repletó el rostro. Se levantó, y caminando despaciosamente se sentó al lado de su hermano pasándole un brazo por la espalda. El joven lo imitó y así, abrazados, esperaron que llegara el instante de la carrera.

Así se da la vida a veces: suelta los músculos, te desborda el cuerpo y se expande por la órbita del azar como una lluvia persistente en una hondonada. Tú le juegas a un caballo sin chance, a un animal anciano de tranco meditabundo, y sin prisa el bruto se distancia nítidamente en la recta. Te llenas los bolsillos de oro, los billetes se te asoman hasta por las orejas, se te caen y tienes que ir recogiendo los

con desgano. Entonces caminas por los alrededores de la cancha respirando hondo, unes los trechos de la pista a los establos describiendo piruetas con tus piernas, atisbas sin que nadie te estorbe los ceremoniales de monta de los jinetes, oyes a los jugadores insultar amablemente a los preparadores, te das un tiempo para contemplar a los aprendices abandonados en el pasto al amparo de unos sandwiches de queso y un termo de café humeante que las madres, charlando aparte, oteándolos furtivamente, les han traído para nutrir la jornada que se acaba. Ves a los judíos y a los yugoslavos intercambiar datos y malas palabras con un aire de sereno misterio estudiando las ancas de los animales, y te detienes de pronto frente a un caballo llamado "Profeta" y descubres, sin que te vea, a tu abuelo marcando con una cruz su nombre en el programa. Lo ves sacar del bolsillo de la cintura, donde conoces que guarda los más grandes, tres o cuatro billetes que aprieta nerviosamente en su mano temblorosa. Cuando se retira, lo sigues hasta la caja vendedora, cobijado en su sombra flaca y huesuda, y pasa un buen momento en que dudas si golpearlo en el hombro o quedarte allí absorto en el hechizo de su lomo inclinado. Sabes casi con certeza que "Profeta" no ganará esta carrera. Sabes también que fue tu abuelo quien engendró a tu padre. Sabes con certeza que has de engendrar un hijo antes de morirte. Sabes que respiras en el mundo y que

alguien pagó caro por tu espacio. Sabes que es el crepúsculo, que luego estará oscuro. Que debes irte antes que sea más tarde. Que sabes el nombre de tu pueblo y que sin darte cuenta lo estás pronunciando. Sabes que tienes ganas de emborracharte.

Había pensado parar en una cantina y tomarse un par de tragos; sin embargo, lo que hizo fue comprarse una botella de whisky, descorcharla en el automóvil y tragar con pujanza un cuarto de su contenido. Cuando arrancó el coche iba decididamente cantando y golpeando con los nudillos el contorno del volante. Oprimió y soltó el botón de las luces jugueteando en la noche tempranera. Bordeó luego la calle próxima al mar, y de a poco, el puerto fue concentrándose en la ruta. Primero algunos trenes sobre vías oxidadas, después enormes cajones zunchados, luego los changadores y los marinos en las puertas de los bares. Disminuyó la velocidad, echó mano a la botella y el segundo sorbo fue prolongado y a mitad de camino tuvo que escupir porque se había atragantado con la risa. En un rato, al alero de las grúas, se fue cargando hacia el océano recorriendo las embarcaciones. El único barco de gran calado era el suyo, y no demoró en estar frente a él bebiendo en su homenaje. Las grúas francesas arrojaban torpemente sobre cubierta los luminosos rectángulos de cobre elabora-

do; la tripulación del navío, sudorosa, aflojaba cadenas y arrastraba el metal al fondo de las bodegas; el capitán, un hombre de bigotes gruesos, cuidaba inmutable las maniobras reclinado sobre la borda, y dos muchachos rubios, con la piel desnuda contra la baranda, hacían correr dos dados sobre una plataforma ajenos al movimiento del puerto. Alejadas del barco aleteaban las aves marinas; se iban y retornaban veloces los jotes; las gaviotas y los pelícanos picoteaban traviesos los desperdicios arrojados por la borda, y otros pájaros de tierra sobrevolaban apacibles mucho más alto que el viento. Una pareja de muchachos oían música norteamericana en una portátil recostados sobre el muelle. El resto de las naves, de los botes y barcasas rezumaba una lánguida siesta dominical. Algunos tripulantes descendían de vez en cuando las escaleras de borda, impecablemente de blanco, dedicándose una última mano de peineta, recontando los verdes dólares para pagar la juerga que no encontrarían en las calles de la aldea: más tarde, apoyados los codos sobre las mesas de la fuente de soda, van a contemplar nostálgicos el paseo de las muchachas domingueras por la avenida central, sofisticadas e inabordables, y acariciando las teclas mohosas del Wurlitzer o metiendo el índice en el gollete de una pilsener, semiebrios, aguardarán aburridos la hora de embarco, y volverán entonces al navío con algún cacharro de cobre entre las manos, con una caja de

bombones comprados en La Novia, con una corbata celeste destellando en el cuello de la inmaculada camisa que ellos mismos habían planchado esa tarde sobre la litera del camarote.

Sólo cuando oscurecía y las maniobras de carga llegaban al final, y el traqueteo de las grúas era un aislado jadear devuelto por el cerro, puso marcha atrás y enfiló el coche al centro del pueblo. Antes tiró la botella vacía por la ventana.

Así que el pueblo entero estaba en la plaza y bordeaban desfilando los escaños y se arremolinaban por edades y correteaban con los quiltros entre las piernas pegados a las barandas y en los bancos los ancianos mascaban jubilosos sus barbas tirándoles cáscaras de maní a los muchachos y el único follaje del pueblo se mecía repleto de una brisa tibia y en los estrados los niños escupían a los patos silvestres perseguían a las palomas y los vagabundos y los por-dioseros intercambiaban colillas de cigarro junto al pavo real y los surtidores arrojaban una agua grisácea sobre los prados y los volantines de colores estaban enredados en las palmas de los árboles y los vendedores de golosinas y barquillos tamborileaban ufanos sobre sus tarros pintarrajeados y no sé parece que estaba medio embriagado había tomado un par de sorbos qué tiene de malo y el atardecer aturdía a

las parejas contra los oscuros recovecos de los faroles apagados y había jóvenes que mataban displicentemente el tiempo lustrándose hasta la saciedad los zapatos y todo un gentío alborozado ejecutaba sus rituales domingueros y los marinos somnolentos aguardaban que sonara la banda de los militares así que no me acuerdo bien qué pasó entonces dejé el auto en alguna parte y cuando entré a la plaza la banda se echó un número colosal se me hace que era Verdi o algo por el estilo o una cueca parece o algo de Wagner y los muchachos apuraban los cigarrillos y anduve buscando a algún conocido pero parece que me hacían el quite porque me las arreglaba a tropezones y me rozaban los senos y los muslos de las chicas con sus vestidos veraniegos y yo andaba tan hondamente febril y enamorado pensaba en las penumbras de palacios medievales me puse a volar con las notas de una trompeta vigorosa y tiré contra los escaños a una anciana empujé a un niño y su globo se le reventó contra la cabeza de su madre la comparsa me aisló yo sonreía beatíficamente en el hueco que me dejaron le gusté a una muchacha que era pálida pero apasionada y la banda estaba métale que ponga parece que el séptimo de línea o algo de Strauss y tronaban los timbales como perros moribundos y soplaban los cuernos los flautines los cascabeles los cometas y rebuznaban los trombones había una media jarana de xilófonos de bongoes y de maracas re-

linchaban los clarinetes y toda la fanfarria se había armado una de rasgueo repiqueteo y retintines de Dios padre y los pitos rimbombantes se tragaban a los pájaros las amas de casa tarareaban la partitura sin ningún temple zumbaban airosas las sopranos los tenores y las contraltos había una de bronca un rechiflo un hechizo nupcial en los trinos de la banda y no me acuerdo bien qué sé yo estaba enamorado y extendía el brazo apretándoles los muslos tibios a las muchachas y alcanzaba apenas a rozarles con mis dientes el borde de los cabellos y les gritaba sugestivamente mi pasión y me quedaba a veces lúgubremente quieto buscando anhelante y brutal con la mirada la mano de ella la mano que yo quería apretar y luego morir petrificado a su sombra quería una mano tensa preñada de gestos una mano que no hiciese diferencias entre la uña ardorosa en los riñones del amante y la piel que amasa el pan del desayuno una limpia mano que no cogiera estrellas ni tallara cosas de importancia una mano de hembra fresca para ponerla en mi vientre dejarla moverse y mirar el techo de la habitación y los altillos del cielo una mano que volara sobre las cosas sin nombrarlas que conociese palpando el precio de la piel en la cama y de la sangre y de la madera una mano que dialogara transparente que crujiese nítida la alegría en sus falanges una mano con las uñas entre las piernas entre las costillas una mano capaz de quedarse quieta sobre

mi pecho asintiendo una mano que un día merezca un monumento que me extienda a prisa los frutos y me cobije con ira y agradecimiento una mano que no protestase porque no le entrego mi cabeza que cogiera como aves las imágenes y las cosechara en su vientre una mano con historia que haya que separarle los carpos y leerla una mano a la que haya que darle algo una mano a la que haya que premiarla una mano que cuando apriete los barrotes fríos de un catre de provincia reciba de su macho una mano húmeda ensangrentada pequeña una mano diminuta que no tenga que ir a buscarla a ninguna parte una mano que brote una noche de mal cruce de galaxias una mano que conversara con sus dedos en mi cuello y yo estaba enamorado y no sabía qué cosa tocaba la maldita banda con su cháchara y fanfarrias y creo que me derramé sobre el pasto y parece que estuve cantando hasta que la plaza hubo quedado dulcemente desierta.

NUPCIAS

HACÍA MUCHO calor en el tren subterráneo, y el joven, ubicado bajo el único ventilador que funcionaba, había cruzado los brazos tras la cintura y simulaba estar leyendo un cartón comercial. La muchacha, incrédula, sólo después de un prolongado momento se animó a hablar.

—Devuélvame el zapato —dijo en voz baja.

El joven le concedió una veloz ojeada, frunció el entrecejo, abrió las piernas para conservar la estabilidad, y muy circunspecto volvió a su lectura.

—Por favor —dijo la muchacha un poco más fuerte—, tenga la bondad de devolverme el zapato.

“Es realmente una belleza —pensó el joven—. Si me habla una vez más entreabriendo esos labios, entreerraré mis dedos en su pelo, le remeceré la cabeza, la besaré y dormiré una siesta apoyado en sus senos.”

—¿Qué zapato?

—¿Cómo que qué zapato? ¡Mi zapato! ¿Qué se ha imaginado?

“Dios me asista —pensó—. O la soledad me ha desquiciado y estoy delirando, o estoy realmente enamorado de esta mujer.”

—No sé de qué me habla, señora —replicó.

—¡Está bien claro de qué le hablo! —protestó, golpeando con el pie descalzo el suelo del tren—. Le hablo de una cosa que se llama zapato, de una cosa de cuero que se pone en los pies y que sirve para caminar. ¡De eso le estoy hablando!

“Dios me asista —se dijo el joven—. ¿Cómo es posible que la ame con tantas ansias?”

—¡En fin! —exclamó.

—¡Mi zapato! Devuélvame mi zapato, jovenzuelo.

Sin que ella lo notara, introdujo el zapato en el bolsillo posterior del pantalón, se le acercó, y una vez a su lado se restregó las manos y luego se las contempló como diciendo nada por aquí nada por allá, y después las elevó pidiendo al altísimo resignación. A continuación se rascó la cabeza, y en tanto ella lo miraba hacer con una boca de este tamaño, se arrodilló y, tomándole el pie entre las manos, se dio en estudiarlo sin afectación y con sincera seriedad.

—Veamos cuál es su problema —dijo, mientras manipulaba el pie en todas direcciones, con una suerte de gestos mecánicos al comienzo, que lentamente los fue suavizando hasta convertirlos en caricias. Acercó los labios a los dedos y estuvo a punto de besarlos, pero se contuvo y suspiró hondamente su olor.

“Protégeme, ángel mío —pensó en ese momento—. Si me falla el lenguaje o cometo una imprudencia, ella se irá para siempre. Haz que sea amable, seductor e inteligente. No me abandones, angelito de mierda. Deja que el inglés me brote, se me derrame con gracia entre los dientes, que coja el ritmo de los sonetos de Shakespeare, que Albert Finney me envidie, que no me patee el rostro con este pedazo de sol que tengo entre mis manos.”

Entonces, disimulando el temor, alzó la mirada y se la clavó un momento en los ojos y sonrió un poco, aunque desesperadamente, tratando de decírselo, pero ella no le sonrió en cambio, a pesar de que se adelantó hacia él y con un movimiento, que le pareció una ráfaga de aire tibio y celeste, pasó involuntariamente los dedos sobre el cabello de él, apenas rozándolo. El muchacho descifró el gesto como una caricia, de allí que debió haberse puesto a llorar. Pero no derramó ni una sola lágrima, aunque se le humedecieron los ojos, aunque aspiró fuerte todo lo que tenía en las narices, tragándose lo.

—Dios me asista —murmuró—. He de saber su nombre. Antes de cogerle el rostro y presionar mis pulgares contra sus mejillas, he de saber su nombre.

Se limpió los ojos con la punta de la falda escocesa de la muchacha, y absorto continuó considerando el pie descalzo, presa de un surtido de emociones.

—El asunto es simple —dijo después de un ra-

to—. Es evidente que lo que a usted le falta es un zapato. Si tuviera dos zapatos no le faltaría nada, porque lo que se estila es que la gente ande con dos zapatos al mismo tiempo. Ese es mi caso. Mire mis pies. ¿Cuántos zapatos ando trayendo? Cuéntelos. Uno y dos. Esto es lo que se estila. Es muy rara la gente como usted que anda con un solo zapato.

“Algo anda mal —pensó enseguida—. Estoy anti-pático. Ahora se va a sacar el zapato que tiene puesto y me va a golpear en la cabeza. Y ahora el tren se está deteniendo en esta estación, maldita suerte. Voy a cruzar los dedos. Ya está. Pilato, Pilato, que no suba ningún cristiano o me tiraré al Hudson.”

Las puertas del tren se cerraron, nadie subió y continuaron solos en el vagón.

—¡Oiga, escúcheme bien! —dijo ella.

—¡Sí, mi amor! —gritó él en silencio.

—Quiero que me devuelva el zapato —le ordenó cogiéndole del nudo de la corbata—. ¿No se da cuenta de que es muy feo andar robando los zapatos a la gente?

—¿Qué quiere que le diga? —protestó—. Estoy de acuerdo con usted. No es nada de bonito andar robando los zapatos a la gente. ¿Quiere saber qué pienso de los que roban zapatos? ¡Que son ladrones! ¿Quiere saber qué más pienso? (Vamos a ser felices, eso es lo que pienso. Nos bajaremos en el terminal. Para entonces habré investigado tu cuerpo y tu ascen-

dencia. ¿Sabes lo que vamos a hacer con el dinero de la pensión? Entraremos a un bazar a comprar un tocadiscos y yo estaré detrás tuyo besándote el pelo mientras seleccionas tu música, cualquiera, cualquiera música estará bien, y te haré sentir mi calor soplándote las orejas cuando estés considerando los ritmos y te rozaré casualmente los senos y no necesitare disculparme pues tú ya habrás abierto por lo menos una vez mi camisa. ¿Quieres saber lo que pienso? Aplastaré mi nariz contra tu ombligo, giraré con ella como un torniquete sobre todo tu cuerpo, echaré al abismo un siglo de mi tiempo y olfateándote te bautizaré con los mejores nombres cuando nos duchemos en el baño rosado del hotel mañana por la mañana y nos despertemos con las gargantas cascadas y la boca seca y salgamos semivestidos al balcón a estudiarnos a la luz del día. ¿Qué quieres que haga con tu zapato ahora? ¿Sabes lo que haré? Me lo comeré ante tus ojos en señal de amor.)

—No —dijo la muchacha—. No me interesa saber qué más piensa. Como usted anda con sus dos zapatos y no se va a resfriar, se aprovecha para burlarse.

Entonces el joven, humillado en su hombría porque hacían de su amor cosa de virus y floras microbianas, se levantó y se dejó caer a su lado en señal de abatimiento, y, tras un segundo de meditación,

acercó su cara a la oreja izquierda de ella, y alguien podría decir que la besó.

—Comprendo —le rezó.

Se agachó y desatando los cordones de uno de sus zapatos se lo arrancó y se lo ofreció sin una mueca en el rostro.

La joven cogió el zapato y pasó la mano sobre su superficie, tan levemente, que el joven logró advertir que lo estaba acariciando.

—Voy a abrirme el pecho algún día y te haré que me aprietes el corazón con tus manos —rugió en español.

La muchacha consideró los sonidos de la frase con cautela, sonrió, sin comprender, quedó seria, pasó la mano por dentro del calzado, sonrió, puso el zapato a la altura de un ojo, y metió el dedo índice en un inmenso agujero, y luego lo apartó y miró al joven a través de la suela rota.

“Ya está —se dijo—. Le pasé el zapato roto, mi puta suerte. Ahora estará pensando que soy un vago o un vendedor ambulante, mi puta suerte.”

Se aproximó aun más a la muchacha, y tomándola de los hombros comenzó a sacudirla mientras le iba hablando en su lengua natal, implorando a todos los dioses que ella entendiera.

—No me mires así pensando que estoy loco —le dijo—. Antes de que pienses cualquier cosa de mí, déjame que te lleve a mi pieza. Que los ángeles permi-

tan que te tenga un año conmigo, y después piensa lo que quieras, y destrúyeme y búrlate y acuéstate con otro en mi cama si te fallo, pero dame la chance de deslumbrarte; déjame mostrarte todo lo que es capaz de ser y de soñar un animal cualquiera con hambre y sin ambiciones; seré capaz de decírtelo en tu lengua cuando estés preparada para oírlo. No pienses nada de mí ahora. Sé pura, sé inteligente; entíbiate sin palabras; haz un esfuerzo para no diseccionarme y archivarme tan luego; haz que te contengas mientras este silencio me crece y cobra forma, porque entonces sí seré indestructible o ya no me importará que me destruyas.

Y entonces, como si un montón de ángeles benevolentes hubiesen oído la oración, y hubiesen llenado con su presencia el carro, la muchacha apoyó la cabeza contra el respaldo de madera del banco, y el joven se echó sobre ella y la besó y la mordió en los labios, y le acarició por sobre el vestido los senos, y ella posó sus brazos sobre el cuello de él, y esos brazos húmedos le estaban ahora cobijando, y si su boca hablara, diría casa, diría amante, diría desayuno decente a las siete de la mañana, diría una carcajada de cuando en cuando, y el olor de tu pelo y tu cuerpo, olor de tu cuerpo en cuyas entrañas finalizaba la ruta donde nacía el ámbito en que su sueño de muchacho chileno reposaría quedo después de haberse gastado y desintegrado entre las tabernas de Nueva York lim-

piando los restos de comida sobre las mesas y los pisos embaldosados, trabajando por unos centavos con que comprar el derecho de matar cucarachas en la piezucha del hotel y poseer un lecho para tenderse y clavar los ojos en la pared y hundir las uñas en el colchón y vomitar la soledad nuestra de cada día en una palangana celeste sobre el armario, y arrendar un pedazo de madera donde posar el trasero, doblar las piernas, y contemplarse los pies inflados, caldeados al rojo de tanto probar los asfaltos de la ciudad más grande del mundo, amén, como decían en esa obra que había visto en el Central Park; sin tener a alguien a quien comprarle un disco de Lucho Gatica en una de las tiendas sembradas de neones de la calle Cuarenta y Dos y ofrendárselo en su cumpleaños, y estar siempre así, carente del vocabulario preciso para profanar el silencio que como una peste se le inflaba en el cuerpo, sin haber cultivado la potencia de su voz lo suficiente para protestarle al ángel que ya no se acordara de él, para reprocharle haberse quedado atrás dilapidando su propia suerte, su única estrella, entre el mar y las montañas, en un instante de su tiempo en que la fuerza y la alegría se le habían perdido en los límites de las palabras, sin que nadie, ni siquiera el ángel se lo anunciara, y ahora estaba allí, envalentonado por dos cervezas en el cuerpo que ya no podían llevarlo más adelante, y el tren subterráneo, el tren gusano, el tren templo, el tren muerte,

el tren holocausto, estaba a punto de llegar al terminal, y él, el muchacho con el zapato en la mano derecha tras de su espalda, oyó otra vez a la joven pedirle su calzado, y mientras simulaba leer un cartón comercial, trataba de torcer su español en un inglés tibio, profundo, que le permitiera entregarle uno de sus zapatos en señal de nupcias.

ME VIO aquella tarde mientras calentaba las rodillas al sol a la usanza de los correntinos, y vino a mi lado balanceando el tarro parafinero.

—¿Vos sos el chileno, verdad?

Probé aparentar indiferencia y raspé con el pie descalzo el borde de la cuneta. Solía llevar un zapato en la mano en caso de que hubiera necesidad de iniciar un veloz descalabro. A menos que éste anduviera con revólver o algo, era poca cosa lo que me podría pasar; sabía del sabor de la navaja y la textura de las piedras; no quedaba sino sorber las narices y escupir por un costado. Un poco el brillo de ese sol veraniego con pálpitos de lluvia, otro poco los pájaros que la humedad empantanaba en los aires, mi mirada se hacía la ilusión de parecer desdeñosa.

—¿Vos sos el chileno, cierto?

El sabía que era el chileno, y yo sabía que él era Miguel. Lo preguntaba dos veces sólo para darme tiempo a que lo viera rascándose la barriga, para que

me taladrara el oído ese ritmo que estaba marcando sobre el tambor. “Está bien —me dije—, seré masacrado meticulosamente y luego mi padre me vendrá a recoger alertado por algún vecino.”

—Sí —contesté sin mirarlo.

Me agarró la pechera de la camisa y la dejó impregnada con sus dedos sucios de petróleo. Traté de desprenderme empujándole el brazo con suavidad.

—Déjame en paz —le dije—. Si me haces algo les digo a los correntinos que te masacren, grandote.

Era una treta de corto aliento. Ciertamente que me había convertido en una especie de recadero de los muchachos de provincia que vivían en la pensión; ellos me daban unos centavos, y yo les compraba hojas de afeitar después de la siesta de los sábados, o les traía “El Gráfico”, cuando no era temporada de fútbol y se quedaban en cama desnudos y cantores hasta el hedor. Pero tenía la certeza de que no moverían un dedo contra un chico de buena familia como éste, aunque les sacaran las putas madres.

En eso pensaría Miguel cuando dobló el codo sacudiendo obscenamente el antebrazo.

—Esto es lo que hago con vos y todos los correntinos, chileno.

Me dejó libre la camisa como si la tela ordinaria le estuviese manchando su prolija mano decorada de petróleo. Después se pasó el desprecio por el trasero de sus pantalones de gamuza.

—Vos le rompiste la cabeza a mi hermano, ¿cierto?

Miré hacia la esquina a ver si se asomaba alguno de la pandilla. ¡Desierta como un estadio en día de semana! Maldije haber cimarreado la tarde en la Casto Munita por una sucia tarea de matemáticas pendiente. Vi a todos los muchachos bostezando en la clase de Smisart con los delantales barrocos y desgarrados después de la pichanga del recreo, y tragando saliva me pareció aquél el mejor lugar del planeta. Lo peor de todo era que esa tarde tenía la primera cita de mi vida con una chica de la calle Zabala y que todo el dinero afanado laboriosamente a las escasas arcas de mi padre, y el de los trabajitos a los correntinos, y el de los conchavos que me agenciaba con el frutero de la esquina, lo andaba trayendo en el bolsillo. Por un momento estuve a punto de decirle: está bien, yo soy el chileno y fui el que descalabré a tu hermano; pero hazme la gauchada, despedázame mañana, porque hoy veré a una chica, ¿sabes?

—Vos le rompiste la cabeza al Quique, ¿no es cierto?

Miré hacia la pared del frente. Qué estupidez más grande que te sorprendieran a las tres, justamente cuando los correntinos dormían a pata suelta.

—Fue en una guerrilla —dije—. Fue pura mala suerte.

—¿Querés decir que vos lanzaste la piedra y él puso la cabeza, eh?

—Oye, Miguel —le dije—. No peleemos. Si quieres vamos y le pido disculpa a tu hermano. Estoy aburrido de que nos puñeteemos por cualquier cosa.

El otro se sentó sobre el tarro y comenzó a darle pataditas leves, que las fue acentuando a medida que hablaba. Me puse nervioso y palpé la cuneta a ver si había un fierro o algo.

—¿Sos loco, vos? —dijo—. ¿Querés que te lleve a ver al Quique al hospital? ¿Querés que todos sepan que fuiste vos el que le descerrajaste la ceja?

Escupió a mis pies. Yo había puesto ya el dinero debajo del calcetín bordeando la punta de los dedos. Ahora hice como que me abrochaba los cordones del zapato.

—Y bueno, que lo sepan —dije—. Pido perdón, le digo que fue sin querer y asunto acabado.

Miguel se sobó un puñado de nudillos con los dientes.

—Oí bien, chileno. El Quique no te delató de hombre que es. ¿Sabés vos lo que hubiera pasado si suelta la boca? ¡Te echan del país! ¡A vos y a tu padre, atorrante! Te deportan, ¿entendés?

Tragué saliva.

—¿En serio?

Meneó la cabeza y suspiró desdeñoso.

—¿Dónde querés pelear?

Lo miré a los ojos tratando de decirle todo, pero el chico estaba dispuesto a salirse con la suya.

—¿Ahora?

—¿Qué querés? ¿Qué espere que me des audiencia?

Me puse de pie sacudiéndome los pantalones.

—¿Dónde?

—En el baldío.

Eché a caminar adelante. Podría haber aprovechado de entrar a la pensión y refugiarme en mi pieza. Lo único malo es que aún me quedaba ese poco de honor. Hacía días que no llovía y cada vez que soplaba un poco de aire uno se llenaba de polvo alrededor de los párpados. Andaba todo el verano con orzuelos y el pelo largo. Me restregué los ojos casi aturdido.

—¿Qué te pasa? ¿No venís, maricón?

—Espera un poco; parece que me entró algo en el ojo.

Mostró el puño apretado y la quijada sobresaliente.

—Esto es lo que te va a entrar en el ojo, infeliz.

Aparté la mano de la vista y empecé a andar rápido hacia el baldío.

—Vamos —dije.

Había ese sol emboscado que se adiposa en las nubes más bajas y que lacrimea en los ojos cuando lo invade la tierra de las tres de la tarde. A ratos la

sombra casi desganada de los árboles secos relampagueaba un trecho de oscuridad, uno se confiaba, se desprevenía, y de pronto la acera con su empedrado de manchas de petróleo y herraduras oxidadas brincaba como un río de leche velándote el contorno de las cosas.

Miguel se me había puesto al lado. O él corría o yo había aminorado el tranco.

—¿Cómo querés pelear? ¿Sólo puñetes, bofetadas, con piedras, o como venga?

—Oyelo bien, Miguel —dije parándome—. Yo no quiero pelear contigo. Uno, porque eres mucho más grande y fuerte, y dos, porque...

—Dos, porque sos un cobarde. ¡Rajá, pibe!...

Me adelanté antes de que recibiera aquel manotazo empujándome. Ibamos a dar vuelta en la esquina y percibía nítida la respiración de Miguel sobre mi nuca.

—No soy un cobarde —dije en voz baja—. No puedo pelear contigo porque no tengo rabia. No me dan ganas de pegarte... Uno pelea cuando tiene rabia.

Me propinó un rodillazo en la espalda que me hizo trastabillar algunos metros, aunque sin caer. En realidad más bien me había empujado. Podía pasar como una de las bromas torpes que nos hacíamos con los amigos del barrio.

Me di vuelta a mirarlo.

—¿Y ahora, tenés rabia?

Estábamos frente al sitio eriazo. Lo pensé un segundo y sonreí.

—No, Miguel, no. No tengo rabia.

Miguel arrugó el entrecejo y se pasó la mano desconcertado por el pómulo. Después de un minuto, en que yo hurgueteaba mi muslo derecho con la mano hundida en el bolsillo del mameluco, se acercó y me pegó un puntapié en la rodilla. Sonó a hueco el zapatazo sobre la rótula... En el eriazo había por milagro una gallina y cacareó alrededor nuestro. Parecía estar buscando gusanos. Los ruidos eran bastante confusos, excepto el de la radio del frente que lanzaba una comedia de Aceite Cocinero.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Tenés rabia?

Puse la otra mano en el bolsillo izquierdo, y con ambas me rasqué el frío que sentía en el estómago, me froté fuertemente la piel.

—No —dije.

—¿Todos los chilenos son tan cobardes como vos, pibe?

—Yo no soy cobarde, Miguel. Los chilenos son valientes. Ahí tienes tú a O'Higgins y a José Miguel Carrera y a Arturo Prat.

Hurgueteó en los bolsillos y sacó una colilla mal-

trecha. Raspó la cerilla en la suela del zapato. Aspiró hondo y fumó lentamente.

—Y nosotros tenemos a José de San Martín. ¿O vos creés que San Martín era cobarde?

Miré cómo el humo se diluía en el espacio gris.

—¡Qué sé yo! —dije.

—Vení, peleemos.

—Está bien —dije, acercándome.

Quedamos enfrentados y la chaqueta pareció inflamarse con una repentina abertura del sol, cuando estiró los brazos afirmando la guardia. Yo lo imité y sentí el sudor correr por el cuello. Hizo una finta para probarme y me quedé inmóvil. El muchacho bajó los brazos y juntando las puntas de los dedos de la derecha me los agitó delante de la cara.

—Pero decíme una cosa, chileno. Si te pego, ¿te vas a defender?

Pestañeeé un segundo pensándolo.

—Sí, pega no más.

—¿Tenés rabia?

—No. ¿Y tú?

—Regular —dijo—. En guardia.

Pusimos los codos adelante y dimos una vuelta en semicírculo estudiándonos. Como un sablazo, la bofetada cayó rasante en la oreja. Me fui de costado, y, al caer, me enderezó con un izquierdazo en las costillas. Quedé de pie, pero tambaleándome. Desplegué

la mano por la boca y aunque no tuve tiempo para ver qué pasaba, supe que era sangre.

—¿Tenés rabia ahora?

—Un poco —respondí—. Me sacaste chocolate, desgraciado.

A continuación me sobrevino una patada en las canillas y me mojó la oreja con la mano llena de escupo. Me empujó displicente, aunque con fuerza, y fui a dar en el polvo magullándome una mejilla. Percibí que había un chico asomado al borde del baldío mirándome con la boca abierta. Me levantó de la camisa y volvió a empujarme, sin golpear fuerte, haciéndome rodar por el suelo. Sentí que se me calentaba la cara y me parecía que me andaba un incendio entre las orejas. Se me había soltado un chorro de orina y me empapaba asquerosamente un muslo. Me levanté retrocediendo.

—¿Tenés rabia, chileno?

Me limpié la sangre con una muñeca.

—Te voy a matar, desgraciado —dije.

Miguel se desabrochó el cierre de la chamarra de cuero.

—¡Pobre de vos!

Lo último que vi venir después de esas palabras fue su cuerpo que se me apretó tanto como para resregarme la mano en el rostro pasándola desde atrás como si lo estuvieran mariconeando a uno. Logré zafarme con un codazo que lo hizo aflojar. Nos hici-

mos un paquete de patadas frescas, de nudillos gredosos, de aleteos desrumbeados. La rabia me hinchó la garganta, me electrizó las falanges, hizo que las bofetadas me penetraran más hondamente, derramó la sangre con abundancia. Daban ganas de estrangular, de fusilar un gato, de beber agua hasta caer de rodillas. Cuando aquel puñetazo me rajó la nariz y el hueso se encabritó como un halcón en celo, tuve la primera visión reveladora en mi vida: como si estuviera enredado en los cortinajes de un circo de provincia, ahogado en los tules y cintas de una maleta de juglar, cayendo hondo en una suerte de sopor mecánico, de veneno coloreado, de vidrios que se revientan, de pájaros que se astillan en las puertas, el hígado me tembló como un agonizante, viví en las uñas el gusto áspero del vientre de la prima, el seno revelando duro ese pecho caliente, vi la tierra como un inmenso Gulliver, como en los dibujos del libro de oro, solamente que todos los ríos y los mares eran llagas, hondas desgarradas, flechas, sangre que se estancaba o que fluía como un tango por las arterias, y mis manos un árbol doblado, y mi boca un pájaro muerto y la noche una derrota inmensa. Yo estuve borracho, afiebrado, absolutamente inconsciente enredado en la cintura de Miguel, que atornillaba los puñetazos en sus blancos como para hacer entrar la herida hasta los huesos, hasta que se masacraran las entrañas.

—Miguel —le dije—. ¡Miguel, mierda, me estás matando!

Pero supe que no había pronunciado esas palabras, que había perdido el lenguaje. Que ya no sentía dolor, que mi voz mandaba otro cuerpo, que este de ahora era sólo un ensayo de cuerpo, no el definitivo, que no tenía importancia, que después de ése pasaría a otro, a uno que yo eligiera, uno inaccesible ahora. Entonces me largué a reír (mi alma reía), entonces volví a flotar en ese mar cobalto de mi ciudad natal (mi alma flotaba), entonces vi aquellas fieras que se incendiaban y me mojaban el hocico con sus lenguas (era mi cuerpo que nacía).

Cuando desperté Miguel estaba muerto a mi lado y yo dejaba caer la piedra.

La sangre le manaba nítida de las narices y las hormigas la bordeaban reptando en la transpiración. Me apoyé contra el muro de ladrillos y restregué las orejas enfriándome con su textura. Ocupé sólo ese trecho de sombra y el resto de la tierra se despedazaba en el sol pálido como un grito. Quizás los muchachos hubieran vuelto de clase, tal vez estarían untando las medialunas con mantequilla en el café con leche; los guardapolvos estarían arrojados en la cama y los chicos mascarían el pan ojeando las historietas; mi padre estaría tomando el subte de vuelta a casa con *La Razón* bajo la axila, los correntinos

estarian trabajando ya la zamba con las guitarras des-
afinadas.

Acerqué mi boca a su oreja y le levanté un párpado delicadamente.

—Miguel —le dije—, ¿estás muerto?

Le aferré las manos y lo sacudí con rabia.

—No te mueras, Miguel. No seas maricón. Levántate y vamos a ver a un médico.

De pronto me acordé del chico que miraba la pelea desde la calle, y giré la cabeza buscándolo. Había atravesado la vereda y al advertir que lo miraba echó a correr. Recogí un tarro de conservas oxidado desde un basural y fui hasta la cuneta para llenarlo de agua. Volví corriendo para evitar que todo el contenido se perdiera por un orificio durante el viaje. Me agaché y le volqué el líquido en las narices, en el cuello y en el pecho.

—Oye, Miguel —le dije—. Hazme el favor de despertar. Yo no quise matarte. Despierta, Miguel. Pien-
sa en lo que va a decir tu mamá.

Permanecí un largo momento oyendo el chirrido de los trenes en Belgrano R. Cuando no frenaban sabía que eran los expresos. Conté cinco trenes antes de correr hasta la acequia y devolverme con otro tarro de agua. Mientras lo mojaba se me ocurrió ir a buscar a un muchacho de Santiago del Estero, que era changador en la frutería. Una vez me habían descalabrado la rodilla en una pichanga y él me la había curado

con venda y todo. Decía que iba a estudiar medicina, y por mientras había seguido el curso de primeros auxilios.

—Oye, Miguel, despierta aunque sea un poco. Voy a llevarte a lo del Negro para que te cure el descalabro de la nariz. No te hagas la marmota. El Negro te va a dejar la nariz como nueva si acaso estás vivo.

Lo puse de espalda y le derramé el resto del líquido sobre la nuca. Me pareció oírlo gemir y evoqué una película de Yon Uein donde el tipo le ponía la oreja en el corazón a uno que estaba baleado y todo, no como éste que tenía un simple descalabro en la cabeza, y decía que estaba vivo aún, porque se oía ese ruido como tambor bencinero. Volví a darlo vuelta y me penetró claramente en los oídos el tiqueteo.

—Ya me di cuenta de que no estás muerto, Miguel. Ahora es cuestión de que despiertes para que te lleve donde el Negro. Si te arrastro así la gente creerá que te asesiné, ¿entiendes?

Lo peor de todo fue que de repente cayeron unos goterones y el cielo se hizo apretadito y mugriento por todas partes, y no había dónde cresta meter a Miguel para que no se mojara. Se advertía una pequeña techumbre en un costado, pero apenas protegería a uno de pie. Entonces se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era dejar que la lluvia empapara a Miguel, así me ahorraaba ir a cada rato a buscar el agua a la cuneta con ese tarro todo mohoso y agu-

jereado. Hurgueteé los bolsillos del muchacho y di con otro cigarrillo aún más descalabrado que el anterior y caminé hasta la cornisa esperando que amainara. Durante unos pocos minutos hubo algunos preliminares de truenos y rayos y una lluvia chiquita de pura porquería que no mojaba nada. Se sentía bien tibio el humo del cigarrillo cuando entraba por el cuello, y estuve entretenido en hacer volutas, mientras el terreno comenzaba a empantanarse suavemente, y los truenos dejaban la crujidera hacia el lado de las Barrancas. Pero cuando el chubasco se desprendió como un perro asustado, las pozas se armaron hondas y me acerqué a Miguel por si acaso tenía la cara en un charco que lo ahogara. Se había puesto oscuro alrededor, a pesar de que era temprano, y hundí tres veces el pie hasta los tobillos antes de llegar a su lado. Menos mal que lo encontré con los ojos abiertos y con la cabeza en un lugar más o menos sequito.

—¿Qué pasó? —dijo, levantándose apoyado sobre las palmas.

Recogí un diario para taparme.

—Estuvimos peleando —respondí.

Se sentó en el barro y corrió el cierre de la chamarra hasta taparse el cuello.

—Sí, eso lo sé. ¿Pero qué me paso a mí?

—No sé. Te descalabré la nariz y pensé que te habías muerto.

Sacudió la cabeza desconcertado y se agarró del brazo que le ofrecía para levantarse.

—Me ganaste entonces —dijo—. Me pusiste no-caut.

Casi no le veía el rostro debajo del agua. Apoyó un meñique en el descalabro y se lo introdujo acuciosamente dentro de la nariz. Luegoladeó la cara y se golpeó la oreja superior con la palma como si quisiera botar algo. Como si quisiera borrarse el descalabro, supongo.

—Está lloviendo —dijo.

Recogí un periódico y se lo extendí.

—¿Sabés una cosa? Mejor que no sigamos peleando, chileno. Nos podemos resfriar.

—De acuerdo —dije.

Caminamos saltando las charcas y fuimos a refugiarnos bajo un zaguán. Mientras nos estrujábamos los pantalones, movilicé los dedos del pie para constatar el dinero. Advertí además que el hocico se me había inflamado. Me pasé el dorso de la mano y le eché un poco de escupito para calmar la calentura.

—Me descalabraste la boca —le dije.

Me tomó la quijada y la examinó un instante.

—Entonces empatamos —dictaminó.

Asentí gravemente.

—Oye, Miguel. . . Te invito a tomar un helado.

—¿Tenés guita?

Me saqué el zapato y desenfundando el calcetín le mostré los billetes.

—Vamos.

Mientras caminábamos hacia la estación la lluvia hizo un amago de amainar y dejamos de avanzar pegados a las paredes, para salir a patear los tarros que salían al camino en la mitad de la calle O'Higgins. Finalmente desembocamos en las Barrancas y compramos dos cucuruchos de marrón glacé.

Lengüeteamos los helados sin mirarnos hasta que a punto de terminar con el barquillo, le dije:

—Mira, Miguel. Cuando tú me descalabraste la boca y las costillas tuve una especie de sueño.

—¿Qué decís?

—Quedé aturdido y vi el momento en que nació. Sentí como mi madre me pasaba la lengua por la mejilla. Sólo que mis padres eran como llamaradas, ¿me entiendes?

Miguel saboreó una miga que le colgaba de la uña y luego se puso las manos en los bolsillos.

—A vos te pasó que tuviste una alucinación, ¿sabés lo que es eso?

—No —le dije.

—Yo tampoco lo sé bien. Pero una alucinación es como un presentimiento de algo, ¿me entendés?

—Sí —murmuré.

Pero no había entendido.

Conté el dinero que quedaba y pensé que la vida

no era ni corta ni larga. Que siempre habría el tiempo justo.

—¿Te comerías una pizza?

—Bueno.

Afuera de la heladería estaba otra vez lloviendo y la pizza estaba tierna y el queso y el tomate se enredaban abundantes en flácidos borbotones sobre la masa.

Tres meses después en un zaguán de Belgrano hice el amor con la primera muchacha de mi vida. No me importó haber gastado el dinero aquella tarde ni haber dejado de visitar a la chica de la calle Zabala. El dinero que gasté lo pasé al rubro de relaciones públicas.

MIRA DONDE VA EL LOBO

Y sí, ME ACUERDO, capitán-capitán; un día retozón, de maíces maduras y altas espigas. ¿Y el cielo? Terso, amplio, le raspaba a uno en la garganta. Día bueno para otear pájaros, interrumpir con una hierba el paso de las hormigas; cerrar los ojos, abrirlos, marearse de luz, de los golpes de las pestañas, y si uno lo quería no costaba olvidarse de los juegos de bochas, pero con piedras. Del espacio, de ese rincón hondo y fresco, no he tenido olvidos. Ni de la chicha, ni de la cara de las sementeras, ni de la acequia que partía el trazado, tan delgadamente. Y era diciembre de ese año de Dios, y si otros raspaban las manos y el polvo de oro les quebraba las uñas, Alonso de Torres no tenía ilusiones.

Me placía escuchar a los soldados y a los escribanos añorar Castilla. Nunca tuve lengua larga, pero el vino de esas noches templadas ponía, al menos, obsequiosas las orejas. Se planeaban cosas lindas en el yunque del herrero. Había que ver los anchos cue-

llos de los militares doblarse nostálgicos sobre la fragua mientras los anaconcillas reían en grupos lejanos apretando el maíz tierno hasta brotarle jugo. La guardia se nos unía por el segundo brindis y mojaban los labios en ese líquido áspero y negro que guardábamos en barriles. Hacía planes Marín (más de mil pesos para comerciar sedas), y Pinel adelgazaba; pero si el fin del día nos llegaba ajado y somnolento, las noches de coloquio nos prendían llamas en las pupilas, los sueños nos mojaban los pómulos (alhajar las hijas para casarlas con hidalgos; que el viento corre y las mujeres en este siglo maduran tempraneras). A veces el sol reventaba por ahí por las montañas, y entonces cesaban los sueños, las voces palidecían y se iban piel adentro, y éramos sólo tres o cuatro, y nos mirábamos y decíamos ¿te acuerdas? Nos amanecía de pollos cantando, de trote de caballos, de mesetas de piedras, de silencio de la tierra misteriosa y de luz violeta, y de cuclillas en el fuego muriendo, capitán-capitán.

Y ese día ni siquiera conversábamos. Cinco años entre pocas caras son capaces de fatigar los labios; nos conocemos el olor, el futuro, el nervio preciso para saltar la rabia. De día nos evitábamos; yo no tenía ilusiones, pero sabía compartir un silencio. Me había acostumbrado a las piedras, a poner el mejor lado al viento, a reír más fuerte de lo necesario. Era en las noches cuando sabíamos sorprendernos, Gas-

par de Villarroel con sus dientes grandes, una canción de Diego de Oro, Vicencio de Monte con sus sonetos. Así es la noche para los animales: buscan el fuego, se acurrucan, se arrullan y se mienten. Triunfan. Luego habrá mucho día para instaurar el equilibrio, grandes montañas para consagrar la derrota, toda clase de pájaros para quedarlos mirando. Yo lo sabía, capitán-capitán; yo sabía lo que era la muerte, en el estómago, en el cuello, en las almuerzas de trigo que desayunábamos, en las acequias sabía que ésta era la tierra de nuestra muerte. Otros preferirían España, yo, no sé cómo decirlo, no tenía ilusiones. Quizás galopar un día hasta Valparaíso, tender cuerda para tentar a los peces, bañarme en esos mares de los que casi no tenía recuerdo. Y ese viernes era de aire deleitoso, y temprano en la tarde, con un pedazo de luna asomándose difusamente, vi apoyado en ese árbol, en ese rincón que recuerdo, a Juan Pinel, envuelto en su capa haciéndome señas. Pensé que quería leerme una de sus cartas; siempre escribía largas cartas como si alguna vez fuese a partir un barco que las llevara. Hoy lo veo corriendo, sofocado y a tropezones en los pliegues de la capa, con el sol encendiéndole los pómulos.

—Alonso —me dijo—. Vamos pronto a la casa del gobernador.

Me doblé sobre las rodillas de mala gana. Todos

iban corriendo hacia el centro desde los muros del cercado.

—¿Qué pasa?

—El gobernador ha dado permiso a quien quiera para abandonar la tierra en el "Santiago".

Yo no soy hombre de maniobrar brusco. Necesito de tiempo para imaginar lo que me dicen. Mis respuestas tardan y a veces celebro una broma dicha en grupo en el silencio solitario de mi tienda. Por lo demás tengo algo de estas piedras (viejos amigos en España y una madre viuda). Tal vez por eso no le di importancia. Nos fuimos caminando y Pinel se abrazaba a mí y tosiendo, con la agitación, casi trotaba. Lo cogí de un brazo; sabía que ese hombre estaba enfermo.

En el patio de Don Pedro no faltaba nadie. Incluso a los atalayas se les notaba curiosos con el rostro hacia la plaza. Vicios de Don Pedro tanto cuidado. Los indios ahora servían las vetas de oro, hacían la siembra y sudaban entre soles en el tiempo de la recolección. Me gustaba ver esos campos radiantes, las hanegas de trigo, y abril y mayo cuando se cogen los maíces. Todo lo habíamos hecho con un par de almuerzas. Eran días en que se cenaban gallinas, carne de cochinillos, frescos huevos de casi un centenar de pollas. Si no hubiera habido esa reunión aquel día de diciembre yo me habría olvidado de España. No eran los tiempos estériles del 41 en

que se mordían almácigos y cebolletas tostadas en arena caliente, y se mordía la simiente menuda como avena y no se pelaba el trigo por no perder el jugo, y las indias eran capaces de morderte la yugular cuando las montabas, y Jofré lleva aún la marca de unos colmillos aunque la india murió podrida en lo hondo de la acequia. Meses holgados estos; si querías oro, raspabas tu parte en la mina con los anconcillas; si no tenías ilusiones, podías alejarte sin peligro entre las vetas de los cerros e inventar música con la trompeta. Yo te lo digo, capitán-capitán; a un hombre sabio que ha matado su esperanza, hacérsela renacer es matarlo nuevamente. Pero no hablo por mi boca. Por la mujer de Pinel protesto, por las cartas de mi amigo, por los hijos de Marín, porque ni la indiada era tan traicionera.

Usted quiere mi franqueza y la mano limpia. Déjeme que desentrabe la lengua en este tinto, que la rabia me crece como si fuera otra vez diciembre.

Fue el mismo gobernador quien habló. Estaba sonriente. Dijo que podríamos comprar pasajes en el "Santiago", embarcar nuestros oros, y ya en el Perú no sería difícil partir a España. El machaje se calentó, se les había ido la memoria de las proclamaciones de ese mismo hombre de que nadie abandonaría la tierra antes de su muerte. Sólo los favoritos no alzaron la mano. Claro que tenían para sí las encomiendas, dotes de indios, asiento en la mesa del

mismo Don Pedro. Pinel mantuvo la mano en alto casi toda la tarde; si alguien se acercaba a burlarse, decía: esta mano para la rubia Isabel, esta mano para Juana, y se mordía las muñecas, y se tendía en la tierra con el pulso en el corazón probando frenar sus saltos.

Y ahí prendió la fiesta. Se soltaron los vinos amarrados a los años, el chanco fue a las brasas, yo puse la música desde temprano en la tarde, y Núñez me acompañó en el instrumento. Las carcajadas fueron creciendo como una lluvia, se enronquecieron las gargantas. Pinel siempre buscando un rincón donde llorar dulcemente. Hasta Don Pedro vino celebrando con sus favoritos desde la plaza.

Don Pedro tuvo que acortar la fiesta; se desperdició mucha madera en los fuegos y los vigías delataron grupos de indios curiosos rondando el fuerte. Me dispuse a partir en la madrugada. ¿Para qué dormir? Cuando comienzo con la música las melodías no acaban. Si la tropa aplaude, me siguen como gaviotas hambrientas, me dan en la cabeza, oigo toda la semana sonar orfeones. Ni siquiera me uní a la pandilla que salió a correr el campo. Y eso que las hembras me gustaban, el olor de sus senos, la piel quebrada en los nudillos, la cadera que se desataba como un potro si tus dedos se sabían hacer los tiernos. Nunca me pasó como a los otros que fornicaban con asco. Más de una noche partí el azúcar, el pan

y el lecho con una de esas mujeres silenciosas en mi carpa. Una vez hablé a una de ellas. Le hablé en español y la perra parecía entender y sonrió desnuda comiendo un plato de frijoles a la luz de la hoguera. Si quiere que lo ponga claro, no tenía nada que celebrar. Para eso bastaban los astros de esta tierra y la noche, revuelta de brisas y de tantas clases de silencios, y las montañas de los Andes. Era ésa mi consagración y mi despedida. Acatar el rumbo sin alardes, sin música, sin palabras. Yo no le miento si le digo que esa noche dormí con el cuello en la tierra para oír como llegaba la mañana. Uno escucha la luz de estas montañas, capitán-capitán.

Partí el primero a Valparaíso. Até las camisas al lomo de mi mula y me fui cruzando sin prisa las mesetas. Por una última vez quería saborear el viento matutino, presentir a los viejos compañeros de España, trazar en la mente el dibujo de los empedrados de Madrid. Apareció de neblinas ese sábado y al borde de la más lejana levantada de la tierra me detuve para saludar con el brazo los gritos de los atalayas. En cuanto cogía planicies tiraba a trotar, y la mula soltaba el bofe y se me ponía galopona, y los indios se corrían mansitos cuando le olfateaban el tranco. Nunca creí que vería otra vez el mar. Durante la destrucción de Santiago agarré una lanza en la pierna y pensé que la fiebre iba a matarme. Una mujer me ató los calzones al muslo y antes del desmayo creí

ver el mar desvanecerse. No este Pacífico que estamos mirando, sino ese mar potente y luminoso de la costa de Africa donde había tenido la infancia. Y en mi sueño el mar se daba vueltas, se ponía bronco, pasaba por sobre mi nuca, cubría de espumas el cielo; y oía la voz de mi padre echándome el aliento contra las orejas: Señal que te mueres, Alonso; reza ahora, reza. Por eso, porque había por todo el espacio ese océano verdoso e inmóvil, y mis pulmones aspiraban tan limpiamente el aire, apreté la medalla de Santiago entre mis dedos y bajé a la playa rezando, pero no por temor a la muerte, sino por estar tan fuerte, tan solitario y contento, y con tanta hambre.

No demoré en atisbar el bajel meciéndose frente a los roqueríos del Cabo Santo. La tripulación se asomó y les hice gestos que dentro de un rato iría a cubierta. Desenredé mi atado, até la mula a una piedra, y busqué una buena roca desde donde tirar la lienza. Ese era buen anzuelo, capitán-capitán. Lo habíamos redondeado a punta de machete en la fragua y pasaba las noches de insomnio o los turnos de guardia afilándolo despaciosamente contra un trozo de metal áspero. Hasta el cebo era de primera. Fragarosos trozos de piure que soltaban un chorro cuando le hundías la navaja buscando el corazón de la carne. Una hora pasé advirtiendo la sal impregnarse en mi barba. Una hora tirada sin que nadie osase perturbar el vuelo equilibrado de los pájaros. Y aunque

los peces le huían al anzuelo como al mismo diablo, no me importaba. Ya tendría ocasión de probar las bondades de aquel gancho de oro en alta mar y a plenilunio. Usted ha de perdonarme que aún haga jactancia de estas cosas. Sólo un pez cayó en mi trampa, y probablemente porque era chico, torpe y bagre. Lo desenclavé con medida y lo devolví a las aguas. Era como por el atardecer y el chorro de vino desde la bota se doró con el tono del crepúsculo en la extensión del brinco.

Y más tarde, por el filo del monte, estupendos, airosos, flotando en una lejanía inverosímil, venía cayendo el resto de los viajeros y sus capas ondulaban negras contra la textura pálida de los tierraes. Monté la mula y fuimos a recibirlos a tranco lento. Todo el camino anduve adivinando por las cabalgaduras quiénes venían adelante. Pronto supe, por el alazán y el casco, que Don Pedro los andaba capitaneando. De risas por el mar se traían las voces. Los zagueros apretaron las ancas de los potros y hasta los más viejos se desbandaron rodando por las arenas, y gritando Eja, aparta Alonso de Torres y tu santa madre, se desensillaban al filo del agua y los más jóvenes tiraban con todo hasta quedar cubiertos por el oleaje.

Luego por la noche sacamos las fogatas y pronto se dieron vuelta las tinajas, pero en el gazzate de la gente. Los más jóvenes, ya borrachos, tiraron los ca-

ballos a pelaje por la playa y si los potros los corcoveaban en la arena rodaban hasta el agua y luego se secaban al calor de las estrellas del verano, y de la luna, o apuraban un vino en la hoguera. Fue imprescindible que desenfundara el instrumento, y se cantó y se bailó con los pies descalzos, y los muchachos se rompían las palmas y se les hacían gruesas las venas del cuello, y Alonso de Aguilera y Bartolomé Díaz se procuraron espadas y ahí la fiesta se inflamó, y era de ver a esos dos brujos en la música de los aceros tallando su rivalidad a pura finta y carcajada, obesos en las corazas, el sudor corriéndole en las barbas, escupiendo y blasfemando como si no fueran los mejores amigos del mundo. Yo no sabía qué hechizo era más grande: si el mar reventando en espuma casi sobre nuestros hocicos, o el chasquido de las armas, o la mejor felicidad de hombres juntos que había visto en América. Yo daría este brazo, capitán-capitán, porque volviera alguna vez a existir esa noche. Y luego se asomaron los del navío y los comerciantes empezaron a calcularles los belfos a los caballos, y les probaban las patas, hasta hubo quien le puso precio a mi trompeta. ¡Pero qué iba a venderla! Yo lo único que quería era hacerla brillar una noche en el mismo nudo de las aguas cuando se hubiesen diferido las velas y se navegase contra la luna a la bolina. Yo pensaba hacer de mi trompeta un pájaro, desgarrar la noche como un vientre, tan tierno, tan sólo conmigo y el

viento. Quería que Pinel viese como era mi canción de mares, como volarían potentes mis pulmones cuando me nutriera de pura sal de aire y de peces frescos. Y el "Santiago" con sus velas blancas era a la distancia como una novia, como una mejor amante, como las mismas manos. Esa noche la recuerdo. Y fue bella, a mí qué me importa; es por Pinel que hablo, yo no tenía ilusiones.

Los marineros argumentaron los naipes. Se apostaban vino y tabaco, contra camisas y caballos. Uno se jugó la encomienda por una casa en Madrid, y la perdió gustoso, y yo di en el polvo con mi mula, y se me hace que esos marinos tenían el mismo diablo en las muñecas y el ángel y la maña para salvar las copas y los oros. Contra un buen casco logré procurarme a la carta mayor una botija y tiré sobre una duna a emborracharme. La soldada le pidió a Don Pedro que nos diera la palabra, pero el gobernador se puso ajeno y dijo que en el día, cuando se proveyera el matalotaje. Hasta se nos hizo simpático Don Pedro con ese modo de su silencio. Tal vez estuviéramos demasiado borrachos para calarle lo intencionado. Si se me pone como apretando la hoja de un cuchillo cuando le evoco la sonrisa y la lengua mesurada que se traía esa noche. Hasta abrazó a Pinel cuando lo vio a sus rodillas casi llorando. Mejor que ni lo hablemos.

Esta vez nos tendimos temprano. Recuerde que la

víspera de la partida se había enfiestado el machaje y que en la cabalgata a Valparaíso les habían sacado chispas a los animales. Antes de decir mis oraciones le saqué la montura a mi mula y le pedí al nuevo dueño que le diera buen trato. Después busqué una roca para quedarme pensando. Y pensé en los amigos muertos, en sus hocicos mugrientos de tierra y sangre con la lengua destripada sobre los dientes y los ojos revueltos que se los hacía tan horribles el cielo. Pensé en los agonizantes que prefirieron abandonar el lecho y defecar y orinar iracundos sobre el suelo americano, y vomitarlo, y apretarse las heridas, y hundirse las manos en los tajos como si quisieran sacarse la muerte que se les iba metiendo tan presurosa y granate. Pensé en los dos anillos y en las tres últimas cartas que guardaba en mi morral (esa para Andalucía, otra para Medinacelli, la última para la hija madrileña). Quizás tuviera que recorrer entera la patria para ir cumpliendo, pagando la palabra empeñada con los muertos. En eso pensaba cuando me pegué a la duna y se vino tan plácido el sueño.

Tal vez fui el último en despertar; ya las balsas se arrimaban al bajel y la gente le daba carena y lo calafateaba, y supe que Don Pedro se servía mandar que acunásemos los oros a bordo, y ayudé la mano al botero remando, y había que hacer una buena fuerza pues íbamos a barlovento y el viento le revolvía las

patas a la tierra, Valparaíso se hacía polvo, y tenía apoyados mis pies sobre el cofre con exactos dos mil ciento cincuenta pesos. Finalmente juntamos los dineros en un estanco a la borda y por primera vez nos vimos los dientes los dieciséis que viajábamos. Lo recuerdo porque conté tres manos y yo era el dedo que faltaba. Cada hombre sobre sus bultos y maletas bien cargadas esperó que viniese el gobernador a darles la palabra. Pero ahora no reían. Estaban silenciosos como un presentimiento, se mordían las uñas, acicalaban los flecos de las camisas sudorosas y mal planchadas. Ninguno de éstos había gastado un peso en calzas ni jubones para no desremediar las familias en España. Estaban inmundos y contentos.

Pero era cosa mía o algo se tramaba en el aire; o eran quizás los graznidos de los pájaros, o las sombras en que se doblaba el viento, o el sol tan amarillo astillándose en los aparejos de la popa. Le dije que soy hombre de escasas palabras. También sé cómo callar un palpito aunque sea profundo el agujijón que te hace en las rodillas. Cuando vino Don Pedro, lo acompañaba el bueno de Villagra, y el Juan de Cárdenas, el cielo se haya apiadado de él si ha muerto. El gobernador revoloteó las manos como si fueran aves que se le volaran. Tocó el hombro de González Marmolejo, puñeteó amistoso el ombligo de Guillermo de la Rocha, habló más bonito y floreado que el mismo Vicencio de Monte. Cuando dijo eso de las

luchas e infortunios que habíamos pasado juntos, hasta el ojo se le había puesto sincero. Las manos se le hicieron blandas y calientes como las de un sacerdote en el momento que pidió que veláramos por su fama ante el rey. Y luego, cuando nos estremeció a todos de los corazones y los brazos, nos trajo al ala de un gesto hasta el babor y mostró riendo qué buena mesa, colmada de manjares, vino y caldo de peces, se nos había dispuesto. Era una reivindicación por esos meses de hambre en que nuestras imaginaciones en cama eran felices si se roían huesos o pedazos de cuero. (Una vez propuse que sacrificáramos un caballo, y el gobernador escupió la respuesta en el suelo. Era para él como si quisiéramos comernos nuestras corazas y nuestras espadas.)

Así fue que colmamos los botes. En el cielo se habían hecho pedazos las nubes y el sol caía igual por todas partes, doraba la arena de la costa, enrojecía a prisa la piel fofa de los escribanos. Yo resistí con alegría; quizás tuviera el pellejo más arisco entre los conquistadores, a excepción de Bartolomé Díaz. (Si Bartolomé hubiera tenido esa mañana dagas y cuchillos en vez de lengua y dientes, los cuerpos de Valdivia y Cárdenas hubiesen sido trozados como moluscos repugnantes en el borde de la playa.) Hoy se puede hablar con calma, ¿no es cierto?, y su oreja es mi amiga. Por eso le bajo el temple y se lo digo

apacible: Díaz fue honesto; lo que supo habló y así es como está escrito en los libros.

Dicen que los trompetas tienen el estómago hondo como el infierno y que los romances y los bailes los inventó el mismo diablo en Salamanca. Pero una mesa embanquetada la sé adorar tanto como a mi madre. Mejor aún cuando había peces y panes que se agigantaban por milagro. Alguien habló de hacer una loa a Don Pedro y se derramaron fraternos los gestos y no hubo quién no asintiera gravemente. Yo me olvidé de mis presentimientos chupando las espinas de las lampreas, las tuninas y las merluzas. Para pasar el mal gusto, como quien dice, busqué los fondos de los jarros, puse las botellas vacías en hilera y fui el primero en estrellarlas contra las rocas por la tierra americana. Los del bajel eran de diente amplio y si no había silencio era porque se blasfemaba con los carrillos hinchados. Al mediodía se apareció el gobernador y aceptó con la vista en las botas el brindis que le preparamos. Nos pusimos de pie y tras vaciar las botellas, hubo quien se enjuagó las narices, y casi todos trituramos la greda en las manos. Así éramos para ese hombre, que le dijimos en un momento, ese momento que quisiera vomitarlo de mi memoria, padre. Don Pedro soltó el casco y el sol se le enredó en el pecho y en los cabellos. Estuvimos callados mirándolo y él nos miró mirarlo. Después se fue muy quedo a la playa, como quien no quiere

que le vean la lágrima. Agachamos las cabezas y escanciamos delicadamente el último trago.

Y de pronto fue Guillermo de la Rocha quien apartó la silla y estrelló los puños contra la mesa. Pinel juntó las manos como si rezara. Hernando Vallejo apretó los puños y se mordió los huesos. Todos quedamos inmóviles viendo lo que pasaba. El gobernador había cambiado el tranco nostálgico y su carrera era ahora de hembra asustada, de agua turbia, de cobarde, mirando hacia atrás y montando el bote que ya le daba a los remos.

Así nos robaron nuestro oro, capitán-capitán. Sin piedad ni hombría. Sin que importaran nuestras hijas, ni las madres, ni las labores de cinco años de soledad, ni el honor, ni la dignidad de sus nombres. Yo pensé que me iba a ahogar la cólera. Los hombres se desbandaron por la arena y gritaron al gobernador que se apiadara. Pinel seguía junto a la mesa y hablaba en voz baja, como si Don Pedro lo oyera. Le esgrimía argumentos, extendía los brazos para besarle las manos. Finalmente Marín alcanzó a brincar hasta el agua, y nadó y alcanzó el bote, e intentó treparlo, y uno de los tripulantes le partió el remo en la cabeza y lo dejaron flotando, y el desesperado braceó de vuelta a la playa gimiendo y chorreándole la sangre. Todos estuvimos en la orilla y cuando Don Pedro hizo los arrimos al bajel, desnudos, llorando, con el agua hasta la cintura, comenzamos a reír, como si no cre-

yéramos la risa, como si todo fuese un mal sueño, un error de los astros, una broma de esa luz que empezaba a perder sombra y se ponía tiesa como un cuchillo y nos incendiaba las orejas. Entonces, capitán-capitán, esto quiere su merced que yo le cuente, trepé a un grupo de rocas cercanas, desestribé de un puñetazo la trompeta, y quemándome los labios en el bronce hirviente de la embocadura, la hice aullar partiéndome los dientes, como un perro en celo, como un puma, como la más dolida bestia del mundo, con ese romance que todos cantaban, ese que tiene esas palabras que usted recuerda: cata, cata do va el lobo, Juanica. Ochenta mil dorados cosechó el gobernador. En buenas cuentas seremos gente sin importancia: un escribano ya viejo, un trompeta sin ilusiones, un hidrópico hediondo a estiércol y barro, unos pocos comerciantes. Entonces, para que el éxito de Valdivia fuera completo, para que no quedara más nada en la curva azulada de este espacio, dejé de soplar y quebré en dos trozos de bronce la trompeta. Desnudos, de infantería, desabridos, sudorosos, como robados de franceses echamos a caminar a Santiago.

Y en una semana la horca se nutrió de muchas cabezas. La de Pero Sancho fue privilegiada; la pusieron a secar sobre un estoque en la plaza. Para mí todo fue perfecto. Tal vez lo único malo fue que una mañana de neblina en la casa de Luis de Cartagena, Pinel se ahorcara.

—Pero usted, Torres, no declaró contra el gobernador en ningún proceso.

El trompeta hizo vibrar la sexta de la guitarra.

—Es que yo nunca tuve ilusiones, capitán. Por eso.

INDICE

La Cenicienta en San Francisco	9
El joven con el cuento	43
Al trote	73
Entre todas las cosas lo primero es el mar ...	95
Días azules para un ancla	107
Nupcias	137
Relaciones públicas	147
Mira donde va el lobo	165

**Este libro se terminó de imprimir
el 13 de diciembre de 1967
en los talleres de la
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Av. Santa María 076.
SANTIAGO DE CHILE.**

Sin ser cínicas o escépticas, las criaturas que habitan los relatos de *El entusiasmo*, de Antonio Skarmeta, joven escritor chileno, participan de una noción del mundo que no quiere tener nada que ver con el orden del pasado, de las grandes consignas, del lenguaje falso. Atento sólo a lo que pasa dentro de sus seres, Skarmeta se las ingenia —dentro de la línea que han trazado los norteamericanos Salinger y Kerouac— para ofrecer un panorama desde donde se ven la ternura, el sexo, la honestidad, la magia del despertar a las propias y arrolladoras experiencias, mediante múltiples imágenes.

Moderno, pero auténtico, Skarmeta prodiga los mecanismos novelescos de hoy, pero es tan real la comunicación con sus personajes que no se ve artificio ni falsedad. Su estilo es prácticamente el mismo que el nadador tiene para respirar, sin perder jamás la ruta que se ha trazado.

La Editorial Zig-Zag, continuando con su plan de revelar a los nuevos escritores chilenos, presenta *El entusiasmo*, de Antonio Skarmeta, segura de hallar, en el público y en la crítica, el eco que viene cuando un gran escritor nace.